otro día

en el

paraíso...

JUANA

ANTOLOGÍA I AUTOR AUTOPUBLICADO

Autor Autopublicado es la primera plataforma de difusión de obras autopublicadas que tiene como labor principal dar visibilidad al talento autopublicado en Instagram, una red social ampliamente utilizada con un alcance global.

Esta pequeña iniciativa nació un 13 de Mayo de 2020, al final de esa extraña época que nos tocó vivir en todo el mundo. De este inusual acontecimiento las hermanas Andrea y Judith Miralles sacaron fuerzas para crear #AuAu, un espacio donde poder compartir historias maravillosas con el mundo. Posteriormente, se unió su amiga de la infancia, Elena Martinez, aportando su característico toque creativo.

Desde entonces, no solo han difundido obras autopublicadas, sino que también han lanzado originales iniciativas, como la que tienes entre tus manos.

ANTOLOGÍA I DE AUTOR AUTOPUBLICADO

JUANA

ANTOLOGÍA I AUTOR AUTOPUBLICADO. JUANA.
Septiembre, 2023
1ª edición

Editado por: Equipo AuVisual de Autor Autopublicado
Diseño de cubierta e ilustraciones interiores: Elena Martinez
Supervisado por: Andrea Miralles y Judith Miralles
Con la colaboración de Antonio Laossa y Carlos Ruiz
Corrección: Daniel Hernández
www.autorautopublicado.es
autor.autopublicado

A todas esas mujeres a las que la historia
les ha negado su verdadera voz.
Seguiremos luchando.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 9

RELATOS SELECCIONADOS
Bocaditos de valor 11
El ingrediente secreto de Juana 23
Hestia 33
Juanita no, ¡Juana! 45
La maga 59
Madrugada eterna y límpida de una noche oscura del alma 69
Sopa de arena 83

RELATOS INVITADOS
Juana 95
Una voz perdida 105
Llévame contigo 119

AGRADECIMIENTOS

La primera vez que desde el equipo de #AuAu nos planteamos hacer una antología fue después de conocer a los compañeros de Frikeame Deluxe. Nos hicieron una entrevista para su canal de Youtube, y ellos, como expertos en antologías, nos dejaron caer que sería una buena idea organizar la nuestra.

Pasaron los meses, esa idea nos rondaba por la cabeza… Y finalmente nos decidimos a hacerlo: publicar nuestra primera antología.

Parece mentira, pero "Juana" lleva casi un año "escribiéndose", puesto que el proceso de organización de la antología, desde la elección de la temática, el nombre, la convocatoria de relatos, la selección de estos, la página web… Lleva su tiempo y su esfuerzo, por eso ha sido, es y será un proyecto al que le vamos a tener mucho cariño.

Esperamos que disfrutéis de los relatos, porque los autores y autoras que finalmente han sido escogidos hacen verdadera magia con sus palabras.

Mil gracias a Antonio Laossa y a Carlos Ruiz por su apoyo, y agradecer la colaboración de Daniel Hernández como corrector.

Y por supuesto, gracias a Elena y Judith, porque una idea puede ser increíble, pero tener alguien con quien compartirla y hacerla crecer es lo que le da verdadero valor.

Equipo #AuAu

BOCADITOS DE VALOR

por Aura Damae

@auradamae

CAPÍTULO 1
UNA CUCHARITA

Los olores de la cocina hacían que una sintiera que todos sus males habían desaparecido. La llamaban desde más allá del caminito que llevaba a su casa, cuando llegaba hambrienta de trabajar después de una larga jornada y le hacían correr levantando su floreada falda larga. ¡Ay, si la viera su madre, como la reñiría por enseñar un poco más de pierna!

Sin resuello entraba en la hacienda con el pelo alborotado y la carpeta apretada a su pecho. Pasaba por el lado de las gallinas, que cacareaban con alegría todo el día, y marchaba directamente por la antigua puerta de servicio que llevaba a la cocina para no encontrarse con nadie. A veces la suerte no estaba con ella y su madre la hacía llamar en cuanto pasaba el portón abierto que daba a la finca, como si la viera venir antes de que pusiera un solo pie en ella o sus hermanas aparecían de forma inoportuna en el jardín, y hacían tanto revuelo que todo el mundo se enteraba de que había llegado.

Por fortuna pocas veces ocurría aquello. Podía escurrirse por la vieja puerta y el *chup-chup* de los platillos haciéndose lentamente o el batir del tenedor subiendo las claras la saludaban nada más asomar su nariz por el dintel. Se colocaba bien el pelo, la ropa, y aunque hubiera tenido un día terrible, componía la mejor de sus sonrisas y se acercaba a la vieja mesa de roble donde se creaba toda la magia.

Donde Pilar, su querida abuela, le esperaba cada día con su afable rostro.

Aquel era uno de esos días, de los que las sonrisas estaban llenas de tristeza y el corazón oprimido como una bola de papel estrujada. Un día de esos que parecía que ni los platillos de su abuela podrían devolverle el color a la vida.

—Hola, abu… —le saludó en un susurró en cuanto le besó la arrugada mejilla y le acarició la cabeza con cariño.

La anciana le sonrió mientras batía la nata en el bol. Ella intentó sonreír con más alegría para no preocuparla, pero le bastó con que los ojillos oscuros de su abuela la estructuraran sin parpadear, para notar cómo las lágrimas empezaban a escaparse sin control. Se giró, avergonzada por ponerse a llorar, e intentó hacer ver que colocaba bien unos platos que ya estaban perfectamente puestos pero esperaba que su abuela no se diera cuenta.

—No te hagas la fuerte, Juana. Has vuelto a discutir con tu padre —la regañó, dándole un golpe con el cucharón.

Juana sorbió por la nariz y asintió con toda la cara roja por el calor de la cocina y el esfuerzo de no romper en llantos. No quería que ni su madre ni sus hermanas metieran las narices donde no les llamaban. Su abuela no dejaba de sonreírle, con los ojos achicados después de tantos años de labores al lado de la lumbre tras su espalda, y le secó las mejillas con sus pequeñas manos.

—Quería hablar con él sin que estuviera madre por medio… pero sigue estando en sus trece.

Pilar le puso un platillo con un poco de nata y una cucharita. Tenía azúcar espolvoreada por encima, como le gustaba a ella. Le dieron más ganas de llorar. Su abuela era tan buena. No entendía por qué su padre la tenía abandonada siempre en su habitación o en la cocina y hacía ver como si no existiera. Era la única que la escuchaba.

—¿Le has vuelto a hablar de los dibujos?

—Ilustraciones, abu. Ilustraciones.

La mujer ensanchó su sonrisa y se metió una cucharadita en la boca.

—Eso, hija, que una ya está muy mayor… —Siguió comiendo tranquilamente—. ¿Le han gustado? Seguro que le han parecido muy bonitas.

—Ni los ha mirado, abu. Dice que ninguna hija suya manchara sus manos trabajando. Que si se está dejando la vida en el trabajo es para que nos casemos bien y no movamos un solo dedo. Y me ha vuelto a insistir que, si sigo con la tontería de querer trabajar con mi arte, me quemará todos los dibujos. Por muy buenos que sean.

Pilar negó con la cabeza.

—Es igual que tu abuelo, un garrulo —musitó con la cucharita en la boca.

—¡Le he dicho que no puede pretender que me quede en esta casa encerrada sin hacer lo que más me gusta! ¡Estamos en 1955, por Dios! Digo yo que puedo sacarme los cuartos yo sola —continuó Juana, dando un golpe en la mesa que asustó a la pobre anciana. Volvió a sentir los ojos húmedos—. ¡Pero lo tiene claro si cree que le haré caso! Enviaré las ilustraciones al concurso quiera él o no.

Su abuela le dio unos golpecitos cariñosos en la mano para calmarla.

—Eres una muchacha muy valiente, Juana —Le acarició con cariño las mejillas y le puso más nata—. Ahora déjame ver el dibujo que quieres enviar a la editorial esa tan importante de la que me has hablado.

CAPÍTULO 2
UNA CHUCHARA

—Vamos, chiquilla; que el señor editor no tiene todo el día para esperarte.

La imagen de su abuela la veía difusa. Encorvada, sostenía el teléfono con las dos manos y la miraba con los ojos entrecerrados, casi ciegos, y una gran sonrisa en los labios. Juana se retorció las manos y caminó como una autómata desde la puertecita hasta su abuela, pensando por vigésima vez si estaba siendo real lo que estaba sucediendo.

—Abu, ¿seguro que has escuchado bien? —le preguntó en un susurro cuando estuvo a su lado.

Pilar le dio un manotazo.

—¡Estoy ciega, pero no sorda! —le tendió el teléfono refunfuñando por lo bajo—. ¡Cógelo ya, que les estará saliendo la llamada por un ojo de la cara!

Su abuela se fue tras la mesa, siguiendo con la receta que le habían interrumpido minutos antes y le apremió a que se pusiera ya en el teléfono con un movimiento de la mano. Juana cogió aire y con manos temblorosas se acercó el cacharro del demonio a la oreja.

—Hola, soy Juana Martínez.

—¡Ah, señorita Martínez, que gusto escuchar su voz! Su abuela es un encanto, no me malinterprete, pero tanto yo como mi mujer estábamos ansiosos por hablar con usted. Aunque sea por teléfono.

Hubo unos segundos de silencio y el hombre carraspeó.

—Bueno, no voy a quitarle mucho tiempo. Soy Gonzalo Brumera, editor y director jefe de Ediciones Brumera. Como sabes hace unos meses abrimos el plazo para nuestro concurso para jóvenes debutantes. Hemos recibido muchas obras, sí señor. Obras muy buenas y con muchísimo talento —Juana sintió que se quedaba sin aire poco a poco y escuchó la voz entrecortada de una mujer que regañaba al editor—. *¡Bueno, que ya tenemos a la ganadora, y es usted!*

Sintió que el mundo le daba vueltas y se cogió con fuerza al teléfono mientras se deslizó por la pared hasta quedarse sentada en el suelo.

—¿Qué? —llegó a preguntar, en casi un susurro.

El hombre río.

—¡Lo que escucha! Nos encanta su estilo, es justo lo que buscamos para la nueva colección que llevará mi mujer. Por supuesto trabajará junto a otras ilustradoras, ¡no vamos a llenarla de trabajo, no se preocupe! Pero queremos que los tebeos de nuestra escritora estrella estén ilustrados por usted —El editor no dejaba de hablar y Juana se mareó con tanta verborrea—. *Le enviaremos el contrato por correo, deberá firmarlo tanto usted como su tutor legal. Una vez tengamos el contrato…*

Juana dejó de escuchar y fue como si la burbuja donde se había estado escondiendo reventara de golpe. Había ganado, iba a trabajar para una de las editoriales más importantes del país. ¡La habían escogido a ella! Miró a su abuela, que canturreaba por lo bajo mientras freía las torrijas alegremente y parecía totalmente ajena a lo que le estaba ocurriendo a su nieta.

—*¿Señorita Martínez, está ahí?*

—Sí, sí… Es que estoy sorprendida —confesó, todavía sin creerse la suerte que había tenido.

—*¡Espero que para bien! Bueno, como decía, en el momento en que tengamos el contrato, mi mujer será la encargada de llamarla para hablar sobre los trabajos que vayan saliendo. ¡Tenemos muchas ganas de trabajar con usted!*

—¡Y yo con ustedes, señor Gonzalo! No sabe cuánto necesitaba esto.

—*Me alegro, me alegro. Espero que sus padres estén igual de contentos que todos nosotros.*

—¡Por supuesto! Mis padres confían mucho en mí, estarán igual o más felices que yo por esta noticia —mintió de carrerilla.

Sintió un vuelco en el pecho por engañar a su casi jefe, pero ¿qué iba a decirle? Ese era el precio a pagar por haber enviado la ilustración sin el consentimiento de sus padres. Y si el editor y su mujer se enteraban de que no estaban de acuerdo con que ella dibujara…

—*Perfecto, perfecto, entonces no le quito más tiempo porque estará deseosa de ir a darles la buena noticia. ¡Pronto volveremos a estar en contacto, señorita Martínez!*

—Gracias, señor Gonzalo, gracias.

El editor colgó y Juana siguió unos segundos con el teléfono en la oreja. Cerró los ojos, respiró hondo, y colocó bien el aparato. Era momento de hablar seriamente con sus padres. Estaba segura de que si veían lo provechoso que era que trabajara para una editorial tan importante, le apoyarían aunque fuera a regañadientes. ¿Cómo no iban a aceptar que su hija formara parte de la historia de España como una de las ilustradoras que acompañarían a las niñas en sus momentos de ocio?

—¿Qué es lo que nos debe hacer tan feliz, hija?

La voz de su padre la sorprendió. Unos sudores fríos empezaron a recorrerle la espalda. Se giró lentamente y lo vio en la puerta principal de la cocina, la que daba al interior de la casa, con su cuerpo orondo vestido totalmente de traje a pesar de estar a mediados de julio y hacer un calor de mil demonios. La observaba con las cejas fruncidas, enfadado. No esperaba tener que hablar con él tan pronto. Necesitaba prepararse, pensar en lo que decirle, que hacer… Incluso le había pasado por la cabeza ser igual que su hermanita Isabel y caramelearse a su padre a base palabras bonitas. A la niña le solía ir bien.

—Padre…

—Háblame derecha cuando te hablo, ponte en pie.

—S-sí padre…

Se levantó del suelo y miró la punta de sus zapatos. No se atrevía a mirar a la cara a su padre.

—¿Y bien? ¿Con quién hablabas?

Juana cogió aire. Si había llegado hasta ahí ¿por qué no podía enfrentarse a su padre y decirle todo?

—Padre, eran de la editorial Brumera. He ganado el concurso del que te hablé. Aunque ni tú ni madre estabais de acuerdo con que participara, lo hice de todas formas porque sabía que podría tener posibilidades de llamar la atención a los editores. Me han elegido como la ilustradora para una de sus autoras más reconocidas.

Alzó el rostro para mirarle a la cara, para que viera que no le tenía miedo y que era firme en todo lo que decía. Pero ver como el rostro de su padre se volvía rojo como un tomate en verano, le hizo temblar.

—¡¿Qué has hecho qué?! —gritó, haciendo que la cocina temblara por su vozarrón de soprano. Le acusó con el dedo, la mano le temblaba por el enfado—. ¡Te dije que ninguna hija mía iba a trabajar! ¡No después de todo lo que he hecho para que viváis cómodamente!

—¡Y yo te dije que mi sueño es ilustrar libros infantiles!

—¡Me da igual lo que quieras hacer! ¿Es que no puedes ser una niña normal, casarte con un buen partido y dejar de preocuparme? ¡A saber qué pensarán de mí tus futuros pretendientes si saben que he hecho que mi hija trabaje cuando puedes pedirme lo que sea!

—¡Es que yo lo que quiero es ilustrar padre! ¡Yo no quiero nada de lo que me das, no me hace feliz!

En este punto de la discusión los dos resollaban. Juana ya sentía las lágrimas fluir por su rostro y tenía las manos tan apretadas que creía que se iba a hacer sangre con las uñas. Su padre, ante lo último que le había dicho, se había quedado totalmente en silencio y con los ojos como platos.

—¿Qué has dicho qué?

Sintió miedo, verdadero miedo. Pero era la verdad. No quería nada de él ni de su madre si lo único que querían era que estuviera en una jaula de oro para el resto de los días. Quería volar libre de esa casa enorme y fría perdida de la mano de Dios, dedicarse a lo que más le apasionaba; ilustrar. No quería vestir a la última moda, que todos en el pueblo supieran de quién era hija y que pareciera que todos se juntaban a su alrededor solo por el dinero de su padre. A sus hermanas les gustaba todo ello, pero ella lo detestaba. Y si no hubiera sido porque su abuela estaba ahí, habría escapado hacía ya mucho tiempo.

—¡Juana, respóndeme!

Estaba cansada de seguir jugando siempre al mismo juego, de tener que bajar la cabeza por temor a sus padres. ¡Acababa de ganar un concurso y nada ni nadie iba

a interponerse en él! Le miró fijamente a los ojos, temblando.

—¡Lo has escuchado bien padre, no quiero…!

No pudo acabar la frase, porque un sabor delicioso inundó su boca y el olor dulzón de la canela le subió a la nariz como un puñetazo. Su abuela estaba entre ellos y les había metido una torrija a cada uno en la boca. Ella y su padre se miraron, pero ya sin el enfado que les corroía por dentro. Juana se sentía más calmada al masticar la deliciosa rebanada de pan e incluso se olvidó un poco de por qué se había puesto tan enfadada. Esa era la magia de la comida de la abuela Pilar.

Pilar se limpió las manos en el delantal que llevaba todo el día —del que Juana pensaba que ni se desprendía cuando se iba a dormir— y miró a los dos muy seriamente, aunque una sonrisa asomaba en la comisura de sus labios.

—Manuel, deja a la niña que haga lo que quiera, que bien orgullosos deberíais estar de ella por haber ganado un concurso tan importante. No seas igual de zopenco que tu padre, que hasta que no falleció no te dejó hacer nada de lo que tú querías. Y mira ahora, eres un hombre de éxito —giró su cuerpecito hacia Juana, que se estaba lamiendo los dedos del azúcar que había quedado en ellos y le recrimino con la mirada por ser tan maleducada—. Y tú, jovencita, no deberías hablarle así a tu padre, que te ha dado techo y de comer y ha hecho lo posible para protegerte. Ahora como buen padre e hija, daros un abrazo

La muchacha hizo un mohín con los labios y miró a su padre, que la rehuía mientras se acababa la torrija. Juana sabía que de nada iba a servir la intervención de su abuela en aquel asunto, tanto ella como él eran muy tercos y ninguno de los dos daría su brazo a torcer. En otras circunstancias ella sería la que daría el primer paso para reconciliarse, pero temía que si lo hacía en aquel momento no tomaría en serio su verdadero propósito.

Iba a ilustrar para la editorial quisieran o no.

Chupeteo el último dedo lleno de azúcar y canela ante los ojos acusadores de su abuela y antes de que tuviera tiempo de pensar en qué debía hacer a continuación, su padre le abrazó por sorpresa. Juana se quedó inmóvil, sin estar acostumbrada a ese lado cariñoso de su progenitor. A sus hermanas les daba mucho cariño, pero a ella por cada año que se hacía más mayor, sentía que pedían más que dar.

—Juana, temo que puedan hacerte daño fuera de la casa. Que se aprovechen de tu inocencia y te hagan daño —le dijo mientras la apretaba contra él—. Sé que he sido muy duro contigo y he dicho cosas muy hirientes sobre tus ilustraciones, pero realmente me gustan mucho. Tienes mucho talento.

Se apartó de ella, dejándola todavía más patidifusa. Miró a su abuela, y esta asentía con lentitud aceptando las palabras de su hijo.

—Voy a hablar con tu madre sobre esto. Sé que aunque es como es, entrará en razón y también te dará su bendición. Lo único que te pido —carraspeó— es que me dejes hablar con tu jefe para saber bien todas las cláusulas del contrato. No quiero

que jueguen contigo por ser una mujer joven que acaba de entrar en el mundillo. ¿Al menos dejarás que haga eso?

Sintió que un agradable calor empezaba a asentarse en su pecho. Asintió y las lágrimas volvieron a fluir, pero esta vez sin intentar contenerlas. Estalló en llanto por todos los nervios que había pasado, por todas las ilusiones dejadas atrás, por el futuro que empezaba a dibujarse. No tenía ni idea de lo que iba a ocurrir, pero al menos sentía mucho alivio. Alivio de poder compartir aquello con su familia y no sentirse una oveja negra.

La mano cálida de su abuela cogió una de las suyas y le dio unos suaves tirones para llamar su atención. Su padre marchó sin decir nada más, aceptando su respuesta silenciosa. Juana se restregó la manga del vestido por la cara, limpiándose la cara con ella.

—Ven, *pichurri*. Vamos a celebrar con más torrijas que has ganado el concurso ¿qué te parece?

Juana sonrió con ternura y se sentó junto a ella.

CAPÍTULO 3
UN CUCHARÓN

Su mano manchada de pintura y tinta reseca acarició la madera de la antigua mesa de la cocina. Intentaba con todo su ser no parecer una bohemia de esas que tanto odiaban sus padres, pero tenía demasiada facilidad para acabar manchada sin ser consciente de ello. Sus ojos volaban de un lado a otro, recordando muchas cosas vividas entre esas cálidas paredes.

Paredes que le habían acogido.

Paredes que le habían llenado de amor.

Paredes que le habían ayudado a seguir sus sueños.

No pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Ya estaba cerca de la treintena, pero su sensibilidad no se había endurecido con la edad. Aunque su alrededor le recordara que ya era toda una mujer y debía comportarse como tal, Juana seguía sintiéndose pequeñita.

Y en ese momento se sentía como una niña huérfana.

—Se echará de menos a tu abuela.

Juana se paró en seco. Había olvidado que estaba acompañada. Incluso del día en el que se encontraban. ¿Sábado? ¿Lunes? Poco importaba en ese momento, cuando sentía aquel extraño vacío y un sinfín de pensamientos le llenaban la cabeza.

—Era una mujer encantadora y cocinaba como los ángeles. De todos en tu familia, era la única que me caía realmente bien.

La mujer se giró y vio a Ramón, sonriéndole de lado desde el dintel de la puertecilla, con los ojos también húmedos. Juana negó con la cabeza y sintió ganas de reír. Solo su marido podía tener aquellos comentarios tan fuera de lugar y hacerla reír en situaciones en las que creía que la tierra se la tragaba. Era uno de los muchos encantos que había hecho que se enamorara de él y decidiera casarse con él después de varios años de noviazgo haciéndole sufrir.

—Estáte al tanto de que mi padre no te escuche. Él cree que es tu favorito.

—¡Más quisiera! Es buen hombre, no me malinterpretes, pero es demasiado estirado para ser un empresario de pueblo.

—¡Ramón! —le chistó.

—¡Es la verdad! En la élite de Barcelona se lo comerían con patatas. Debería bajar los humos.

—¿Te recuerdo que empresario de pueblo te está financiando tu nueva editorial? —le preguntó con retintín.

Ramón se acercó a ella y la abrazó por la espalda con ternura.

—Recuérdamelo todas las veces que haga falta, prefiero verte enfadada que triste. No eres tú desde hace varios días.

Juana se cogió de los brazos de él, apretando sus brazos más contra su cuerpo.

Sintió que toda la tristeza que sentía quería salir a flote, pero quería retenerlo. No quería llorar en un lugar tan lleno de alegrías y amor como aquel. No quería mancillarlo con su desánimo.

—Creía que sería eterna, que estaría a mi lado siempre, que me llenaría de su deliciosa comida para hacerme sentirme bien cuando lo necesitara.

Su marido no dijo nada y la estrechó más contra él. Había empezado a temblar.

—¿Te he dicho alguna vez que fue ella la que me animó a participar en el concurso de la editorial de tus padres? ¿Y la que se interpuso entre mi padre y yo para que aceptaran que fuera ilustradora? —Ramón le dio un beso en la cabeza—. Con las primeras pesetas que fui ganando trabajando con tus padres, la llevé a Granada de viaje. Ella era de ahí, ¿sabes? Quise agradecerle todo el amor y apoyo que me había dado.

—¿Le gustó el viaje?

—Sí, parecía una niña pequeña de lo mucho que estaba disfrutando. No dejaba de arrastrarme por calles y callejones para enseñarme los lugares donde había vivido. Fue una experiencia muy bonita.

Los dos se quedaron en silencio en la fría cocina. Juana recordaba los últimos momentos de su abuela Pilar, que incluso estando mal le seguía mostrando una sonrisa y le escuchaba atentamente mientras le explicaba con qué autora había hablado y los chismorreos de los que se enteraba del mundo editorial.

—Tu abuela está muy orgullosa de ti, cariño. A pesar de todo, has conseguido tu sueño.

—Pero porque la tenía a ella —contestó en un susurro.

—No, cariño. Si lo has conseguido es por la fuerza y el empeño que le has puesto. Tu abuela te dió la chispa siempre que lo necesitaste y tú aprovechaste ese apoyo para no rendirte. Así que a partir de ahora, sigue pensando en las palabras que te dijo ella, y sigue adelante con todo lo que tienes en mente.

Juana se dio la vuelta, abrazó a su marido y le miró con una sonrisa traviesa.

—¿Sabes? Tú también eras una de sus personas favoritas. Primero estaba yo, por supuesto.

Ramón dejó ir una risa entre dientes y asintió varias veces mientras salían de la cocina cogidos del brazo. Juana miró hacia atrás un momento, para despedirse de alguna forma con aquel lugar tan importante para su abuela y ella. Por un momento le pareció verla tras la vieja mesa sonriéndole con ternura y despidiéndose con la mano.

EL INGREDIENTE SECRETO DE JUANA

por Alicia Arias

@alicia_arias_acuyo

Juana apagó el fuego de su cocina de gas y cogió con mucho cuidado aquella enorme y humeante olla para posarla sobre el salvamanteles de bambú que estaba a su izquierda. Llenó de aire sus pulmones y sonrió: estaba convencida de que aquel estofado de ternera era el mejor que había preparado en toda su vida.

Siempre le había gustado cocinar: guisos, estofados, pastas, arroces, sopas, cremas, pasteles, marisco, tortillas… Daba igual el plato o la receta, Juana parecía tener un don. Por si fuera poco, desde que en la televisión habían comenzado a emitir aquellos novedosos programas de cocina, su pasión por la gastronomía se había incrementado aún más. Para ella era un reto imitar cada día a aquellos grandes maestros que se movían con destreza en la pequeña pantalla de su aparatoso televisor.

Satisfecha con el resultado, se sacudió el mandil, se lo quitó y lo introdujo doblado en el tercer cajón de la derecha. Después, miró el reloj: eran las dos y media pasadas. Una vez más, su marido llegaba tarde.

Llevaban décadas viviendo en aquella casa a las afueras de Madrid, desde que su esposo había comenzado a trabajar en una de las empresas tecnológicas que acababan de emerger en la capital. Puesto que su salario era lo suficientemente alto y que buscaban tener una familia numerosa, acordaron que Juana se dedicaría al cuidado del hogar, a la crianza de sus hijos y a sus dos grandes aficiones: la cocina y la jardinería.

El estofado se enfriaba mientras Juana esperaba a su marido, con sus tristes ojos puestos en el parterre de flores junto a la valla que separaba su casa de la última de aquella calle, actualmente deshabitada. Sus cuidadas margaritas, hortensias, petunias, jacintos, geranios y pensamientos crecían con orgullo y se mecían al compás de una ligera y cálida brisa que parecía anunciar la pronta llegada del verano. Un verano que apuntaba ser igual que los anteriores. El mismo verano de siempre.

El aroma de las flores se coló por la ventana de madera de la cocina y se entremezcló con el del estofado. La soledad se instaló en Juana.

A pesar de sus múltiples esfuerzos, de las visitas a doctores, de las pastillas y de las pruebas, no habían podido tener hijos. Aunque su marido y ella habían fingido no darle importancia y continuar con sus vidas, poco a poco se fueron distanciando, hasta el punto de que con el paso de los años se habían convertido en dos extraños conviviendo bajo el mismo techo.

Ensimismada, Juana no escuchó cómo la puerta de casa se abría.

—Cariño, ya estoy aquí.

Juana se sobresaltó. Las tres menos cuarto.

—Hola, cariño. ¿Hoy también has tenido mucho trabajo?

—Sí, y tengo que volver a la oficina después de comer. Probablemente llegue tarde esta noche. Esta semana tenemos una reunión muy importante con un cliente y debemos estar preparados.

Juana suspiró. Aquello se repetía con demasiada asiduidad.

—Mucho ánimo, cariño. Seguro que conseguís bordar la reunión. He preparado estofado.

—¡Qué bien huele!

Juana terminó de organizarlo todo y ambos se sentaron a la mesa de la cocina para disfrutar del estofado.

Cuando su marido probó un par de bocados, Juana le miró con suspicacia.

—Está riquísimo, pero hoy me va a costar adivinarlo.

—Te daré una pista: es un fruto seco —susurró con una sonrisa. Él se quedó pensativo.

Todos los días Juana preparaba el mismo juego. Su don para la cocina no se limitaba a dominar e imitar recetas: en cada preparado, Juana añadía un ingrediente secreto que no estaba en el inventario. A veces eran especias, a veces jugos de frutas, otras veces frutos secos, aceites, salsas o incluso algún acompañamiento poco común. Cada día, Juana probaba algo distinto, algo que pudiese quedar bien, y nunca fallaba. Todo cuanto preparaba estaba delicioso. Y siempre intentaba que sus comensales tratasen de averiguar de qué se trataba.

—Me rindo… Tengo que volver a la oficina. ¿Qué es?

—Un chorrito de aceite de almendras —respondió Juana, con una sonrisa triste.

—Estaba buenísimo, has tenido buen ojo, como siempre —alabó él, dándole un beso en la mejilla—. Me voy, nos vemos por la noche.

—Que vaya bien.

Juana seguía saboreando su estofado mientras oía a su marido prepararse para salir. Como siempre, escuchó cómo se ponía el reloj, se calzaba sus mocasines y se ponía el abrigo. Sin embargo, esta vez, antes de que se escuchara la apertura de la puerta, él le dijo:

—Por cierto, parece que vamos a tener nuevos vecinos. Hay un camión de mudanza frente a la casa de al lado. Si los ves, dales la bienvenida —sugirió. A continuación, salió.

«Vecinos nuevos… Prepararé algo». Y nada más terminar de comer, Juana recogió la cocina y se dispuso a hacer un gran pastel.

Para cuando Juana estaba decidiendo cuál sería su ingrediente secreto en aquel manjar de chocolate, se empezaron a escuchar las primeras voces. Asomada a la ventana de la cocina, Juana comprobó que se trataba de una pareja joven con una niña de unos ocho o nueve años. Los acompañaba un perrito negro de pelo rizado. Los tres cargaban con cajas mientras charlaban animadamente.

Juana decidió añadir jugo de naranja a la masa de la tarta. El toque amargo de la naranja contrastaría con el dulzor del chocolate y crearía una mezcla exquisita. Así que preparó una de las naranjas del frutero, incorporó su zumo a la masa y, una vez todo estuvo homogéneo, introdujo el conjunto en un molde dentro del horno.

Cuando Juana estaba sacando el pastel del horno, escuchó gritos cercanos. Mirando por la ventana, descubrió que el perro de los nuevos vecinos se había colado en su jardín a través de la valla y parecía mostrar demasiado interés por sus flores. La niña, enfadada, le reñía e intentaba ponerle la correa. Sin embargo, aquel travieso animal no paraba quieto y se zafaba de todos los intentos de apresamiento para seguir olisqueando las plantas. Juana salió riendo.

—No te preocupes. Que esté tan interesado en mis flores solo significa que huelen bien. Eso es que las estoy cuidando correctamente.

La niña se giró y miró sorprendida a Juana. Se esperaba una bronca y el comentario amable de la mujer la dejó desconcertada.

—Lo siento, Bon está muy emocionado y alterado con la mudanza. No para quieto.

—¿Bon?

—Sí, de carbón. Por su pelo negro. Es muy revoltoso —contestó la niña, sonriendo tímidamente.

—Hola, Bon —saludó Juana, acariciando al animal. Con la presencia de la mujer, se había calmado y sentado al lado de las flores—. Yo me llamo Juana —añadió, mirando a ambos—. Bienvenidos al barrio.

—Yo me llamo Carla. ¡Encantada! Tienes unas flores muy bonitas. Me gustan mucho esas —dijo mientras señalaba un grupo de ellas con el dedo.

—¿Los jacintos? Me dieron mucha guerra, pero son preciosos. En el lenguaje de las flores, su nombre significa constancia, cariño, el gozo del corazón.

Carla la miró sorprendida. Antes de que pudiera responder, aparecieron sus padres detrás de la valla.

—¡Os estábamos buscando! ¿Ya os estáis metiendo en problemas? —preguntó la madre, con los brazos en jarras y frunciendo el ceño—. Disculpe, están muy inquietos con la mudanza. Acabamos de llegar.

—Oh, no se preocupe —quitó importancia Juana, agitando los brazos—. Bienvenidos, espero que sean muy felices en el barrio. Mi marido Felipe y yo, Juana, estaremos aquí por si necesitan algo.

—Son muy amables. Muchas gracias. Yo soy Blanca y mi marido es Alfredo. No nos quedaremos mucho tiempo; a Alfredo le han destinado temporalmente a una oficina de Madrid para comenzar un nuevo proyecto, pero en cuanto esté estable regresaremos a Barcelona. Estaremos encantados de ayudarles en lo que necesiten durante esta etapa.

Juana observó de reojo a la chiquilla. Parecía un poco disgustada. «Tanto cambio debe de ser duro para una niña», pensó.

—Muchas gracias. No les molesto más, que estarán muy ocupados con la mudanza —concluyó Juana. Carla aprovechó para atar con la correa a Bon y volver a su jardín, no sin antes mirar con curiosidad todas las flores—. Puedes ayudarme con

las flores siempre que quieras —propuso Juana—. Y también he preparado una tarta como bienvenida. En cuanto enfríe, os la acerco.

La niña se alegró y los tres dieron las gracias con efusividad. Juana entró de nuevo en casa y se dirigió a la cocina. «Qué simpáticos».

Cuando la tarta estuvo lista, Juana la preparó para llevársela. Sin embargo, antes de cruzar la puerta, reparó en que debían estar muy cansados y atareados, así que decidió acompañar el postre con la olla del estofado para que tuvieran algo de cena.

Al llamar a su puerta, fue Carla quien abrió. Entre una marea de cajas se veía una cola negra danzar de un sitio a otro.

—Aquí tienes, espero que os guste. También os he traído estofado para cenar.

—¡Muchas gracias! —exclamó la niña, con entusiasmo.

Cuando Juana estaba dando la vuelta para volver a su casa, notó que Carla titubeaba. Se volvió para mirarla.

—Oye… ¿Puedo acercarme mañana a tu jardín después del colegio y me enseñas más cosas sobre flores?

El rostro de Juana se iluminó.

—¡Por supuesto!

De modo que, al día siguiente sobre las seis de la tarde, Juana estaba impaciente. Cuando vio llegar el Talbot Horizon de Blanca con la pequeña Carla en los asientos traseros, apretó el mandil con ilusión. Observó desde la ventana de la cocina cómo la chiquilla se bajaba del coche con prisa, saludaba a Bon, y le gritaba a su madre que iba a jugar al jardín de la vecina.

—¡Juana! ¡Ya estamos aquí!

Y con una sonrisa, Juana guardó el mandil y salió a recibirles.

Allí, entre lanzamientos de pelota a Bon, Juana le explicó el significado de todas las flores que tenía: la pureza e inocencia de las margaritas, la gratitud y abundancia de las hortensias, la alegría y positivismo de los geranios… La niña la escuchaba embelesada, asintiendo a todo lo que Juana decía e incluso Bon parecía estar a gusto entre el sinfín de pétalos de colores.

Una vez Juana terminó sus explicaciones, ambas se tumbaron en el césped observando las nubes. Al cabo de un rato, Carla rompió el silencio:

—Oye, Juana…

—Dime.

—¿Qué es lo que le echaste al pastel? ¿Naranja? ¿Y al estofado? Tenía un sabor a… ¿avellana? ¿Almendra?

Juana se quedó de piedra. Se incorporó para mirar a Carla.

—¡Te has dado cuenta! Sí, era aceite de almendras y naranja.

La niña soltó una risita.

—En Barcelona, todos los veranos me iba al pueblo de mis abuelos. Como mis padres trabajaban y yo estaba de vacaciones, ellos me cuidaban. Allí mi abuelita

me enseñó a cocinar. Aunque nunca me dejaba preparar nada, siempre me daba a probar los ingredientes y me explicaba todo el proceso. Me lo pasaba muy bien. Les echo de menos.

Juana caviló.

—¿Te gustaría seguir aprendiendo?

La mirada de Carla se iluminó y asintió con la cabeza.

—Pregúntale a tu madre si le parece bien que me ayudes a cocinar la cena.

Carla salió disparada y se internó en el interior de su casa. En menos de un minuto, ya estaba de vuelta con su mandil.

—¡Vamos!

Y ambas, seguidas por Bon, entraron en la vivienda de Juana a preparar la crema de verduras que estaba planeada para la noche.

Sin que ninguna se diera cuenta, aquel hábito se instaló en sus rutinas. Las dos se levantaban por la mañana deseando que llegaran las seis de la tarde para poder tumbarse en el jardín, jugar con Bon y después, adueñarse de la cocina de Juana para preparar una deliciosa cena, que disfrutaban sus familias en sendos hogares. Incluso decidían entre ambas qué ingrediente secreto añadir a cada receta y jugaban a las adivinanzas con sus comensales.

Fueron días muy felices. Juana olvidó la soledad que hasta hacía poco sentía en su alma y la niña parecía haber abandonado su miedo al cambio de ciudad. Su alegría se reflejaba en sus rostros y en sus relaciones. Hasta Juana y su marido recuperaron ese amor y cariño que caracterizaba su relación antes de las noticias de infertilidad.

Las semanas pasaron y el verano se aproximaba cada vez más. Un día de fin de semana, la madre de Carla y Juana coincidieron en el supermercado.

—Ahora que llega el verano no sé qué hacer con Carla. Antes pasaba el verano en casa de mis padres porque nosotros trabajamos por las mañanas y ella está de vacaciones hasta septiembre, pero ahora están muy lejos. Dudo si llevarla allí igualmente o buscar algún campamento por la zona.

Juana no dudó ni un instante cuando propuso:

—¡Yo cuidaré de ella por las mañanas! Además, es cuando emiten los programas de cocina en la televisión, Carla puede ayudarme a preparar la comida en lugar de la cena.

—No sé qué haríamos sin ti, Juana. Gracias.

Pero en realidad era Juana la que debía dar las gracias. Aquella niña había llenado de color su vida.

Con la llegada del verano a finales de junio, Carla y Juana iban todas las mañanas de recados, cuidaban el jardín, jugaban con Bon y después se anudaban los mandiles en la cocina de Juana para seguir a rajatabla las órdenes de los cocineros que aparecían en la televisión.

Entre las dos las recetas se seguían con mayor facilidad y, al final, el resultado siempre parecía más apetitoso que en la propia televisión. Por no hablar del ingrediente secreto, que aportaba un color o sabor especial a cada plato.

Un día, mientras preparaban los ingredientes para un asado de pavo que anunciaba el programa en la televisión de la cocina de Juana, Carla estaba algo distraída.

—¿Qué te pasa, Carla? Te noto ausente.

—Juana, yo siempre veo a mujeres cocinando. Mis abuelas, mi madre, las madres de mis amigas, tú, yo. ¿Por qué en los programas de la tele solo salen hombres?

La profundidad de su pregunta tocó de lleno a Juana. Aunque conocía la respuesta, no fue capaz de articular palabra. No quería desanimarla.

La niña permaneció callada durante unos instantes. Después, ante tal silencio, concluyó:

—Algún día seré yo la que salga en la tele cocinando alguna de nuestras recetas.

Juana sonrió. Deseó con todas sus fuerzas que así fuera.

Cuando el verano tocaba a su fin y las flores de Juana comenzaban a marchitarse, la madre de Carla le dio la noticia:

—Nos volvemos a Barcelona. Mi marido ya ha encaminado el proyecto al que le habían asignado y puede continuar su trabajo desde allí.

A Juana aquella noticia le cayó como un jarro de agua fría. Aunque la niña estaba igual de disgustada que ella, ambas se prometieron seguir cocinando hasta el día de la mudanza. Y así hicieron. Juana compró un libro de recetas y entre las dos elaboraron aquellas que parecían más divertidas o difíciles. A todas ellas añadieron algún ingrediente secreto y, como era usual, estaban deliciosas.

Cuando aquella casa que Juana veía desde la ventana de la cocina volvió a estar vacía, la soledad retornó a su corazón.

Los años fueron pasando y el recuerdo de las recetas de Carla y Juana cada vez se tornaba más difuso. Los platos de Juana fueron perdiendo sabor y vida. Únicamente cuando recibía por correo alguna carta de la niña se animaba. Ambas habían acordado compartir sus fórmulas culinarias vía postal. Sin embargo, poco a poco la frecuencia de envío y recepción de cartas se estiraba más, hasta que llegó un momento en el que dejaron de estar en contacto.

🌹 🌹 🌹 🌹 🌹

Una mañana, muchas primaveras más tarde, Juana se levantó de la cama con esfuerzo. Sus huesos ya no respondían con la agilidad de antaño y se encontraba cada vez más torpe. Suspiró al ver que el lado de la cama de su marido estaba vacío. No acababa de acostumbrarse a su ausencia.

Como cada mañana, se lavó y vistió y bajó a la cocina a prepararse el desayuno. «¿Qué haré hoy para comer?», se preguntó, paseando la mirada por su jardín, ahora plagado de malas hierbas y flores secas. Se acercó a la televisión de pantalla plana que ocupaba el espacio de la vieja televisión y se paseó por los múltiples canales que estaban disponibles. Navegando por aquellos que tenían programas de cocina, se decantó por uno con una receta de un pescado en salsa. Hacía tiempo que no comía pescado. Descongeló los ingredientes y esperó pacientemente a que comenzara el programa.

Sin embargo, el sonido del timbre la sacó de su ensimismamiento.

Con pasos temblorosos, Juana se dirigió a la puerta de su casa. Cuando la abrió, no reconoció a la persona que tenía enfrente. Se trataba de una muchacha de unos treinta años, de pelo marrón oscuro, largo y liso, que sonreía sin poder contener su emoción.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla? —saludó Juana.

La sonrisa de la muchacha se amplió aún más.

—Juana, soy yo: Carla.

A Juana le temblaron las piernas. Carla soltó una risita.

—¿Puedo pasar?

Juana, sin dar crédito a lo que veían sus ojos, la invitó a pasar.

—¿Eres tú, Carla? ¡Qué mayor estás! ¿Qué haces por aquí?

—Me he mudado, he visto que la antigua casa de mis padres volvía a estar libre y la he alquilado. Tengo un nuevo trabajo. ¡Mira! —dijo la muchacha, tendiéndole a la anciana un periódico.

Juana se colocó sus gafas y leyó, con lágrimas naciendo en sus ojos, una noticia acompañada de una fotografía en blanco y negro de Carla con traje de chef. El reportaje indicaba que la joven, habiendo triunfado entre los fogones condales, había recibido una oferta para ser copresentadora de un programa de cocina nacional

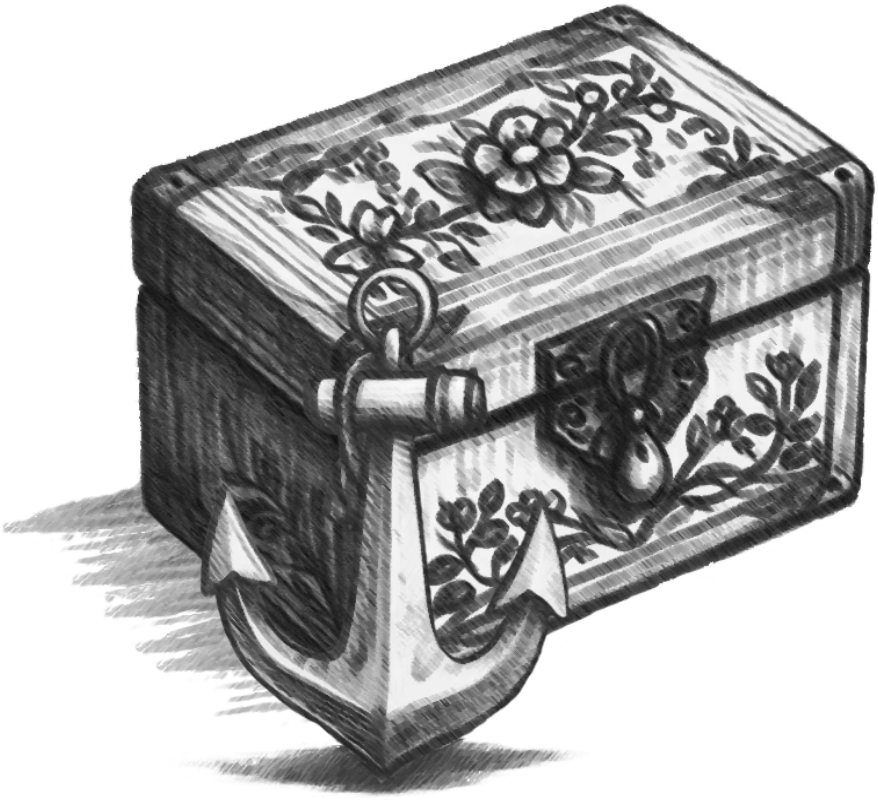
y para montar su propio restaurante en Madrid. Cuando Juana leyó el nombre de su local, no pudo reprimir un sollozo: «El ingrediente secreto de Juana».

—Lo he conseguido. Todo el país verá nuestras recetas, Juana. Hoy emiten mi primer programa a las doce y media —dijo Carla, cogiendo el mando a distancia para navegar a la cadena en cuestión. Después, miró a la anciana con ojos retadores pero llenos de cariño—. ¡Prepárate, vas a tener que seguirme el ritmo!

HESTIA

por Sandra León

@sanlemon94



Juana II de Gethea no era una princesa como las demás. A ella le molestaban los vestidos pesados y los pendientes que dejaban las orejas rojas tras llevarlos puestos durante varias horas. Tampoco le gustaban todas aquellas ceremonias a las que sus padres la obligaban a ir, donde debía sonreír mucho y ser amable con los invitados. ¿Por qué una niña debería hacer tantas tonterías?

A Juana le apasionaba perderse entre los pasadizos del palacio y descubrir los tesoros que los nobles escondían en los cajones de sus habitaciones. Anillos de diamantes relucientes, colgantes de amatista y pulseras con circonitas. Quedaba embelesada por el brillo que desprendían y los guardaba en una caja secreta de su habitación. Después todo eran gritos cuando los miembros de la realeza descubrían que alguien les había quitado aquellas relucientes joyas que deseaban lucir en alguna aburrida ceremonia. Pese a sus travesuras, nadie sospechaba de la niña, pues Juana tenía la capacidad de distraer a sus niñeras, manos habilidosas y un gran sigilo para entrar en las habitaciones sin ser vista.

O eso creía ella. Pues había alguien que sí la había visto con las manos en la masa en varias ocasiones.

—¿Dónde guardas esas joyas tan bonitas?

Juana, que acababa de entrar a la cocina para adueñarse de un trozo de queso, giró la cabeza hacia la voz que acababa de acusarla. Sus ojos se encontraron con la figura de una niña de mechones rojizos que estaba sentada en el suelo y la observaba con una sonrisa pícara. Se trataba de Marta, la hija de la señora Rodríguez, una de las cocineras. Después dirigió la mirada hacia la susodicha para asegurarse de que no había escuchado las palabras de aquella cría impertinente. La mujer estaba distraída mientras barría la alacena y no parecía haberse dado cuenta de nada. Otros dos cocineros se encontraban hablando en una esquina y tampoco estaban prestando atención. Juana se tragó el pedazo de queso antes de acercarse a Marta con ojos llameantes.

—Si te chivas, voy a quejarme de la comida y mis padres despedirán a tu madre.

Era una amenaza vacía, pues Juana, aunque tuviera las manos un poco largas y disfrutara llevándose pequeños trofeos, no era mala persona. Nunca mentiría sobre nadie para provocar un despido, y menos de la cocinera que le daba galletas y manzanas frescas cuando la descubría indagando por la cocina.

—No voy a chivarme —le aseguró Marta con voz inocente—. Solo quiero ver las joyas que brillan.

Tal vez era una idea estúpida, pero lo cierto es que Juana también quería enseñarle a alguien su pequeña colección secreta. Tener todos aquellos tesoros escondidos era la mitad de divertido si nadie podía verlos.

—Está bien —le dijo tras pensarlo un minuto—. Pero si se lo cuentas a alguien, ya sabes lo que haré.

Enseñarle a Marta su pequeño cofre del tesoro solo fue el principio de una larga amistad. La hija de la cocinera la llamó «Pirata», un apodo que a la princesa le molestó menos de lo que debería. Sin duda, los piratas que tanto odiaban sus padres tenían una vida más interesante que la suya, encorsetada en trajes de volantes y ceremonias de señores serios. Desde aquel día, Juana fantaseó con la idea de surcar los mares y vivir grandes aventuras para conseguir más joyas relucientes.

También comenzó a pasar mucho más tiempo en la cocina, acompañada por la niña de pelo rojizo que se había convertido en su mejor amiga. Al principio, la reina la reñía cuando la encontraba allí tirada, con el vestido manchado de hollín y las mejillas rojas por el calor de los fogones. Estar en las cocinas era inadecuado para una princesa, además de sucio y poco elegante. Sin embargo, al cabo de un tiempo, se resignó a permitir que Juana jugara donde quisiera, aunque luego las doncellas tardaran un buen rato en quitarle la grasa que se le adhería al cabello. Juana supuso que también tuvo mucho que ver el nacimiento de Ernesto, su hermano pequeño, al que todos nombraban ya como futuro rey de Gethea. No le importó, de todos modos, ella no tenía ningún interés en dirigir el reino. Cuando fuera mayor, se escaparía del palacio y surcaría los mares en compañía de Marta. Lo tenía bien claro. Buscarían tesoros juntas.

En ocasiones, tener a dos niñas correteando por la cocina alteraba a los trabajadores, y la madre de Marta, la señora Rodríguez, debía suplicarles que salieran de allí. Una de esas veces, encontraron un pequeño ratón que disfrutaba de su queso robado en una esquina del pasillo. ¡Era adorable! Las dos niñas se quedaron jugando un rato con el animal y, después, decidieron esconderlo en el bolsillo del pantalón de Marta. No tardaron demasiado tiempo en descubrir que llevar al roedor hasta la cocina había sido una pésima decisión.

Todavía recordaba los gritos histéricos de los cocineros que trataban de aplastar al ratón a golpe de pucheros y cacerolas. Juana consiguió salvar al pobre animalillo y corrió hacia los jardines del palacio para soltarlo. Ese día les cayó una buena reprimenda y una charla acerca de los peligros y enfermedades que transmitían las ratas. Juana fingió escuchar mientras su mente vagaba hacia la nueva travesura que llevaría a cabo en compañía de su amiga. Habían visto que la condesa de Artis llevaba un precioso anillo de rubí que deseaban añadir a su colección. Miró de reojo a Marta y ambas ahogaron una sonrisa, era como si pudieran leerse la mente.

Fue tras el robo de aquella joya cuando Juana y Marta compartieron su primer beso. Uno muy corto e inocente, propio de dos niñas de doce años. Se encontraban debajo de una de las mesas de la cocina, cuchicheando en clave sobre su nueva adquisición, cuando la princesa tomó la decisión. Se inclinó hacia delante y depositó un beso, fugaz como el destello de un cometa, sobre los labios de Marta. Si alguien las vio, decidió guardarles el secreto.

El tiempo se les escapó de las manos entre pequeños hurtos, travesuras a escondidas y pedazos de pan recién horneados. Antes de que pudieran darse cuenta, ambas habían crecido y sus juegos de la infancia habían quedado relegados al pasado. Sin embargo, en el fondo, pocas cosas habían cambiado. La joven ya no odiaba tanto los vestidos y reconocía que algunos le sentaban realmente bien. No obstante, también había conseguido añadir varias camisas y pantalones a su armario que se ponía siempre que tenía ocasión, pese a los suspiros de su madre por verla vestida de aquella manera.

Por su parte, Marta se había convertido en una joven repostera con un talento innato. Su pelo rojizo había continuado creciendo y se lo recogía en un moño trenzado para poder ocultarlo con la cofia. Juana se avergonzó la primera vez que deseó soltarle el cabello para que cayera libre y salvaje como a ella le gustaba.

Hacía tiempo que sus padres habían aceptado que la princesa no se casaría con ninguno de los pretendientes que habían querido elegir para ella. Juana era testaruda y su corazón ya tenía dueña. Aunque al principio había sido una conversación difícil, finalmente se resignaron a sus designios, como el día que decidieron dejarla jugar libremente por la cocina. Además, la joven cocinera era una mujer sensata, trabajadora y disciplinada que, en más de una ocasión, conseguía calmar el carácter impetuoso de Juana. Y eso contentaba a los monarcas.

Cuando la princesa entró esa mañana en la cocina, Marta estaba amasando el pan con cara de concentración. Tenía las mejillas tiznadas de harina y un mechón le caía por la frente.

La chica se giró al oírla entrar y esbozó una sonrisa taimada.

—Buenos días, majestad.

La joven hizo un mohín de reproche, pero no la corrigió. Marta sabía perfectamente que aquellas formalidades eran innecesarias entre ellas y, aún así, lo hacía solo para fastidiarla. Sin duda, añoraba aquel tiempo en los que la llamaba «pirata».

—¿Qué haces despierta tan temprano?

Marta levantó las manos como única respuesta, pese a que todavía quedaba más de una hora para que comenzara su turno. Al ver que Juana le lanzaba una mirada confusa, Marta matizó su respuesta.

—Mi madre no se encuentra demasiado bien y estoy cubriendo también sus horas. ¿Qué hacéis vos despierta?

Juana le dio un manotazo en el hombro que hizo reír a la cocinera. Los pocos trabajadores que había a esas horas fingieron no ver el tonteo que estaba sucediendo delante de sus narices.

—Ni se te ocurra volver a hablarme así —le dijo en un tono que no admitía réplica—. Me ha despertado el hambre.

La joven giró sobre sus pasos y se dirigió a la alacena. Si hubiera tocado la campanita de su habitación, habría tenido al instante un sirviente en la puerta, trayéndole bandejas con suculentos manjares hasta la cama, pero, ¿qué gracia tenía eso? Ella quería desayunar en compañía de Marta. Se puso de puntillas y alcanzó un tarro de galletas, después cogió el queso para servirse un pedazo. Algunas costumbres nunca cambiaban. Dejó su pequeño botín a un lado mientras esperaba a que Marta terminara de amasar el pan, le fascinaba ver cómo la joven conseguía barras perfectas gracias a la habilidad de sus manos. Sus mejillas enrojecieron al recordar que no eran lo único que sabían tocar con gran destreza.

—Detén ahora mismo esos pensamientos —le advirtió su amiga mirándola de reojo.

Juana vio una nube de harina impactando contra su mejilla y no tuvo tiempo de detenerla. Un carraspeo al otro lado de la estancia le hizo ahogar una risotada.

—Déjame que te ayude y así podremos desayunar antes.

La princesa se subió las mangas de su carísimo vestido y cogió una de las masas que había sobre la mesa. Tras tantos años deambulando por la cocina había aprendido algunas técnicas, aunque no fueran tan depuradas como la de Marta.

Ambas trabajaron un rato en silencio, con el ruido de los instrumentos de cocina como única distracción. A pesar del calor, Juana no hubiera cambiado aquella estancia por ninguna otra del palacio. Marta y su madre trabajaban en la sala de la cocina dedicada a la repostería, por lo que siempre olía a chocolate, vainilla o canela. Un placer para los sentidos que se combinaba con la agradable compañía de la mujer que amaba. Aquella cocina se sentía cómo un hogar, el lugar que las había visto crecer y enamorarse desde el primer día.

Sin embargo, el ansia de aventuras todavía mordisqueaba las entrañas de la princesa. Seguía pensando que el mundo era demasiado extenso para conformarse con un palacio. Ningún lujo podía acallar sus ansias de aventura, ni siquiera la compañía de Marta.

—He pensado pedirle a mis padres que me dejen viajar en barco el mes que viene. Lo he hablado con mi tutora y dice que sería una buena oportunidad de ampliar mis conocimientos.

Hubo un breve silencio mientras Marta asimilaba el peso de sus palabras.

—¿Crees que te dejarán?

Juana frunció el ceño.

—Seguramente van a decirme que no, pero insistiré hasta que lo consiga. Este año he sacado notas excelentes y es lo que necesito para avanzar.

La cocinera ya sabía lo tenaz que podía ser la princesa cuando tenía un deseo y salir de las fronteras del reino era su sueño desde que era niña. Estaba segura de que no se rendiría fácilmente. De pronto sonrió ante la idea de vivir una experiencia así junto a ella.

—Sería maravilloso si pudiera ir contigo en un viaje como ese.

Los ojos de Juana se iluminaron. Por supuesto, ese era un tema en el que había pensado. Le pediría a sus padres que Marta los acompañara en el barco siempre que ella estuviera de acuerdo. Su actitud serena, junto a sus dotes con la repostería, le habían hecho ganarse el respeto de la corte en los últimos años. Eso significaba que al menos una de las dos ya contaba con la confianza de los monarcas.

—Esto ya está listo, aunque el tuyo haya quedado tan deforme como siempre.

Juana le enseñó la lengua. Puede que sus panes no fueran perfectos, pero debían tener algo especial porque la cocinera siempre se quedaba con el que ella había preparado.

Llevaron las bandejas hasta los hornos e introdujeron la masa en su interior. Cuando estuvieran preparados, serían las primeras en probarlo. Una de las ventajas de ser la princesa de Gethea es que nadie se quejaba si faltaba la punta crujiente y recién horneada.

Después, las dos jóvenes tomaron asiento en una esquina para disfrutar de las galletas y el queso. En momentos como aquel, era como si el tiempo no hubiera pasado y pudieran seguir siendo aquellas niñas traviesas que se escondían debajo de las mesas y alborotaban a los trabajadores. Pasara lo que pasara, aquel lugar siempre sería especial para ellas.

Ese mismo día, Juana se preparó para la conversación que tendría con sus padres. Marta le recordó que mantuviera la compostura y elaborara bien su discurso. Entre las dos planificaron los puntos que deseaba argumentar y los consejos que le había dado Amelia, su tutora.

Aunque era cierto que nunca había sido demasiado buena acatando las normas del palacio, un acto de rebeldía que sus padres acostumbraban a recordarle, también se sentía una persona madura y capaz de realizar ese viaje. Había aprendido mucho en compañía de Marta y tenía más habilidades que la mayoría de la realeza, puesto que algunos necesitaban ayuda hasta para atarse los zapatos.

Tomó aire, se pasó las manos por los pliegues del vestido y fue al encuentro de sus padres. En las manos llevaba una nota con todo lo que quería decirles.

Los encontró en la sala de la reina, una habitación ricamente adornada con tapices de escenas primaverales y sillas forradas de rojo. Juana reconocía que se trataba de un lugar tranquilo para pasar las horas, aunque ella prefiriera el ajetreo de la cocina, con los trabajadores siempre contando cotilleos y el olor a comida recién hecha.

Antes de que sus padres pudieran protestar, les pidió que escucharan lo que tenía que decirles. Tras su intervención, hubo un silencio incómodo que le hizo re-

torcerse las manos.

—¿Cómo sabemos que serás responsable durante el viaje? Siempre has hecho lo que has querido y el mar es peligroso.

Su padre se llevó la mano al puente de la nariz. Amaba a su hija, pero nunca le ponía las cosas fáciles. Siempre despreocupada, correteando de un lugar a otro y prefiriendo las tareas de la cocina a sus responsabilidades como princesa.

—Sé que puedo hacerlo —Juana se mantuvo firme—. Aunque me tachéis de desobediente, he aprendido muchas cosas en todos estos años.

Juana extendió el papel donde había apuntado la ruta que deseaba realizar, así como el estudio que había realizado de sus posibles peligros.

—Hija… para hacer un viaje así se necesita disciplina y una madurez que todavía no tienes —comentó su madre, aunque cogió el papel y leyó las anotaciones de la princesa.

Juana se tragó su comentario junto a la rabia que sentía.

—Por favor, confiad en mí. Amelia me ha dicho que estoy preparada. He tenido buenas notas y también soy capaz de entablar conversaciones importantes con los nobles que han venido de visita.

Sus padres se miraron con dudas y Juana sintió que estaba perdiendo la batalla. Pese a sus avances, aún la veían como una niña pequeña incapaz de hacer lo que se esperaba de ella. Suspiró hondo mientras esperaba, Marta ya la había avisado de que perder los nervios solo complicaría las cosas. Miró de reojo uno de los tapices, donde aparecía un ave enjaulada, y de pronto se sintió muy identificada con el animal.

—Tenemos que pensarlo —dijo el monarca con calma mientras guardaba las notas de su hija.

Juana se esforzó por mantener una expresión serena.

—Por supuesto, padre.

Hizo una pequeña reverencia mientras contenía su frustración. Por lo menos, no era una respuesta negativa, aunque la princesa sabía que intentaría que se olvidara del tema.

Salió de la sala con los labios apretados y se dirigió hacia las cocinas, el único lugar donde quería estar en esos momentos. Los pasillos que conducían hasta allí le parecieron más angostos y estrechos que de costumbre, la sensación de asfixia incrementaba a cada paso que daba.

—¿Te han dicho que no? —preguntó Marta al verla entrar con cara de disgusto.

La princesa se movía inquieta de un lugar a otro, así que Marta le puso las manos en los hombros y la obligó a sentarse para que se tranquilizara.

—Según ellos van a pensárselo, pero…

La sonrisa de la cocinera la desconcertó. No eran las buenas noticias que a la

princesa le hubiera gustado recibir, ¿por qué ella parecía tan contenta?

—Eso no es una negativa todavía. Estoy segura de que lo conseguirás pequeña pirata.

Juana la miró sorprendida cuando volvió a utilizar aquel apodo con ella. Ya fuera por la edad o el transcurso del tiempo, hacía años que Marta había dejado de llamarla así.

—Temen que si te dejan ir, no vas a querer estar aquí nunca más.

—Lo de escaparme eran tonterías de la niñez, ahora conozco mis responsabilidades.

Marta asintió, pues ella también había notado los cambios en la princesa, aunque a los reyes les costara más apreciarlos. Sin duda, si quería conseguir su objetivo debería implicarse más en los asuntos del reino y sus deberes dentro de la corte.

—Mi consejo es que durante esta semana te involucres más en tus obligaciones como princesa y pases menos tiempo…

Juana la miró con cara de horror. Aquel lugar era su favorito del palacio y era como si Marta la estuviera echando. La cocinera le cogió la mano y le dio un beso dulce en el dorso.

—Solo durante unos días, para convencerlos —le dijo sin perder la sonrisa que siempre la hechizaba—. Y después viviremos juntas esa aventura que tanto quieres.

Durante semanas, Juana se esforzó por atender sus responsabilidades con la disciplina que se esperaba de ella. Además, su tutora le había asegurado que estaría presente en la siguiente conversación con sus padres para hablarles de sus avances y las ventajas que tendría para ella realizar un viaje en barco. Confiaba en que sus padres terminarían de convencerse si Amelia intercedía por ella.

Pese a su diligencia, aprovechaba los pocos ratos libres que tenía para bajar a las cocina y pasar tiempo con Marta. La mayoría del tiempo era la propia cocinera quién tenía que empujarla de vuelta a la salida y recordarle qué ganarían a cambio de su constancia. El tiempo pasaba demasiado lento cuando no podía estar entre los hornos y fogones, pero se esforzaba por prestar atención a las largas conversaciones sobre asuntos exteriores y pactos con reinos vecinos. Por la mirada de aprobación de sus padres, supo que la idea de Marta estaba dando resultado.

—Creo que les estoy convenciendo —le dijo una mañana en voz baja mientras apuraba un último trozo de queso.

Tenía varias horas de libertad por delante, por lo que pensaba disfrutar de la compañía de Marta tanto tiempo como le fuera posible.

—Esta tarde vuelves a hablar con tus padres, ¿no?

Juana asintió. Había esperado bastante, pero los reyes continuaban sin darle una respuesta, por lo que Amelia y ella había decidido que ese día insistiría de nuevo.

—Pues he pensado que podríamos preparar algo especial para la ocasión.

La madre de Marta le acercó un gran libro y la cocinera lo puso sobre la mesa.

Hojeó el volumen hasta que encontró la receta que buscaba y se la señaló a Juana con el dedo. Se trataba de unos pastelitos de anís y chocolate.

—Las decisiones se toman más rápido con el estómago lleno —comentó la cocinera mientras Juana leía la receta.

Tenían una pinta deliciosa, aunque sus padres no eran fáciles de sobornar.

—¿Nos ayudas a prepararlos? —preguntó la repostera jefe con una sonrisa.

Por supuesto, no hacía falta que se lo pidieran dos veces. Juana se puso uno de los delantales y observó a las dos mujeres con expresión de respeto. Ella sería la princesa, pero en palacio no había pasteleras mejores que Marta y la señora Rodríguez. Seguir sus órdenes resultaba fundamental para que cualquier dulce quedara exquisito.

Entre las tres buscaron los ingredientes que necesitaban y comenzaron la elaboración. Juana prestaba especial atención a las medidas y le sorprendía cómo las dos reposteras eran capaces de hacerlo casi a ojo. Sus manos volaban entre los ingredientes con una maestría que la princesa solo podía imitar con torpeza.

—Si esto no logra convencerlos, temo decirte que nada lo hará.

Juana observó a la señora Rodríguez con expresión de horror. ¿Para qué se había esforzado tanto si todo dependería de unos pastelitos?

—No le hagas caso. Estoy segura de que van a dejarte ir, pero los dulces siempre ayudan en los momentos difíciles.

Las palabras de Marta tranquilizaron el corazón agitado de su mejor amiga. Al terminar los pasteles, los colocaron sobre unas lujosas bandejas, donde serían servidos esa misma tarde, y las tres se dedicaron una mirada de camaradería. Juana estaba agradecida por todas las personas que se preocupaban por ella y estaban haciendo esfuerzos para ayudarla a conseguir su meta. Amelia también la había felicitado por los avances conseguidos e intercedería a su favor en la reunión de la tarde. A diferencia del día en que salió de la habitación de la reina con el corazón encogido, la princesa sentía que su sueño estaba cada vez más cerca.

Casi podía tocarlo con las manos.

Sus sospechas se confirmaron al ver el rostro de sus padres durante la asamblea. Se mostraron receptivos y escucharon con atención tanto sus argumentos como los de su tutora. Además, si les quedaba alguna duda acerca de su decisión, esta pareció disiparse mientras probaban los dulces de anís y chocolate.

Esperó con paciencia la respuesta mientras degustaba uno de los pastelitos. Pese a no ser perfectos, Juana pudo apreciar en su sabor la esperanza y buenos deseos que las tres mujeres habían depositado en ellos. Sonrió al recordar los momentos que habían pasado juntas desde que ella y Marta se conocieron años atrás.

—Tu madre y yo ya hemos tomado una decisión —la voz del rey la sacó de sus pensamientos.

Juana dejó el pastelito en la bandeja mientras su corazón comenzaba a retum-

bar. Dirigió una rápida mirada a su tutora, quien le mostró una sonrisa confiada, y le hizo un movimiento con la cabeza para que mirara al monarca.

—Podrás emprender el viaje siempre y cuando aceptes unas condiciones por tu seguridad.

La princesa dio un grito de felicidad y se levantó de un salto a causa de la emoción.

—¿De verdad? —su sonrisa era tan amplia que iluminaba la sala—. Muchísimas gracias, prometo que no os decepcionaré.

Su madre fue la primera en acercarse y darle un cálido abrazo. No fue hasta que le limpió las mejillas con el dorso de la mano que la joven se dio cuenta de que estaba llorando. Lo había conseguido, por fin tendría la oportunidad de mostrar su valía fuera de los muros de palacio. Aquel primer viaje sería todo un reto para ganarse la confianza plena de sus padres y que comenzaran a dejarle participar en misiones por ultramar. Tendría que tomárselo con calma y prestar atención a todas sus condiciones.

Por fortuna, descubrió que la compañía de la cocinera también entraba en los planes de los monarcas. «Alguien tiene que mantener esa cabecita en su sitio», razonó su padre cuando la princesa le preguntó sobre su amiga.

A Juana, Marta, la señora Rodríguez y Amelia les esperaba un apasionante viaje sobre las olas.

Marta nunca había visto a Juana tan feliz como el día que embarcaron en el Hestia. Todos sus intentos de mantenerse quieta y disciplinada caían en saco roto en cuanto descubría algo que le llamaba la atención, lo cual era prácticamente cualquier cosa. Tras varias horas investigando cada rincón del navío, la princesa se encontraba apoyada en la borda y contemplaba el horizonte que se extendía ante ellas con los ojos llenos de emoción. Para aquella ocasión tan especial, había decidido llevar una camisa blanca de mangas bombachas y un pantalón con cinto. Marta era incapaz de apartar la mirada de ella. Irradiaba felicidad y brillaba con luz propia.

Juana aspiró una bocanada de aire salado y sonrió. Aunque ese primer viaje no sería tan largo como le hubiera gustado, apenas tres semanas en alta mar, estaba segura de que aquel solo sería el comienzo de grandes aventuras. Ahora que sabía lo que era sentir el salitre sobre la piel, dudaba que alguien pudiera volver a encerrarla entre los muros de palacio. En el fondo seguía queriendo descubrir lugares remotos y tesoros escondidos, pero sospechaba que todavía faltaba mucho tiempo para embarcarse en sus propias travesías. De momento, se conformaría con la sensación de libertad que la embargaba en aquellos momentos.

—¿Qué te parece tu nuevo espacio de trabajo? —preguntó, girándose hacia

Marta y apoyando los brazos en la borda.

El viento agitó su cabello hacia atrás y cerró momentáneamente los ojos.

—Es mucho más pequeño de lo que estoy acostumbrada, pero creo que estaré cómoda. También será más rápido encontrarlo todo.

La princesa sonrió con amplitud. Se sentía feliz de que estuvieran las dos juntas en aquel barco. Parecía como si todos los sueños de su infancia estuvieran tomando forma con el vaivén del oleaje y la brisa marina.

—Me alegro tanto de que quisieras acompañarme en esta aventura.

Juana se acercó a Marta y le acarició la mejilla. Estaba preciosa con el pelo suelto, libre de la cofia que debía usar al trabajar. Capturó los mechones entre sus dedos mientras acortaba la distancia que las separaba. Sus ojos verdes la miraron con picardía, como el día en que se conocieron. Mantenían ese brillo travieso que la cautivó en la infancia, aunque ella todavía no fuera consciente de lo que significaba ese hormigueo en el estómago.

De pronto, sonó la campana que anunciaba el final del descanso en cocina.

—Tengo que volver al trabajo, princesa —susurró cerca de su boca.

Odiaba cuando la dejaba con la miel en los labios, pero era evidente que la cocinera disfrutaba viendo cuánto la deseaba. Marta le puso una mano en el pecho, sin perder la sonrisa, y se apartó para encaminarse hacia la escalera.

Esa noche la tripulación cenó y tocó instrumentos en cubierta. Juana y Marta bailaron en sintonía, bajo la atenta mirada de los marineros. Dejaron que el fulgor de las estrellas las bañara en plata mientras sus pies se movían al son de la música. Los corazones de ambas retumbaban con fuerza, componiendo su propia melodía.

Tras la cena, Juana acompañó al servicio para ayudar a recoger. Tampoco sorprendía a nadie verla deambulando entre la vajilla y los hornos siempre que tenía oportunidad.

—Quédate aquí, tengo que ir a por una cosa —le dijo a Marta cuando la cocina ya se encontraba prácticamente vacía.

Volvió a pedirle con la mano que se mantuviera quieta cuando la repostera intentó seguirla. Después corrió hacia su camarote. Llevaba varios días preparando una sorpresa y estaba segura de que no podría dormir si no se la daba a cuando antes. Al entrar, se agachó junto a una de las bolsas de viaje y rebuscó en su interior.

—Te encontré —murmuró mientras sacaba un pequeño cofre de madera.

Estaba un poco ennegrecido por el paso del tiempo, pero continuaba siendo bonito y le traía recuerdos imposibles de olvidar. Juana acarició las flores talladas sobre la superficie y su corazón se aceleró. Aunque estaba nerviosa por la decisión que iba a tomar, no era momento de echarse atrás.

Se detuvo frente a la puerta de la cocina y pidió al resto de cocineros que las dejaran solas. Aunque hubo miradas de curiosidad, nadie replicó. La madre de Marta le dedicó una sonrisa cómplice antes de cerrar la puerta, era la única persona que

conocía las intenciones de su majestad.

Marta reconoció el arca al instante.

—Pensaba que tus padres lo habían descubierto hace tiempo.

Juana fingió una expresión de disgusto mientras colocaba el cofre sobre la mesa.

—¿Y de dónde sacaste algo así? Una pirata como yo sabe guardar muy bien sus tesoros.

Llevaba varios años sin abrirlo, así que la expectación flotó en el aire cuando tomó la llave y la colocó en la cerradura. El sistema cedió con un clic sordo.

Ambas se miraron antes de que la princesa levantara la tapa del cofre y desvelara los secretos que todavía guardaba en su interior.

—Pensé que nuestro primer tesoro debía viajar con nosotras en el barco.

Marta había sabido poco antes de embarcar que el nombre Hestia hacía referencia a la diosa del hogar y la cocina. No se le ocurría un nombre más perfecto para el lugar donde emprenderían su primera aventura.

Juana acarició la superficie de las joyas con la yema de los dedos, y, a continuación, cogió una de las alianzas que formaban parte del tesoro. Se trataba de una pieza de oro blanco con un rubí en el centro que le recordaba al cabello llameante de la cocinera.

Cuando alzó la vista hacia Marta, vio la comprensión en su mirada.

—¿Vas a regalarme un anillo robado?

—Lleva tantos años en nuestro escondite que ya podemos considerarlo nuestro, ¿no? —contestó con una sonrisa de complicidad.

De pronto, el aire parecía haberse espesado a su alrededor, creando una barrera que las mantenía alejadas del resto de la tripulación. Solo existían ellas en el Hestia, en esa otra cocina distinta a la de su infancia, pero que también había comenzado a guardar confidencias.

—Marta, te gustaría…

—Sí.

La cocinera tomó las mejillas de la princesa entre sus manos y la besó con un ímpetu tan ardiente como los fogones que las rodeaban. Ella era su hogar en cualquier parte.

JUANITA NO, ¡JUANA!

por Jordi Escoin

@ardidome

Entró en casa cargada con la compra y, después de dejar las bolsas en la mesita del recibidor, se adentró en el pasillo, llamándola:

—¡Zoe! ¿Estás ahí?

Fue directamente a la cocina y la encontró concentrada, manipulando un circuito impreso. Se relajó. Iba dispuesta a reñirla, harta de que nunca la ayudara, pero se la quedó mirando, embelesada. Al fin y al cabo, no se podía quejar, la dura separación con Robert, justo en plena adolescencia de Zoe, no parecía haber afectado demasiado a la joven; era estudiosa y aplicada y este curso había obtenido el graduado en la universidad, a sus veintidós años recién cumplidos. Notó como se le erizaba el vello del cuerpo, como cuando escuchas una canción que te llega al alma. Se sentía muy orgullosa de su hija.

—Zoe.

—¡Eh!… ¡Ah! —se sorprendió al ver a su madre—. No te he oído llegar.

—Ya, como siempre. ¿Estás todavía con el proyecto para el concurso?

—Sí, pero no me da tiempo a terminarlo —se quejó—. Solo faltan dos días y aún no he conseguido que escanee todos los códigos y que detecte la información más relevante de los productos. Es mucho más complicado de lo que pensaba.

Se acercó para observar mejor la obra de su hija, abrió el prototipo de despensa que esta había construido y le echó una ojeada.

—Acuérdate de dejar todo esto en su sitio esta noche. Sobre todo, lo que va en la nevera.

—Por favor, mamá, no seas pesada. Me desconcentras. Yo intentando salvar al mundo del hambre y tú preocupada por la nevera —se quejó Zoe dejando el circuito sobre la mesa—. Bueno, da igual. No podré resolver esto en tan poco tiempo, creo que lo dejo.

Juana vio que tenía que ayudarla y deseó acertar con el tono.

—¿Por qué no me lo explicas? Quizás pueda echarte una mano.

—Vamos, mamá —suspiró—, ¿cómo puedes ayudarme si no tienes ni idea de ingeniería electrónica? Déjalo, lo tuyo son las leyes. Nada que ver con esto.

—Ya sabes —dijo Juana sonriendo—, a veces compartir y explicar los problemas ayuda a ver las cosas desde otra perspectiva.

—Bueno, vale —dijo Zoe en tono condescendiente—, pero procura no interrumpir demasiado.

La joven le explicó que era prácticamente imposible extraer toda la información relevante que había en la etiqueta de un producto. El obstáculo principal era que los códigos no habían sido diseñados para ser detectados con facilidad, sino que había que orientarlos hacia el escáner para leerlos, y para que el invento resultara útil debía poder leerlos todos y sin necesidad de cambiar su posición. Tenía que suponer el mínimo esfuerzo por parte del consumidor o no se usaría. Ya existían otras aplicaciones que controlaban la caducidad de los alimentos, pero casi nadie las usaba,

pues requerían introducir pacientemente en la *app* los productos comprados.

Se quedó pensativa unos momentos y entonces se le ocurrió una posible solución, pero debía ser cauta, tenía que dejar que Zoe sacara sus propias conclusiones.

—Bueno, ya sabes lo que dice el refrán. Si la montaña no va a Mahoma…

—¿Qué quieres decir? Hacer al revés…, ¿Qué? No te sigo. Tengo que poder leer todos los códigos por narices, es la única opción.

—¿Y si en lugar de hacer un escáner que lea todos los códigos, diseñas un código que tu escáner sea capaz de leer y que contenga toda la información del producto?

Zoe se quedó perpleja mirándola.

—Anda, ¡mi madre!

—Esa soy yo —sonrió.

—Tienes razón. Y eso sería pan comido, en un día me basta para hacerlo.

Se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla mientras la abrazaba.

—Qué grande eres mamá.

—Sí, sí, ahora soy grande y hace un momento era una pesada —se hizo la ofendida.

—Lo siento, mamá. Eres la mejor —dijo orgullosa—. Además, si gano el concurso, con el dinero del premio podría continuar trabajando en la idea original y seguro que en unos pocos meses podría resolverlo.

«Al menos he conseguido que no abandone», pensó.

Repasó con la mirada la flamante sala de reuniones del rector de la universidad, moderna y espaciosa, liderada por una imponente pantalla plana. A su lado, Zoe ojeaba, nerviosa, el documento que había firmado al recibir el premio. Iba a hacerle un comentario cuando entró el rector.

—Zoe, señora Gutiérrez… —les estrechó la mano—. Veo que no ha adoptado, usted, el apellido de su marido.

—Lo acepté hasta que me separé —no le gustó nada el comentario del rector.

—Y bien, ¿cuál es el problema? —dijo el hombre sentándose a la cabecera de la gran mesa de reuniones.

—Mi madre, que es abogada…

—Sí, lo sé, me he informado. Sé que trabaja, usted, en una importante firma del país —le interrumpió el rector dirigiéndose a ella en tono halagador, pero Juana ni se inmutó.

—La verdad —comentó Zoe—, es que cuando ayer me comentó, usted, al final de la reunión que difícilmente podrían conseguir los permisos para aprobar el nuevo etiquetado; me quedé hecha polvo.

—Es cierto, Zoe. Conseguir que se apruebe un nuevo sistema de etiquetado no es un proceso fácil. Llevará mucho tiempo, pero he hablado con los prestigiosos patrocinadores de nuestro concurso…

—Sin embargo —le interrumpió Juana—, en la cláusula quince hay un acuerdo de confidencialidad y en la dieciséis de exclusividad, según las cuales mi hija no puede llevar a cabo este proceso sin la universidad. Eso le deja las manos atadas, ¿no le parece? Da la sensación de que ustedes y sus patrocinadores no deseen que esta innovación vea la luz.

—Oh, nada más lejos de la verdad, créame, es solo una cuestión de oportunidad política, se lo aseguro. Hay que esperar el momento idóneo para conseguir la aprobación del…

—En la cláusula veinticinco —le volvió a interrumpir—, se establece que el acuerdo queda sin efecto si cualquiera de las dos partes lo quiere dar por finalizado.

El rector la miró fijamente.

—Sra. Gutiérrez…, ¿El apellido es de ascendencia mexicana?

—Española, pero… ¿es eso importante?

—No, no, era simple curiosidad —se removió en su sillón. Era obvio que no estaba acostumbrado a que le llevaran la contraria—. Usted es abogada y sabe que el acuerdo va ligado al premio en metálico. Lo pone claramente en las primeras cláusulas. Romper el acuerdo supone devolver los veinte mil dólares.

—Sí, eso me ha comentado mi hija y por eso estamos hoy aquí —Juana se inclinó un poco hacia adelante—. Usted sabe que esas cláusulas son ilegales. Esas condiciones no figuraban en las bases del concurso.

—No digo que no pueda, usted, tener razón, Juana.

—Señora Gutiérrez, para usted.

—Perdón, señora Gutiérrez —el hombre estaba ya visiblemente incómodo—, usted sabe que entrar a dirimir esta cuestión supondría un proceso tan largo, que seguramente conseguiríamos las autorizaciones para el uso del nuevo etiquetado antes de que el asunto se resolviera en los tribunales.

—De acuerdo, pues devolvemos el premio y ya está.

Zoe miró sorprendida a su madre.

—Pero, ¡qué dices mamá! No pienso devolver ni un centavo. Además, me da igual el acuerdo, con el premio tengo recursos suficientes para mejorar el sistema y hacer que lea la codificación estándar.

Se encaró seriamente con su hija, pero sin perder de vista al rector, que mostró un gesto de sorpresa que apenas duró unos momentos.

—Este hombre te está coaccionando —le dio una ligera patada por debajo de la mesa—, pero si eso es lo que quieres…

—Bueno, por nuestra parte no habría problema en aceptar la devolución —se levantó el rector—. Esperen aquí un momento que voy a buscar un modelo de ins-

tancia para formalizar la renuncia —el rector salió de la sala apresuradamente. En cuanto cerró la puerta, Zoe exclamó:

—¿A qué venía lo de la patadita?

—Vámonos, ¡rápido!

—Pero…

—Confía en tu madre. No me gusta nada el cambio de actitud de este hombre —se levantó, apremiando a su hija para que la siguiera. Ya en el coche empezó a explicarse—: Mira, hija, ese rector no parece muy dispuesto a que tu innovación se aplique. Si algo aprendí viviendo con tu padre es a estar alerta; quince años de matrimonio con un agente federal te agudizan la intuición.

—Vaya —sonrió Zoe—, ahora va a resultar que aprendiste cosas útiles de papá. Y yo que pensaba que no podías ni verlo.

—No es eso, ya lo sabes. Tras lo del incendio era demasiado arriesgado vivir con él.

—Pero papá no podía saberlo.

—¿El qué?

—Joder, mamá…, ¡Que iban tras su familia!

—Ah, sí… Mira, ya lo hemos hablado muchas veces —se justificó—, y él estaba de acuerdo. Las cosas ya no iban demasiado bien entre nosotros. Además, yo tenía que protegerte.

—¡Oh, es por eso que te cambiaste el apellido por el de soltera! Qué tonta soy, siempre pensé…

—Bueno, también porque quería recuperar mi identidad, es cierto. A ti no te lo cambié, me limité a…

—Sí, mamá —la interrumpió—, ya conozco la historia: buscaste la ciudad del país que tenía más Meighan de residentes y aquí estamos.

—Supongo que me repito. Pero ya sabes, a veces…

—…la mejor manera de esconder algo es ponerlo a la vista —continuó Zoe la frase y las dos rompieron a reír.

En el portal del edificio se cruzó con un empleado de la compañía de alarmas. A Juana le llamó la atención porque el hombre apenas la saludó y le pareció que rehuía su mirada. Al entrar en casa fue directamente a la cocina, donde Zoe seguía trasteando y haciendo pruebas con su prototipo.

—Hola, mamá. Mira lo que me he comprado. Es mi primera inversión con el dinero del premio. El nuevo iPhone que incorpora la innovadora tecnología tridimensional que Apple acaba de lanzar.

—Ah, ¿y eso para qué sirve?

—Con esta tecnología no tendré problemas para leer con suma facilidad toda la información de los productos en cualquier posición.

—¡Oh, eso es fantástico! Por cierto —cambió de tema—, al entrar en el portal he visto a un operario de la compañía de alarmas. ¿Ha pasado por aquí?

—Sí, se ha marchado justo antes de que tú llegaras. Dijo que estaban haciendo una revisión rutinaria en todos los pisos. Nada, ha estado unos diez minutos trasteando con la central y el teclado de la entrada, y ha dicho: «¡Todo en orden!», y se ha ido.

Aquello le pareció un poco extraño. Ellos estaban en un cuarto piso de un edificio de seis plantas. Tenía que llamar a Robert, pero no quería alarmar a su hija. Salió de la cocina buscando en su bolso… ¡Mierda!

—Hablando de móviles, me he dejado el mío en el coche. Salgo un momento a buscarlo, cariño —pero Zoe ya estaba de nuevo concentrada en sus pruebas. Suspiró y se apresuró a salir.

—¿Te apetece un poco de comida japo para cenar, mamá? —la oyó decir al abrir la puerta del piso, pero la ignoró. No había tiempo que perder, empezaba a estar preocupada. Tras recoger el móvil del coche, se paró en una esquina y llamó a Robert.

—¡Juanita! La verdad, no me esperaba una llamada tuya al móvil del trabajo. ¿Qué sucede?

—¡No me llames Juanita! Sabes que no me gusta —con un tono más pausado, aunque no exento de inquietud, le contó la entrevista con el rector.

—Bueno, tampoco lo veo tan extraño —intentó tranquilizarla—. Seguramente tiene razón con lo de los permisos.

—Pero ¿por qué se fue a buscar esa instancia? ¿Por qué no pidió que se la trajeran?

—Sí, es como si hubiera salido a consultar con alguien, quizás por teléfono.

—Daba la impresión de que el hecho de que Zoe pudiera continuar con su idea original le preocupara aún más que el conseguir o no los permisos.

—¿Y eso es todo, Juana? Venga, dime qué más te preocupa.

—Un técnico del sistema de alarmas ha pasado por casa hace unos quince minutos. En teoría era una revisión rutinaria en todo el edificio, pero después no ha continuado la inspección en los pisos superiores.

—¿Qué aspecto tenía?

—No sabría decirte…, llevaba una gorra y me fijé que tenía las cejas muy pobladas —se hizo un silencio incómodo—. ¿Robert? ¿Estás ahí?

—Sí, sí… Estoy pensando en ello.

—Nos están espiando, ¿verdad? Han instalado algo para espiarnos con las cámaras del sistema de alarma.

—Podría ser, pero un profesional hubiera pasado por los otros pisos para no

levantar sospechas entre los vecinos. Ya sabes, la gente comenta.

—¿Quieres decir que era un aficionado?

—¡Dios! Un profesional solo hubiera actuado así, si no le preocuparan las sospechas posteriores. ¿Estás en casa?

—No, he salido un momento, porque me…

—¡Cuelga y llama a Zoe para que salga de casa volando! —la interrumpió.

—Pero ¿qué…?

—Cojo el primer vuelo y salgo para allí. Haz lo que te digo. ¡Corre! —gritó Robert antes de colgar.

Tras quedarse aturdida unos segundos, reaccionó y llamó al móvil de Zoe, pero como siempre, no contestó. Le sudaban las manos y le costaba respirar. ¡Zoe estaba en peligro! Lo probó con el fijo de casa. Tras escuchar los primeros tonos de llamada se oyó una fuerte explosión y la conexión se cortó. Se quedó paralizada. «La llamada… He activado una bomba con la llamada», pensó. «Juana, céntrate, puede que no tenga nada que ver», pero aquella idea se apoderó de su mente. ¿Por qué si no se había cortado la llamada? Se sentó en el suelo tambaleándose. «Esto no puede estar pasando. ¿He matado a mi hija? ¡He matado a mi hija!». Empezó a llorar compulsivamente. Un hombre se acercó y le preguntó si se encontraba bien. Lo miró con visión borrosa, notó una sensación de frío por todo el cuerpo y se desmayó.

Se despertó poco a poco. Abrió los ojos y vio a Robert que le sonreía desde el pie de la cama, pero… ¿dónde estaba? ¿Y qué hacía Robert allí? Los recuerdos de lo sucedido irrumpieron sin avisar y gritó: ¡Zoe! ¿Qué le ha pasado a Zoe?

—Estoy aquí, mamá. —La joven se aproximó desde el fondo de la habitación.

—¡Gracias a Dios, estás viva! Ven aquí —Zoe se acercó a la cama y se inclinó para que su madre la abrazara—. ¿Dónde estoy? ¿En un hospital?

—En realidad no, estamos en una unidad especial de salud del FBI —aclaró Robert.

Zoe le explicó a su madre que había salido de casa a comprar comida japonesa, cuando oyó la explosión. Robert le contó a su vez que el falso operario había colocado una bomba en la central de alarmas y había modificado la señal del teléfono fijo para que funcionara como detonador.

—Hoy en día casi nadie llama al fijo, pero el tipo no contaba con que justo después salierais las dos. Seguramente estaba fuera, esperando a que volvierais a casa para llamar él. Tú le estropeaste el plan con tu llamada.

—¿Quiénes son, Robert? ¿Por qué nos quieren matar?

—Aún no lo sabemos, pero hemos activado el programa de protección para estos casos y os trasladarán a un lugar seguro hasta que la investigación termine.

—Voy a dejar mi proyecto, mamá, esto se ha vuelto muy peligroso y… No podría soportar que te pasara algo por mi culpa.

Se los quedó mirando, conmovida, pero se sobrepuso y los miró seriamente.

—¡Nada de dejarlo! —exclamó—. Lo que necesitamos es coraje y determinación. Bueno —sonrió—, la protección del FBI sí que nos viene muy bien, pero sobre todo para que puedas terminar tu proyecto. No quiero ni oír hablar de que vas a dejarlo. Ahora más que nunca tienes la certeza de que el proyecto puede ser muy útil. Es por eso por lo que te temen.

—¿A quiénes te refieres? —preguntó Robert.

—¡Y yo qué sé! A las empresas productoras de alimentos, a los magnates poderosos, o a los que sea que les moleste que esta buena idea prospere.

Se quedaron los tres en silencio. Finalmente, Robert asintió.

—Bien, pues que así sea —dijo Robert—, pero para alejar el peligro no solo hay que contar con nuestro trabajo de investigación. Convendría que tu innovación, Zoe, pueda ver la luz lo antes posible. Solo así desaparecerá del todo la amenaza, pues ya no tendrá sentido detener nada.

—Voy a poner los cinco sentidos en esto, papá. Créeme.

—Iría bien la ayuda de algún patrocinador importante que no provenga del ámbito alimentario, que se sienta más atraído por la innovación tecnológica que lo hace posible, que por su utilidad en sí —continuó Robert.

La joven sacó su móvil nuevo del bolsillo y se lo mostró a su padre.

—Voy a necesitar menos tiempo del que pensaba gracias a la nueva tecnología tridimensional de Apple. Podríamos contactar con ellos, pero yo no conozco a nadie.

A Juana se le iluminaron los ojos.

—Hace unos meses un ejecutivo de Apple se puso en contacto con nuestro gabinete. Querían una segunda opinión en relación con un posible conflicto legal en uno de sus desarrollos. Era un hombre muy apuesto —miró de reojo a Robert—. ¿Cómo se llamaba…? Wright…, Jonathan Wright, sí, eso es.

—De acuerdo. Miro de que alguien se ponga en contacto con él. En cuanto a la investigación por lo ocurrido, tendré que mantenerme al margen por vinculación personal, pero procuraré estar muy cerca para ver cómo va el proyecto.

Juana dejó el coche en el parking y se dirigió al apartamento pensando en el acuerdo con Apple. Jonathan tuvo que aceptar que Zoe no entrara en la empresa, pues ella no quería sentirse atrapada en ninguna compañía, y finalmente aprobó las condiciones de la joven: un cincuenta por ciento de los beneficios en las descargas de la aplicación. Abrió la puerta del apartamento y entró en el pequeño recibidor.

—¿Zoe? ¡Por fin lo tenemos! —pero su hija no contestó. Abrió la puerta que daba a la moderna sala que integraba, en forma de ele, comedor y cocina en un solo espacio, y se encontró con la mesa de la cocina en completo desorden—. ¿Pero qué…? Si estás cocinando no lo dejes todo de cualquier manera, ¡por Dios! Que ya no eres una adolescente —dijo girándose.

Se estremeció. Maletín y bolso se le cayeron al suelo. Zoe estaba sentada en el sofá del comedor. Tenía un ojo morado y el labio inferior partido. Junto a ella un hombre la apuntaba con una pistola. Era el falso operario de alarmas; la misma mirada y aquellas cejas tan pobladas.

—¿Qué le ha hecho a mi hija?

—La muchacha intentó resistirse, pero no creo que lo vuelva a intentar —dijo el hombre esbozando una maliciosa sonrisa—. La estábamos esperando. Venga y siéntese aquí en el sillón, señora Gutiérrez —le indico moviendo la pistola.

Justo en ese momento el móvil de Juana empezó a sonar. El hombre recogió el bolso del suelo y vació su contenido encima de la mesa, para coger el móvil. Le mostró la pantalla a Juana, donde se veía una foto de Robert y su nombre.

—Robert Meighan…, reconozco a este tipo, era el que dirigía el equipo del FBI que fue a su piso después de la explosión.

—Es mi ex.

—Ah, sí, está separada.

—Seguramente me llama para ver cómo fue la reunión con Apple.

El teléfono dejó de sonar. El hombre aceptó sus explicaciones y empezó a darle instrucciones: si volvía a llamar, tenía que poner el altavoz, hablar con naturalidad y, sobre todo, disuadirlo de venir al apartamento si esa era su intención. Tal como el tipo esperaba, el móvil volvió a sonar. Ella descolgó y conectó el altavoz.

—Hola, Bob.

—Hola, Juanita —dijo Robert con naturalidad—. ¿Cómo ha ido la reunión?

«¿Se habrá dado cuenta? Nunca le he llamado Bob. Él me ha dicho Juanita. Ojalá sea por eso».

—Muy bien, por fin hemos llegado a un acuerdo. Ya está firmado.

—Eso hay que celebrarlo, Juanita. Ahora mismo voy para allí.

—Déjalo, Bob, ni te imaginas lo cansada que estoy. Han sido muchas horas de negociación y estoy que me caigo. Lo dejamos para mañana, ¿vale?

—Vale, como quieras, descansa. Mañana os paso a buscar sobre las siete de la tarde para ir a cenar.

—Gracias, Bob. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Juanita.

—Lo ha hecho usted muy bien, señora Gutiérrez —extendió la mano para que le devolviera el móvil y después se encogió de hombros—, pero lo siento, tengo que terminar mi trabajo.

—Usted no siente nada —Juana pensaba en cómo ganar tiempo para que llegara Robert. Intentó ponerse en la mente del sicario. Si ella le hacía muchas preguntas de golpe, seguramente sospecharía. Tenía que verla hundida, sin ninguna esperanza. Decidió esperar un poco.

—Es cierto, es solo una forma de hablar. Tranquilas, será rápido e indoloro —se acercó.

Juana miró a su hija y vio como las lágrimas le resbalaban por el rostro. Ella empezó a llorar también mientras intentaba apurar todo el tiempo que podía.

—Bueno, terminemos con esto —dijo el hombre sacando del bolsillo un silenciador que empezó a enroscar en el cañón de la pistola.

—¿Cómo nos ha encontrado? —preguntó Juana, con voz entrecortada por el llanto.

—Es curioso. Todos hacéis lo mismo, ¿sabes? —la tuteó—. Justo en el último momento intentáis alargar la vida unos minutos, como esperando un milagro. Supongo que es algo instintivo —sonrió maliciosamente.

«Venga, Robert, ¿dónde demonios estás?».

—No ha sido fácil, creedme. El FBI os ha ocultado bien —miró a Zoe—. Por suerte para mí, tú tienes dos costumbres que me han resultado muy útiles. ¿No se te ocurre cuáles? —cogió una silla para sentarse.

El sicario se tomó su tiempo para explicar que la chica era seguramente la única clienta del supermercado que compraba los alimentos en función del tipo de etiqueta que llevaban y no de lo que contenían. Eso se traducía en tiques de compra muy llamativos, tanto por el coste como por la extraña relación que había entre los productos. Nadie reparaba demasiado en los empleados de los supermercados, que, curiosamente, en los foros internos de estas empresas, se dedicaban a contar numerosas anécdotas sobre los clientes, para hacer algo más divertido su trabajo.

—Lo siento, mamá —miró desconsoladamente a su madre—, ni se me ocurrió pensar que mi forma de comprar podría llamar la atención.

—No te culpes. Este malnacido es un asesino profesional. Estos tipos siempre encuentran un punto débil en sus víctimas.

El sicario soltó una sonora carcajada.

—Esto también suele ocurrir; cuando veis que el milagro no se va a producir, llegan los insultos —se quedó pensativo acariciándose la barbilla—. Bueno, los hay que rompen a suplicar como niñitos que se han portado mal. Por suerte no sois de esos.

—Has dicho dos costumbres. ¿Cuál es la segunda? —preguntó Juana, remarcando adrede el tono enojado.

—A tu hija le gusta demasiado la comida japonesa. La estuve observando cuando salió del piso a comprarla. Esa afición suya me ha sido ahora de gran ayuda para rastrear… —se calló al escuchar ruido en la puerta principal. Alguien estaba

abriendo.

—¿Quién más tiene llave del apartamento, aparte de tu ex?

—Mi novio —mintió Juana sin inmutarse.

—¿Tu novio? Ya veremos… —dudó —. A ver si va a resultar que eres más lista de lo que pareces. Rápido, venid aquí conmigo y poneos en este lado —hizo gestos apremiantes con la pistola.

Cuando las hizo colocar en la cocina, detrás de él, Juana repasó el desorden: una sartén, una ensaladera, cáscaras de huevo, una patata troceada…, pero no vio ningún cuchillo. «Este cabrón los ha retirado».

—Si de verdad es tu novio, mala suerte para él llegar en este momento —el tipo miraba de reojo hacia la puerta que conectaba con el recibidor, sujetando alerta la pistola con la mano, parapetado en el borde de la pared de la cocina.

—¿Juana? ¿Zoe?

Juana reconoció la voz de Robert. La puerta que daba acceso a la sala se abrió bruscamente, pero nadie entró. La silueta de Robert, armado y con chaleco antibalas, se asomó con rapidez y desapareció. El sicario disparó y dio en el marco de la puerta.

En el mismo instante que el sicario disparaba, Juana cogió la sartén y dio un paso hacia el hombre, iniciando un rápido movimiento circular con todas sus fuerzas con el brazo extendido. Cuando la sartén estaba a punto de golpearlo, este se giró con rapidez y disparó, pero no pudo evitar el fuerte golpe en la cabeza, que resonó con prolongada reverberación. La pistola se le cayó de la mano y se desplomó inconsciente al suelo.

—¡Menudo sartenazo! —exclamó Robert al entrar, y se agachó para poner las esposas al tipo—. Has estado rápida. ¿Cómo se te ha ocurrido?

—Tú siempre decías que la mayoría de los delincuentes subestiman la capacidad de reacción de sus víctimas, porque casi nunca se revuelven cuando pueden hacerlo —dijo Juana sin dudar, excitada aún por la sobrecarga de adrenalina.

—Así es —se levantó—, pero este no es un delincuente común. Te has librado por los pelos —pasó un dedo por el agujero de la manga de la blusa de Juana.

—¡Oh! —se sorprendió ella. Pero Robert estaba ya abrazando a Zoe y estudiando los daños de su rostro.

—Hola, Juana. Normalmente después de llamar a la puerta hay que esperar a oír un «pase», pero bueno… ¿Ya empieza la entrevista?

—Es que estoy algo nerviosa. Empieza en dos minutos.

Robert encendió la pantalla de la pared y buscó la emisión. Después de un anuncio, continuó el programa de entrevistas.

—*Hola de nuevo* —dijo la presentadora—. *Ahora damos paso a nuestra sección de tecnología. Tenemos aquí a Zoe Meighan, una joven de veintidós años, recién graduada en ingeniería electrónica, y a su lado a Jonathan Wright, Marketing Manager de Apple, que nos van a hablar del inminente lanzamiento de un nuevo producto relacionado con el consumo de los alimentos* —tras los habituales saludos a los entrevistados, empezó con las preguntas—: *Y bien, Sr. Wright, ¿en qué consiste esta innovación?*

—*Básicamente, se trata de un sistema que nos recuerda cuando los alimentos que hemos comprado están a punto de caducar. Se calcula que aproximadamente un treinta por ciento de lo que se compra se tira a la basura. Imagine por un momento que se pudiera reducir o incluso eliminar el impacto de ese porcentaje en la flora y la fauna, en el clima y, sobre todo, en la economía familiar.*

—*Pero ya existen aplicaciones para móviles que hacen esto. ¿En qué se diferencia su producto de ellas?*

El Sr. Wright hizo un gesto a Zoe para que contestara.

—*Bueno, en la acción del consumidor, pues… en estas apps…*

—Está muy nerviosa —comentó Robert.

—Es su primera aparición en público. Dale tiempo…

—*En fin, estas apps requieren que constantemente demos de alta en el sistema los productos que compramos. O sea, que al final son pocas las personas que lo hacen.*

—*El uso de esas aplicaciones se reduce a las personas verdaderamente comprometidas con la causa* —le ayudó Jonathan.

—*Exacto. En cambio, con mi sis…, perdón, con nuestro sistema, el consumidor no tiene que hacer nada especial. La novedad consiste en que el escáner de la app lee de forma automática las etiquetas y de los códigos del producto conforme estos se introducen, por ejemplo, en la despensa o en la nevera…*

El programa duró unos quince minutos más. Cuando el presentador se despedía de los dos invitados, Robert cogió el mando y apagó la pantalla.

—Bueno, por fin todo ha terminado.

—¿Seguro? Aún no habéis cogido a los responsables.

—Es cuestión de tiempo. El matón que noqueaste con la sartén aún no ha soltado prenda, como buen profesional que es, así que todavía estamos analizando los datos —dijo mostrándole una hoja—. Todo apunta a esta multinacional, patrocinadora del concurso, pero resulta extraño, porque esta corporación es muy es-

crupulosa con todo lo que hace, y tienen unas cuentas muy saneadas. Y me acaban de comunicar que va a crecer aún más con la compra de una empresa del sector alimentario. No veo cómo la aplicación de Zoe pueda perjudicarles.

—Mmm… ¿Y cuál es esa empresa?

—Espera un momento —dijo Robert rebuscando en su mesa—. Aquí está. ¿Te suena de algo? Yo es que no voy mucho por los supermercados, ya me conoces.

—¡Oh, Robert, es esta la responsable, seguro!

—¿Cómo lo sabes?

—La idea de Zoe surgió precisamente por la cantidad de veces que se nos caducaban los productos de esta empresa, con sus dichosas promociones de dos por tres. Zoe reparó en que esas ofertas siempre aparecían con muy poco margen en la fecha de caducidad. Está claro que para esta gente lo importante es que se compre, independientemente de que se consuma o no.

Robert se quedó pensativo unos momentos y exclamó:

—¡Claro, ya lo tengo! Los dueños de esta empresa debían temer que se cancelara la compra por parte de la multinacional al hacerse pública la nueva aplicación, que es probablemente lo que va a suceder. Por eso presionaron al rector de la universidad para que no se desarrollase el nuevo sistema de etiquetado hasta después de la operación mercantil. Pero al saber que Zoe, gracias al premio en metálico, podría lograr lo mismo con el etiquetado estándar…

—…decidieron eliminar la amenaza —concluyó la frase Juana

—¡Qué grande eres, Juana! Ahora todo encaja —dijo Robert sentándose frente al ordenador y cogiendo el teléfono, pero al ver que Juana se dirigía a la puerta, añadió—: Espera. Doy aviso y después podemos salir a cenar algo para celebrarlo. Son casi las ocho de la tarde.

—Mmm…, no sé si quiero arriesgarme. He de reconocer que te has portado muy bien últimamente, pero quizás en otra ocasión —se recreó.

—Vamos, Juanita, dame otra oportunidad —suplicó Robert.

Ella abrió la puerta y le sonrió, guiñándole un ojo.

—Juanita no. ¡Juana!

LA MAGA

por Juan Miguel

@juanmi329

Si levantaba la cabeza y miraba hacia arriba podía ver como por un hueco se filtraba la luz del exterior. ¿Cuánto tiempo llevaba encerrada en esta cueva? Había perdido la cuenta de ello.

Con su magia, había creado una piedra lisa en la que sentarse, y un fuego con el que calentarse. Pero, a este ritmo no sobreviviría más tiempo. Sus provisiones eran escasas. Solo le quedaba una rebanada de pan y una porción de queso. Además de dos sorbos de agua de su cantimplora.

Ante esta situación, había pensado huir de la cueva, pero era imposible. Solo podía avanzar, nunca retroceder. Un conjuro le impedía salir de la sala en la que se encontraba. Intentó utilizar su magia para deshacerlo, pero había sido en vano. Para sobrevivir y escapar de la cueva solo podía hacer una cosa: derrotar al ogro oscuro.

El ogro oscuro era un monstruo que vivía en esta cueva y custodiaba la salida. Muchas veces se había enfrentado la maga contra él. Y todas ellas acabaron en derrota. El ogro oscuro la aterraba. Sus hechizos parecían no funcionar contra él. Y siempre acababa huyendo a la sala anterior con el cuerpo molido y lleno de heridas. El bálsamo. El bálsamo curativo. Lo había olvidado por completo. Había utilizado uno y solo le quedaba uno más.

La maga se levantó de la roca. Apagó el fuego. Y notando un escalofrío en la columna vertebral, y con el corazón acelerado entró en la sala del ogro oscuro.

En un principio la sala se encontraba a oscuras. Pero en cuanto la maga entró un montón de antorchas se encendieron iluminando el lugar. Una vez más estaba aquí.

El ogro oscuro estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Levantó su cabeza para mirar a la visitante.

—Parece que no lo entiendes —dijo con una grave e imponente voz—. No tienes ninguna oportunidad contra mí. Solo tienes dos opciones: muere en esta cueva por el hambre o la sed o simplemente suicídate. No te dejaré salir al exterior. Retrocede ahora mismo.

La maga dio dos pasos hacia delante.

—Aún estás a tiempo, puedes ahorrarte que te dé una paliza.

La maga dio dos pasos más.

—Parece que no me has dejado opción.

El ogro se puso de pie. Mostrando su gigantesca complexión física.

—Voy a destrozar tus huesos.

El ogro se abalanzó hacia ella.

La maga empezó a recitar un hechizo. Pero el miedo que sentía era tan enorme que se cortó. La maga empezó a huir del ogro.

—Eres patética.

El ogro reunió fuerza en sus piernas y se propulsó hasta caer delante de la maga cortándole el paso. La maga recitó un nuevo hechizo. El hechizo surtió efecto.

De su mano abierta surgió una corriente helada que congeló un brazo del ogro.

—No está mal.

Pero las capas de hielo que cubrían su brazo no tardaron en resquebrajarse y pulverizarse.

—Pero no es suficiente.

La maga retrocedió tres pasos, aterrorizada. Cuando intentó huir de nuevo fue agarrada por una pierna. Su campo de visión cambió por completo. Fue levantada con fuerza hacia arriba para estamparse contra el suelo. El dolor le recorrió de arriba abajo. El ogro levantó el brazo y lo bajó una y otra vez. Hasta un total de diez veces. Apuntó hacia una pared y lanzó a la maga contra ella. La cueva retumbó. La maga soltó un gemido de dolor y cayó contra el suelo. El ogro regresó a su posición inicial y volvió a sentarse con las piernas cruzadas.

—Espero que te haya servido de lección. Y te aseguro que la próxima vez te mataré. Muérete de hambre o sed o simplemente suicídate. Es la última vez que te lo digo. O te aseguro que te voy a matar.

La maga no era capaz de ponerse de pie, se arrastró a cuatro patas, y volvió a la sala anterior. Completamente abatida.

Juana soltó un largo suspiro. ¿Cuánto tiempo llevaba en esta situación? Por desgracia no era capaz de acordarse. Encerrada entre cuatro paredes. En esta cocina. No parecía tener vida más allá de ella. Desde que se levantaba hasta que se acostaba. Cocinar, limpiar platos y cubiertos, barrer el polvo, poner la lavadora, tender la ropa. Cocinar, limpiar platos y cubiertos, limpiar el polvo, poner la lavadora, tender la ropa. Cocinar, limpiar platos y cubiertos, limpiar el polvo, poner la lavadora, tender la ropa… Y así una y otra y otra vez. El ocio no era parte de su vida.

El timbre de la puerta sonó. Fue a abrir la puerta. Era su esposo. Una vez más apestaba a alcohol.

—¿Otra vez has bebido?

—A ti eso no te importa… La cena está lista, ¿no?

—Sí.

—Más te vale… Más te vale…

Una vez que se sentó en la mesa del comedor y le indicó la cena volvió a la cocina.

—¿¡Qué es esta mierda!?

Su esposo no tardó en aparecer por el marco de la cocina con el plato de comida entre las manos. En su rostro se podía leer una expresión de rabia y asco.

—¿Qué ocurre?

—Dime tú lo que ocurre. ¿Por qué me has servido esta mierda?

—¿El arroz al curry no era tu plato favorito?

El plato se estrelló rompiéndose en pedazos. El arroz al curry se dispersó por el suelo.

—Esta basura no es arroz al curry. ¿Cómo se te ocurre ponerme por delante esta basura?

Anduvo lentamente hacia ella hasta colocarse a escasos centímetros.

—No es mi culpa que no te gus…

Un puñetazo se dirigió hacia su mejilla derecha, desestabilizándola. Se agarró rápidamente a un saliente.

—¿Qué no es tu culpa? Estas todo el puto día metida en la cocina. Es lo único que tienes que hacer. Tu puta vida es estar en esta cocina. ¿Y eres tan zorra que dices que no es tu culpa?

Dientes y manos apretados llenos de ira. Y después. Un golpe. Otro golpe. Juana cayó al suelo. Y siguieron un golpe y otro y otro y otro y otro y otro más.

—Espero que te haya servido de lección. Esta vez me he contenido. Pero te juro. Te juro que como vuelva a escuchar algo así juro que te mato. Y ahora, limpia este desastre.

Y salió de la cocina. Fue al salón. Se puso cómodo en el sofá. Y se entretuvo mirando la televisión.

La maga vomitó. Vomitó hasta que incluso su miedo desapareció. Se sentó en la roca. Miró una vez más hacia el hueco por donde se filtraba la luz. Solo tenía una oportunidad más. Solo una más. O salía de esta cueva con vida o moría en ella.

Juana vomitó. Vomitó todo lo que tenía que vomitar. Se quedó unos minutos mirando a la nada. Para después ir a limpiar el estropicio que había en la cocina. Mientras lo limpiaba, por su cabeza pasó la idea de afrontar a su esposo y escapar e irse lejos muy lejos. La idea la emocionó y la aterró a partes iguales.

La maga utilizó el último bálsamo curativo para sanar sus heridas. Comió y bebió sus últimas provisiones. Sentada en la piedra, echó su espalda hacia atrás hasta dar con ella contra la rocosa pared de la cueva. Bostezó. Sus ojos comenzaron a pesar. Por ahora solo quería dormir y descansar.

La noche llegó. Su esposo dormía plácidamente en la cama de matrimonio. Juana decidió dormir en el sofá. Bostezó. Sus ojos comenzaron a pesar. Por ahora solo quería dormir y descansar.

Hacía ya una hora que su esposo había salido a trabajar. Juana preparó sus maletas para irse de casa. No podía aguantar más esta situación. Había llamado a su madre para quedarse una temporada en su casa. Nunca le había contado a ella ni a nadie sobre los maltratos de su esposo. Pero eso cambiaría. Aunque antes, tendría que enfrentarse a él.

La maga practicó sus hechizos antes de la batalla final. Tenía un plan en mente. Por una parte sentía miedo por la idea de tener que enfrentarse al ogro oscuro. Pero por otra parte, la idea de derrotarlo y salir de esta cueva hacia la libertad la emocionaba. Había llegado el momento. No había vuelta atrás. Era todo o nada. Entró en la sala final.

El timbre sonó. Juana abrió la puerta. Su esposo pasó y cerró la puerta detrás de sí. Una vez más apestaba a alcohol. Entonces, se percató de las maletas que estaban en la entrada.

—¿Qué es eso?

—Mis maletas. Me voy.

Permaneció durante unos segundos en silencio. Hasta que abrió la boca:

—Deja de decir gilipolleces. Ve y ponme la ce…

—Hoy no la he hecho.

Volvió el silencio.

Las antorchas se encendieron una vez más. La sala oscura se iluminó de nuevo. El ogro oscuro permanecía sentado con las piernas cruzadas.

—Así que has venido a morir.

—No, he venido a derrotarte.

El ogro soltó una risotada. Se levantó y se puso de pie.

—Voy a destrozar tus esperanzas de salir de esta cueva. Y cuando lo haya hecho te mataré.

En un abrir y cerrar de ojos, el ogro se abalanzó hacia la maga.

—¿Cómo has dicho?

—No he hecho la cena. Me voy de esta casa. No pienso aguantar más tus maltratos. No vas a volver a ponerme una mano encima. Yo no tengo la culpa de que hayas tenido mala suerte y te ganes la vida con un trabajo que odias. Si odias tu trabajo… ¡Afróntalo y deja de emborracharte!

En un abrir y cerrar de ojos, Juana vio cómo su esposo se abalanzaba hacia ella.

La maga huyó del ogro. Dando comienzo a una persecución.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja! ¿Dónde quedó tu valentía, ma…?

Pero la persecución no tardó en acabarse, en mitad de la huida la maga se deslizó por debajo de las piernas del ogro. Levantó las manos apuntando a su cabeza y no tardó en recitar un hechizo. El hechizo dio lugar a una corriente de hielo que congeló la cabeza convirtiéndola en un bloque de hielo. Pero en pocos segundos el bloque de hielo se resquebrajó y un montón de pedazos helados cayeron al suelo.

—¿En serio pensaste que eso funcionaría? No seas idiota.

La maga le indicó al ogro oscuro con su dedo índice que mirara detrás de él.

El ogro oscuro se dio la vuelta.

Detrás de él había una segunda maga. Mientras se deslizaba por debajo de las piernas del ogro, plantó en el suelo con su mano izquierda un brote. Este brote creció detrás del ogro haciendo brotar una réplica de la maga que empezó a crear con sus manos un hechizo.

Una bola de fuego salió disparada hacia la cabeza del ogro. La réplica de la maga se esfumó convirtiéndose en un montón de hojas que se balancearon hasta caer al suelo. El ogro cogió aire con sus pulmones. Y de un soplido apagó el fuego. Pero no logró alejar el pedrusco que impactó contra su rostro. Se tambaleó y cayó de rodillas al suelo. Su nariz empezó a gotear. Se la limpió con una mano. En la palma de su mano vio como se había derramado su sangre.

—¡Estás muerta, maga! —gritó lleno de cólera.

Juana huyó de su esposo. Dando comienzo a una persecución.

—¿A dónde crees que vas? ¿Hace un momento no me estabas echando en cara

que soy un fracasado…?

Juana llegó a la cocina. Se armó con una sartén que sostuvo con firmeza por el mango.

—No me hagas usarla.

Su esposo levantó su puño derecho en alto, dispuesto a golpearla. El puño iba a caer directo en su cabeza. Pero un golpe sordo recorrió la cocina. Su esposo se tambaleó y perdió el equilibrio cayendo de culo al suelo. Su nariz empezó a gotear. Se la limpió con una mano, en la palma de su mano vio como se había derramado su sangre.

—¡Estás muerta, zorra! —gritó lleno de cólera.

El ogro se abalanzó, embravecido, contra la maga. Esta intentó conjurar un hechizo. Pero no le dio tiempo. Un puñetazo se incrustó en su estómago que la hizo estremecerse y después rodar por el suelo. Ni mucho menos le dio tiempo a levantarse. Con una de sus manos agarró su cabeza para retenerla, y empezó a estrellarla contra el suelo una y otra vez. La cueva se estremecía de arriba abajo cada vez que la cabeza de la maga se estrellaba contra el suelo.

El ogro suspiró. Suspiró una vez más. Y otro largo suspiro. Sentía como gran parte de su ira se había esfumado. Miró a la maga que permanecía inmóvil en el suelo que ahora estaba lleno de agujeros. De su cabeza salió un reguero de sangre.

Su esposo se abalanzó, embravecido. Intentó protegerse con su sartén, pero fue enviada a volar de un manotazo. La sartén se deslizó por el suelo hasta estar fuera de su alcance. Un puñetazo se incrustó en su estómago que la hizo estremecerse y después rodar por el suelo. Ni mucho menos le dio tiempo a levantarse. Con una de sus manos agarró su cabeza para retenerla, y empezó a estrellarla contra el suelo una y otra vez. La cocina se estremeció de arriba abajo cada vez que la cabeza de Juana se estrellaba contra el suelo.

Suspiró. Suspiró una vez más. Y otro largo suspiro. Sentía como gran parte de su ira se había esfumado. Miró a su esposa que permanecía inmóvil en el suelo. De su cabeza salió un reguero de sangre.

—Has sido una imbécil, maga. Te ofrecí el suicido o que murieras de hambre o

de sed. Muerte que hubiesen sido menos humillantes. Mírate, mira cómo has acabado. Muerta y humillada —chasqueó la lengua con asco—. Tu existencia me repugna.

El ogro se apartó del cuerpo inerte de la maga. Se tumbó lejos y se echó a dormir. Los ronquidos inundaron la cueva.

—Menuda, imbécil. ¿De qué te ha servido plantarme cara? Mira cómo has acabado. Muerta como una rata —chasqueó la lengua con asco—. Muerta das incluso más asco.

Su esposo fue al cuarto de baño en busca de una bolsa de basura.

El cuerpo inerte de la maga se movió ligeramente. Una mano se movió hacia delante. Y después la otra. Poco a poco se arrastró con sus brazos. Quería ser libre. Quería ser libre de una vez. A pesar del dolor que sentía por todo su cuerpo y de la cabeza que la sentía embotada hizo un esfuerzo descomunal por arrastrarse también con sus pies. Hasta que incluso fue capaz de desplazarse a cuatro patas.

El cuerpo inerte de Juana se movió ligeramente. Una mano se movió hacia delante. Y después la otra. Poco a poco se arrastró con sus brazos. Quería ser libre. Quería ser libre de una vez. A pesar del dolor que sentía por todo su cuerpo y de la cabeza que la sentía embotada hizo un esfuerzo descomunal por arrastrarse también con pies. Hasta que incluso fue capaz de desplazarse a cuatro patas.

La maga llegó al final de la última sala. Con dificultad fue capaz de reincorporarse. Colocó un pie en el peldaño. No parecía haber ningún conjuro que le impidiera salir. Si levantaba la cabeza era capaz de ver la luz de la superficie.

Juana llegó hasta la entrada. Con dificultad fue capaz de reincorporarse. Cogió el asa de la maleta. Y abrió la puerta.

El ogro se despertó de su corto sueño. Lo que vio nada más despertar fue a la maga. Solo le quedaba un escalón para salir de la cueva. No podía hacer nada. Era incapaz de subir las escaleras o escapar de la cueva debido a su descomunal tamaño. La maga lo miró desde arriba, sin apartar la vista de sus ojos.

—Hasta nunca.

Esas fueron las últimas palabras que le dirigió.

Su esposo apareció con una bolsa de basura. No le dio tiempo a reaccionar. La puerta iba a cerrarse. Si la puerta se cerraba tendría que ir a por las llaves. Miró hacia el lugar donde deberían estar colgadas las llaves, pero no estaban. Juana las había cambiado de sitio y las había escondido debajo de un cojín del sofá. Lo miró por una pequeña abertura, sin apartar la vista de sus ojos.

—Hasta nunca.

Esas fueron las últimas palabras que le dirigió.

Soplaba aire puro y fresco. Un aire fresco que movía las flores que crecían en la gigantesca pradera más allá de donde alcanzaba la vista. Cuando vio el paisaje delante de ella sus ojos se llenaron de lágrimas. Se dejó caer de rodillas. Lloró de felicidad. Por fin, por fin era libre.

Juana aparcó el coche. Miró más adelante donde se encontraba la carretera que le llevaría a casa de su madre. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Lloró de felicidad. Por fin, por fin era libre.

MADRUGADA ETERNA Y LIMPIDA DE UNA NOCHE OSCURA DEL ALMA

por Rafael Rodríguez

Ciertamente agotada, disfrutó unos segundos más del silencio reinante subiendo ambas piernas en lo alto de la mesita de la cocina; a continuación, colocó las manos sobre la nuca inclinándose sutilmente hacia atrás, disfrutando de ese instante. Cerró los ojos e intentó relajarse un rato, como si estuviera meditando. Fue imposible poner la mente en blanco; enseguida se sucedieron imágenes del día, con sus preocupaciones incorporadas, por supuesto. Las niñas, la casa, la comida, la compra… Y Rafa, su marido.

🌵 🌵 🌵 🌵 🌵

Juana había cumplido hacía dos semanas, treinta y nueve años. En la antesala de la famosa crisis de la mediana edad se encontraba. Y la sucesión de actividades en las que habitualmente se veía inmersa conformaba un torbellino de tal envergadura que no se paraba nunca a reflexionar sobre los pormenores de los días que se sucedían. Su vida, aunque no trabajara fuera de casa, la hacía colocarse en el vórtice de dicho torbellino haciendo que todo funcionara para los otros habitantes de la casa: esas pequeñeces cotidianas absolutamente imprescindibles en el mantenimiento del ritmo de las rutinas. A sus dos niñas y a su marido no les faltaba de nada. ¿Y a ella, qué le faltaba?

Licenciada en filología hispánica, tras unos años trabajando como profesora interina en diversas provincias, se casó con Rafa a los 25 años. A su marido, abogado de un prestigioso bufete, lo conoció cuando ya era licenciado en derecho en una fiesta que unos conocidos dieron unas navidades. De novios, Rafa nunca le había manifestado sus intenciones de que, llegado el caso de un casamiento, ella dejara de trabajar para tener y criar hijos, además de llevar la casa. Era un buen tipo, cariñoso y amable, con algunos matices machistas muy propios de una generación de españoles educados bajo unos parámetros concretos del tardofranquismo. Juana trataba en ocasiones, durante el noviazgo, de rebatir algunos puntos de vista; no solían llegar a grandes desacuerdos ni se enemistaban ni enfadaban.

Una vez fueron marido y mujer, ella estuvo un tiempo trabajando de profesora interina de lengua al tiempo que preparaba las oposiciones. Y él, acumulaba más y más trabajo en el despacho —era sobrino de un abogado de renombre en la ciudad—, atesorando asimismo cada vez más peso en el mismo, llegando en breve a ser un socio principal de la firma. Entraba dinero en su hogar, cierto, pero a costa de muchas horas fuera de casa por parte de Rafa. Y como Juana viajaba de manera intermitente por su comunidad autónoma, se veían cada vez menos.

Al poco, Juana se quedó embarazada; una niña. No fue una sorpresa, bien es verdad, pero no lo estaban buscando. De inmediato, Rafa imploró que dejara el trabajo para atender con rigor tanto el embarazo y la posterior crianza como el hogar. No vio ilógica tal petición; accedió pensando en que retornaría más adelante a sus

tareas de profesora y opositora. Pudo mantenerse en la bolsa debido a su rol de madre y demás situaciones similares, cuestión que inquietó de alguna manera a Rafa.

Vino enseguida otra niña, al año, y las obligaciones como madre y como ama de casa se incrementaron notablemente. Rafa parecía estar encantado con la nueva situación hogareña: su mujer atendiendo a las niñas, a él y a la casa, en exclusiva. A Juana le sorprendió el instinto maternal que desarrolló, y en general, estaba a gusto con los años que estaba viviendo, pero en el fondo de su ser intuía que, de prolongarse este tipo de vida en exceso, costaría mucho modificar el rumbo de su existencia. Y así fue.

🌵 🌵 🌵 🌵 🌵

Con los pies en alto, en la cocina, Juana aguzó el oído. Silencio absoluto. Amaba el sonido del silencio casero de la noche. Las niñas llevaban acostadas un rato largo, Rafa estaba en el despacho de casa apurando un caso que llevaba él personalmente, cuyo juicio era a finales de semana. Cuando se quedaba a trabajar tarde en casa, ella se iba al dormitorio sola sin llegar a verlo en muchas ocasiones, ni siquiera a la hora de la cena ni a la de acostarse. Y es que Rafa tenía una especie de sofá cama en el despacho, en la planta sótano, donde cenaba algo que se llevaba a media tarde de la cocina y donde dormía cuando trabajaba hasta tarde.

En esos momentos, en los momentos en los que las niñas dormían y su marido se encontraba *presente, pero ausente* —como ella denominaba mentalmente a las horas en las que Rafa trabajaba en casa—, las sensaciones que brotaban en su mente eran más punzantes que, por ejemplo, por las mañanas, donde también estaba sola. Aparecía una sensación de intensa soledad que la arrastraba a los peligrosos páramos de la tristeza, la cual emergía con mayor frecuencia de la deseada; esos páramos, donde el horizonte inmediato solía tiznarse de tinieblas tenebrosas, eran territorios repletos de arenas movedizas ante las que Juana temía sucumbir algún día.

Pero extrañamente, junto a esta soledad, irrumpía de forma antagónica desde hacía un tiempo una vivencia de libertad que al principio no logró identificar. Era como una energía positiva que ascendía desde su *yo* más recóndito, ese yo que se apagó con la llegada de las niñas, el abandono de su trabajo y el desapego con el que su marido se fue conduciendo con el paso de los años de convivencia.

Se añoraba, Juana se añoraba a sí misma, y esta pulsión creciente de anhelos de libertad la condujo hacia la práctica de varias ocupaciones ocultas; ocultas por cuanto no le decía a nadie lo que realizaba «en sus horas libres». Durante el día, tras hacer las tareas caseras pertinentes, practicar una hora de deporte y preparar comidas, meriendas y cenas, sacaba tiempo para estudiar las oposiciones descuidadas así como para indagar por su puesto en diversas bolsas de trabajo. Como no la habían expulsado de dichas bolsas mantenía la ilusión de volver a trabajar, sabiendo

que por su condición de interina le iba a resultar muy difícil abandonar su hogar tal como estaba actualmente organizado el mismo. Y a Rafa no le haría ni pizca de gracia. Pero ella no cesaba de mirar las bolsas y sus posibilidades más cercanas. Y en cuanto a las oposiciones, nunca había dejado de estudiarlas y las manejaba de manera aceptable. Era ordenada, metódica y voluntariosa, ejecutando estoicamente este incesante estudio de su materia en la cocina. Juana estudiaba en la cocina aunque tuviera toda la casa para ella. Al principio, cuando intentaba estudiar en un cuarto más preparado para tal actividad, no se concentraba ni alcanzaba un mínimo de rendimiento. Y un buen día, se plantó con los apuntes en la cocina y se produjo un giro de ciento ochenta grados. Desde entonces, su biblioteca predilecta se caracterizó por exhibir una clásica decoración culinaria.

Otra de sus actividades secretas era escribir. Desde sus tiempos universitarios se interesó por la escritura, abandonando la misma en los primeros años de casada; pero la necesidad de crear frases y frases estaba ahí, agazapada, no podía ocultarla. Por la noche, Juana sacaba su viejo ordenador portátil, y en la misma cocina, se acostumbró a escribir en la mesa pequeña contigua a la pared. En la cocina, a esas horas no entraba casi nadie; si Rafa estaba en casa, sí podía pasarse a picotear algo, fugazmente, pero a ella le daba tiempo de esconder el ordenador al oírlo llegar. Así que era en la cocina donde encontró su refugio personal, escribiendo cuando se encontraba más sola.

Una vez leyó un libro de Stephen King —*Mientras escribo*—, donde el norteamericano describía que en los albores de su carrera como escritor, vivían él y su mujer en casas muy pequeñas y modestas, y terminaba escribiendo en una especie de hueco creado ad hoc en la cocina del apartamento. No podía evitar recordar ese pasaje cada vez que sacaba su pequeño ordenador. Y también leyó en una ocasión, que Alice Munro, nobel de Literatura, escribía algunos relatos en la cocina cuando sus hijas dormían. Y estas referencias le motivaban a seguir escribiendo en este inédito lugar artístico. Como si hubiera una conexión entre ellos. Posteriormente, se avergonzaba un tanto de haberse comparado con estos dos autores.

Es complejo intentar explicar por qué no iba al salón, o a una salita pequeña existente en la planta baja, para situarse de una manera más cómoda para la escritura o para el estudio. Con el paso del tiempo, la cocina se tornó para ella en su *búnker* privado, en el sitio de la casa donde se sentía firme, segura y decidida. Era como si en otras habitaciones y salas de la casa, su verdadero yo no apareciera. Con algo de vergüenza, reconocía que todo ello podría deberse a que su rol había girado en exclusiva hacia el de ama de casa, y que sus otras vertientes —estudiante, profesora, escritora aficionada, etc.—, estaban menoscabadas.

De cualquiera de las maneras, una cosa era clara: en la cocina conseguía tanto escribir con regularidad y entusiasmo como estudiar con rigor temas de oposiciones. Lograba alcanzar un estado mental y de concentración óptimos para estas

tareas intelectuales, rindiendo en las mismas; así, se preparaba temas con una rapidez inusitada en la adquisición de conocimientos incluso para ella en sus mejores épocas estudiantiles, y adquiría en la escritura un ritmo creciente que no recordaba haber desarrollado en pasadas etapas. La cocina le ofrecía un entorno familiar, acogedor y cómodo en el que llevar a cabo estas tareas.

Esa noche, la noche donde Juana estaba divagando con los pies en alto, la sensación de soledad era un poco más molesta, con lo que sacó a relucir la estrategia que tenía por costumbre para estas situaciones: ignorarla con férrea voluntad escribiendo a destajo. Sin más, sin querer escuchar los sones apocalípticos de su tristeza, sacó su portátil de una leja de la despensa colindante —ahí guardaba su ordenador, tal era su apego emocional a la cocina—, y repasó las últimas líneas escritas el día anterior, a estas mismas horas:

Hay noches, como esta que creo aspirar escribiendo la línea que dejo en la pantalla, en las que creo que alguien escribe sobre mí, sobre mis pensamientos, alegrías y frustraciones. No sabría explicarlo; presiento en las profundidades de mi soledad en la cocina, con el silencio como principal aliado, una presencia que trasciende mi yo, que escribe sobre mi existencia haciéndome al mismo tiempo escribir ahora, en el momento más absoluto del ahora. En fin.

Cuánto me gustaría viajar sola, acompañada únicamente de una mochila con algo de ropa y de una libreta donde escribir. Cuánto disfrutaría de la soledad en una estación de tren de cualquier ciudad de Europa, o en una parada de metro extraña, sucia y destartalada. Saborear mis pensamientos conmigo misma, conocer gente viajera, entablar conversaciones con personas a las que no volveré a ver jamás.

Anhelo volver a sentirme joven, aunque ya no lo sea. Anhelo una experiencia nueva, una revolución en mi rutina, una explosión de energía. Vibrar en la noche, disfrutar de una madrugada insomne, perder el control unos momentos prolongados, bañarme desnuda en el océano, levantarme con resaca. Atrapar y sorprender yo a la vida, comerme yo los días con voracidad juvenil, retar a la luna y a las estrellas al juego de la inmortalidad.

Siempre que leía lo que había escrito la noche anterior le parecía, al inicio, ridículo, ajeno a su realidad. Luego recordaba que su forma de escribir era lo que llamaba la técnica del desahogo, es decir, escribir lo primero que se le viniera a la cabeza como si fuera una terapia, depositando en una página en blanco lo que había

acumulado durante el día en forma de tormentos, ideas insulsas o temores cercanos. O fantasías de escape. Y con posterioridad, matizaba alguna frase, eliminaba lo que le incomodaba o corregía algún fragmento incorrecto.

Empezó a escribir acariciando el teclado con la suavidad de un pianista.

Y no es así. Mi vida es esta cocina en la que me escondo de mí misma pero en la que paradójicamente me encuentro también a mí misma. Estas paredes alicatadas de blancos azulejos me permiten reflejarme en ellas física y metafóricamente, y comprobar con algo de coquetería cómo llevo el cabello y qué expresión muestra mi semblante más íntimo. A veces pienso que formo parte de una pandilla con los electrodomésticos; me conozco sus pequeños ruidos y quejidos, como ellos deben conocer los míos.

La vajilla cotidiana reposa en el escurreplatos tras la batalla gastronómica del día, y parece estar tan agotada como yo. Detrás de mí, en la despensa, la escoba abraza a la fregona sin disimulo, como si mantuvieran un romance a escondidas. Los fuegos de la cocina, tan airados y fulgurosos horas atrás, ahora pretenden dormitar, asemejándose a pequeños dragones exhaustos. Y la nevera emite gruñidos intermitentemente, en protesta por algún alimento caduco, me temo.

Me encanta la cocina a estas horas de la noche, cuando toda actividad ha cesado. Su vigor y su ritmo son comparables a los míos, están acompasados con los míos. Constituimos una unidad, somos indisolubles y nos retroalimentamos sin cesar. Esta atmósfera de la noche inequívoca, tras tanta energía concentrada a lo largo del día, deja un poso de magia y creatividad flotando que hace que, contra todo pronóstico, quiera escribir aquí, en mi rincón preferido, sin hacer ruido para no molestar a mis amigos pandilleros.

Cuando estoy aquí, aquí y ahora, tan sola y tan alejada de lo que ha ocurrido durante el día, me gusto a mí misma. Me gusta cuando llega este momento en el que las teclas del portátil me invitan a hablar conmigo misma. Me gusta que mis pensamientos salten desde mi mente a este ordenador.

Me gusta cuando escribo, porque estoy como presente, más presente que nunca, más capaz, más vital. Es como si me reconciliara, al final de la

jornada, con mi auténtico ser interior, y aunque sé que mañana todo será igual, este paréntesis me salva del caos que supone mi aburrida vida ordenada.

Se mantenía el silencio. Al dejar de escribir, a sus oídos solo llegaba el sonido del ordenador, una especie de zumbido suave con el que imaginaba que el ordenador respiraba a su lado, como un amante al que le haces confidencias tras el acto amatorio; sí, el portátil era su amante nocturno, era su particular muro de lamentaciones al que acudía para desahogarse. De hecho, ocultaba a tal amante de los demás habitantes de la casa, escondiéndolo todas las noches al terminar de escribir en un hueco de la leja de la despensa de atrás. Nadie sabía que lo depositaba ahí.

Le hizo gracia pensar en un amante, un amante cibernético muy propio de esta era del metaverso.

Amante, ¿quién podría ser mi amante en estos tiempos mejor que un cíborg o algo parecido? No le haría ascos a un robot o incluso a una experiencia sexual utilizando la realidad virtual. No tengo relaciones desde hace más de un mes, y lo que es peor, cada vez tengo menos deseos de tenerlas.

Era cierto. Cada vez que se iba a dormir, sola, acudía a ella un plus de melancolía derivado de la falta de sexo en su rutina. Creía no ser atractiva para su marido. Tras los partos y las crianzas devenidas, el interés de su marido en ella fue decreciendo, y eso que Juana cuidaba su estética: dieta sana, nada de vicios como alcohol o tabaco y algo de deporte. Pero Rafa, con una barriga cada vez más amplia, parecía haber perdido apetencias hacia ella. Siempre era Juana la que intentaba concertar un encuentro, y a menudo sin éxito. Y cuando ocurría, era de lo más anodino e insípido, además de sorprendentemente veloz.

Se fue por fin a dormir con la idea del amante virtual o robótico en mente, contemplando con perspectiva el incremento de la sensación de soledad que le invadía cuando salía de la cocina y se apartaba de su *pandilla* y de su *amante*. Era como si la cocina le infundiera ánimos y supusiera para ella un cobijo emocional permanente.

Pasó antes al cuarto de baño y se contempló delante del espejo. ¿Se gustaba a sí misma? ¿Se había marchado el anhelo de gustar físicamente a los demás? Desabotonó la parte superior del pijama y liberó el sujetador. Sus pechos, su abdomen y su cuello saltaron a la vista. Entonces se acordó de la mirada que esa misma mañana le había echado un joven de veintipocos años, en la piscina del gimnasio. Con escaso disimulo le había ojeado sus pechos, finos y marcados tras un bañador negro ajustado. Le gustó esa mirada que rezumaba cierto deseo, elevando su autoconfianza.

Con esa imagen, la del chico de la piscina contemplando sus pechos, se dirigió con desvelada rapidez a la cocina con el propósito de escribir nuevas líneas; esa escena evocada justo antes de dormir había hecho pulsar un botón pasional postergado en los cajones de la juventud.

Hacía tiempo que no me sentía deseada como mujer, aunque fuera de manera fugaz e infantil. Al tomar conciencia de que un chico más joven reparaba en mi cuerpo, algo de rubor inundó mis zonas más ignoradas, aquellas que precisamente se acaloran con las pasiones más encendidas. Y fantaseé de inmediato con un encuentro sexual sin ataduras, sin compromisos, sin daños colaterales. Había olvidado esa mirada hasta hace unos minutos cuando, al mirarme en el baño, he recordado al muchacho. Con la clase de aquagym y los largos realizados, no volví a pensar ni en el chico ni en mi fantasía posterior.

Tener una fantasía. ¡Vaya licencias que se coge la mente! La carencia de aventuras pasionales permite que se dibujen en mi cabeza juegos amatorios de todo tipo; y ello, de manera espontánea al ver a un chico observando mis senos.

¿Es malo fantasear con esa posibilidad? Meternos ambos en el vestuario y dirigirnos a una ducha, desnudos, abrazados, sintiendo el vapor del agua caliente adhiriéndose a nosotros. Besarnos la boca, el cuerpo, el torso desnudo, el sexo… Dejar al desconocido que me bese con apasionada ternura mis pechos, endureciéndome los pezones con su lengua.

Juana se detuvo. Se estaba excitando. Bajó su mano hacia su sexo, acariciándose el clítoris mientras releía lo recién estampado en la pantalla y recuperaba las escenas más sensuales de su ensueño que no se atrevió a escribir. No sabía si continuar escribiendo, pues le daba vergüenza lo que expresaba sobre la página. No quería describir más detalles de su fantasía, aquellos en los que ella era la que tomaba las riendas de la situación y dejaba sin habla al chico. *¿Por qué me avergüenzo?*, se preguntaba molesta. Sabía la respuesta: su educación ortodoxa y clásica propia de una determinada época, había conseguido que cierta conciencia de machismo formara parte de ella, y por ende, se veía sucia teniendo estos pensamientos y escribiéndolos. Se sentía incluso culpable. Pero siguió escribiendo. Esta noche mantenía en su esencia nocturna aromas de cambios. Lo presentía con la misma fuerza con la que presentía que alguien ajeno a ella escribía sobre el presente implícito de estas palabras y además, le hacía escribir en ese mismo presente.

Hace unos meses leí el libro autobiográfico de Cristina Rosenvinge, Debut, y además de parecerme bien escrito, valiente, sincero y hermoso, encontré ciertos paralelismos con algunos pasajes de mi vida.

Recuerdo especialmente, volviendo a mi fantasía, una escena donde Cristina, tras salir a correr en soledad por un espacio natural con grandes arboledas, animales y más componentes de la naturaleza, se fue a la ducha. Una vez en ella, Cristina explicó la singular comunión que percibió mientas corría, con los árboles, con los animales que se iba encontrando, con los vientos y los cielos que iba disfrutando… Y con esa relajación que te proporciona realizar deporte al aire libre, empezó a tocarse ella misma bajo la ducha. Y lo describe todo con una expresividad y concreción bellísimas, sin entrar en lo soez ni en lo vulgar. Era un canto a la vida femenina, a la naturaleza, al sexo, a encontrarse con una misma.

Y al escribir yo, aquí y ahora sobre mi ensoñación con el tipo de la piscina, amándonos bajo la ducha tras practicar deporte, me ha venido como un aliento cercano ese tramo del libro que tanto me gustó.

Algo pasaba esta noche, y Juana empezaba a interiorizarlo con fuerza. Era como si no quisiera dormir, como si deseara escribir y escribir toda la noche, dejando con naturalidad que los párrafos planearan sobre la pantalla y sobre la madrugada, vertiendo detalles personales inéditos en sus escritos. Entendía que así lograría una catarsis y un posterior renacer sobre sus cenizas, reinventándose y afirmándose en todo lo que pretendía, aunque sonara a sueños utópicos. No es que quisiera ser infiel ni tener aventuras por tenerlas, o divagar por divagar sobre su vuelta al trabajo. Pero sí deseaba no avergonzarse por sus anhelos de ser amada con pasión ni por pretender volver a su vida profesional. Deseaba olvidarse de la rutina de ama de casa, poco a poco, paulatinamente, valorando las opciones para armonizar vida profesional y familiar. Deseaba volar como esos aviones que dibujan líneas blancas en la pizarra azul del cielo; volar física, psíquica y sensorialmente, pero con los pies en la tierra.

Noche bien avanzada y aún me hallo aquí en mi refugio de la cocina. He escrito, estoy escribiendo más y más, y sigo con la sensación de que alguien escribe sobre mí; escribe que yo estoy escribiendo ahora. ¿Quién es ese escribiente?

Me da igual quien sea, siento signos de ruptura en mi camino cuanto

más escribo en mi cocina. Incluso me voy a atrever a escribir, si no lo han escrito ya por mí, que me he acariciado mi sexo al recordar a mi joven desconocido de la piscina. Y me ha gustado hacerlo, tanto fantasear con un encuentro con él como buscar mi sexo en una madrugada cualquiera.

No va a ser una madrugada cualquiera, no. Estoy desahogándome sin pudor con mi amante, este ordenador pequeñito que, con su sutil zumbido, parece decirme que me atreva a soñar, que sin renegar de las obligaciones de estos últimos diez años, compatibilice todo, ya sea con Rafa o con ayuda externa. Pero basta ya. Necesito aire fresco.

Pasan las horas de la noche, y sigo aquí en mi cocina, haciéndome fuerte en mis anhelos y deseos. Madrugada eterna y límpida de una noche oscura del alma en la que me digo a mí misma que hay que decidirse a cambiar.

Juana miró el reloj de la cocina. Eran las dos y media de la madrugada. Rafa debía haberse dormido en su despacho, pues de lo contrario, si hubiera acudido al dormitorio, se habría preguntado por el hueco de la cama. ¿Qué hubiera pensado Rafa de haber aparecido por la cocina? ¿Qué hubiera dicho Juana? Estas preguntas le atormentaron de alguna manera. No obstante, recobró su firmeza repasando las últimas horas sucedidas y se dio cuenta de que estaba plenamente convencida de su decisión de actuar. Hablaría con claridad de su voluntad de volver a trabajar y de que necesitaba por parte de él más atenciones diarias, desde un beso a un qué guapa estás. Tenía curiosidad por saber cómo iba a ser la reacción de su marido; no se planteaba el divorcio, ni mucho menos, pero vislumbraba que a Rafa no le iba a sentar bien la conversación.

El cielo de la madrugada es profundo y misterioso, tal como supone el hecho de permitir que mis pensamientos, a través de letras tecleadas que conforman palabras, frases y párrafos, se materialicen y constituyan una verdad sólida y sensorialmente tangible. Me agarro a ellos una vez son realidades que puedo contemplar desde un presente creativo, como el de estos momentos.

Y en este presente en el que escribo, creo entrar en sintonía con ese extraño escribiente que narra sobre mí. ¿Estoy delirando, quizás? Conforme deposito palabras en la pantalla blanca cobro más individualidad que nunca y me separo y desgajo de esa narración primigenia que muestra la voluntad de participar en una antología. ¿Por

qué quieres contar mi historia, narrador omnisciente, por qué?

En este punto del relato, **yo** levanté la cabeza. ¿Juana se está dirigiendo a mí desde su escrito, en su cocina? Como narrador omnisciente de esta composición, rebusco en mi interior las fuentes de inspiración de la misma, y me redirijo hacia la imagen de Juana en su cocina, sentada en una silla de comedor, con los pies en alto sobre la mesa y las manos descansando sobre su nuca. Tiene los ojos cerrados y sueña con novedades en su biografía, sueña con volar por las aguas del firmamento, con nadar en los cielos al lado de esas líneas blancas estampadas en el azul infinito; sueña con aspirar la vida con la vehemencia de los adolescentes. Ha sacado un portátil desde un recoveco de una leja cercana, y, tras abrirlo, se apresura a teclear con firme dulzura. Es un teclear que retiene cierta musicalidad, como si reprodujera una melodía tecleada hermosa que formara parte del fondo musical, tenue, de la noche profunda. Se ve, desde mi posición imaginativa, que Juana disfruta. ¿Por qué la he llamado Juana? Ah, sí, porque las bases de esta antología así lo precisaban. Y en cuanto leí dichas bases, la fotografía de Juana sentada en su cocina, primero con los pies en alto sobre la mesa, y luego escribiendo en su portátil, vino a mi cabeza, como si ella hubiera estado esperando a que un trozo de su existencia fuera escrito por alguien.

Desde mi cocina me llega la pureza más prístina de la madrugada; también entra algo de fresco. Es todo muy agradable. En la cocina he empezado las jornadas estos años atrás, y las he concluido. El epílogo del día siempre ha consistido en relajarme a través de la escritura, cuando este espacio rectangular no demasiado amplio desprende una sobrecogedora paz silenciosa. Su tranquilidad tras el ajetreo diurno supone un contraste que me ha ido proporcionando una continua inspiración en la creación de mis atolondrados escritos.

Hasta tal punto ha llegado esa inspiración, que me ha dado la fuerza y la convicción necesarias para abordar el viraje que he de dar a mi vida. Y me ha permitido asimismo conectar con alguien que escribe sobre mis vicisitudes en la cocina. Seas quien seas, oh narrador misterioso, he de agradecerte el detalle de que repararas en mis rutinas para que, mediante la escritura de mis pensamientos, hiciera tambalear los cimientos de mi zona de confort, dando el paso definitivo hacia la consecución del nuevo rumbo vital.

Yo también podría escribir sobre ti, si quisiera, e imaginarte escribiendo en una habitación cualquiera de una vivienda cualquiera, con una

ventana que muestra un bloque de pisos enfrente, a unos sesenta metros, de color naranja ladrillo que contrasta con el celeste de la bóveda de la mañana. Pero prefiero no imaginarte demasiado, narrador silencioso, para que a ti te quepa el honor de ser el que lleva las riendas de este relato y lo finalices como bien dispongas.

Levanté la cabeza. En efecto, ahí estaban el bloque de pisos anaranjado y el celeste del cielo de la mañana. ¿Cómo me había encontrado? Yo escribo por la mañana, Juana, bien temprano. (¿Me estoy dirigiendo a Juana?). De hecho, aún no son las diez de la mañana del domingo doce de marzo, y llevo escribiendo desde las ocho, cerca del alba, con ganas, no te engaño, de entrometerme en tu intimidad y en tu cocina. Yo también estoy sobresaltado al leer lo que tú estás escribiendo, dirigiéndote a mí sin artificio ninguno. ¿Tan fuerte te sientes en tu cocina?

Me quieres hacer creer que yo pertenezco únicamente al metaverso. Yo sé a dónde pertenezco. Yo formo parte de mis palabras, pertenezco a ellas. La que escribe soy yo y no tú. Tú das fe de lo que ocurre desde tu existencia en la realidad, a donde me asomo en ocasiones. Tú crees vislumbrar el metaverso a través de tus relatos y ensayos, pero lo desconoces en profundidad. No obstante, esta madrugada inolvidable hemos contactado, y si te fijas bien, hemos contactado porque yo así lo he querido. He sido yo quien te ha invocado, a pesar de haber sido tú quien me ha posicionado en el metaverso de esta historia. No te creas tan poderoso por vivir en la realidad. Desde mi rincón pixelado de la cocina, yo también he imaginado tu vida en la realidad.

Asombrado de lo que leía en cursiva, el narrador principal permaneció sin escribir un rato largo, debiendo aparecer otro narrador para finalizar la historia, dado que es sabido que las historias iniciadas han de ser finalizadas de alguna manera u otra, sobre todo cuando se participa en antologías y certámenes. Asimismo, las palabras acumuladas se acercaban ya a las cuatro mil ochocientas. Qué digo se acercaban. Sobrepasaban esa cifra.

*Fue*ra quien fuera e*l que rea*nu*dó la narra*ción, esta noche *e*n l*a que* Ju**ana escri**b*ía en la coc*ina, exis*tió* en algún lugar, y supuso para ella el p**rin**cipio *de una **nueva*** orientación vital. H*ablar*ía co*n su marido con det*erminación y ase*rtiv*i**da**d, deja*n**do m**uy **c**laro que soplaban vientos de cam*bio: iba a tr*abajar y a examinarse, y ad*emás, le pe*diría a él ayud**a, compre*n*s**i**ón y algo más de *aten*cion**es se**nsuales. No iba a cejar en este empeño, ofreciendo estrat*egias dond**e to**do **po**dría co*mpati*bili**z**arse si arrimaban el hom*bro los otr***os m**iembros f*a***mi**l*ia*res.

Era*n* y*a* las *cuatro y cuarenta y cin*co minu*tos de la madrugada. Juana de**cidió***

ir**se a dormir. Apagó la luz de la coc*ina, no escondió el ordenador y se fue a la ca*ma. Mañ**a*n*a *se*ría ot*ro d*ía. Qu**é m**á*s* da qui***é*n *na***rre l*a* hist*oria mientras al*gu**i***en ha*b*le de las Ju*anas del **mu***nd*o.

SOPA DE ARENA

por Álvaro Caballero

@_alvaro_topo

El autobús modificado se movía paralelo a la manada. Saltaba a la vera las enormes y peludas criaturas, uniendo la contribución de sus ruedas a la polvareda. Apostada en la torreta delantera, Eli buscaba un objetivo adecuado para su arpón: lo más grande posible pero lo bastante pequeño para poder arrastrarlo. Más atrás, Clarisa esperaba atenta a la decisión de su compañera. Se decidió por una hembra que rondaría las siete toneladas. Ya estaba apuntando cuando la voz de Juana llegó por el intercomunicador.

—Esa no, Eli. Apunta al macho que está justo delante.

—¡Ese bicho pesará diez mil kilos! —Eli gritaba para hacerse oír a través de la máscara y entre el sonido del viento— ¡Nos va a arrastrar como a una manta!

—Podemos manejarlo.

—Si te equivocas estaremos un mes comiendo sopa de arena —intervino Marlene desde la parte de atrás.

—Confiad en mí, podemos manejarlo.

Durante un momento se hizo el silencio, pero poco después Juana escuchó cómo las plataformas del techo giraban. Tanto Eli como Clarisa estaban redirigiendo los arpones hacia el nuevo objetivo. «Estas son mis chicas» pensó, y afianzó el volante, preparándose.

Eli disparó. El arpón penetró en el cuello del mamut y se abrió para engancharlo. El animal bramó de dolor de rabia y empezó a tirar con furia. Un instante después, llegó el tiro de Clarisa, que se incrustó en el muslo trasero. Si una de las dos hubiera fallado, el mamut habría quedado enganchado por un único punto, algo tan insuficiente como peligroso. Hubieran tenido que soltarlo, perdiendo un valioso arpón e hiriendo al pobre animal para nada. Pero no sucedió. Las arponeras habían cumplido; era el turno de Juana.

Debía mantener el bus paralelo al mamut mientras tiraba de él para alejarlo de la manada. Eso implicaba compensar sus tirones con el volante y alejarse de él lo más rápido posible si intentaba cargar. Por su parte, Eli y Clarisa debían soltar o recoger cable según lo que fuese necesario y Marlene tenía que solventar cualquier avería antes de que el motor reventara. Si conseguían todo eso durante unos cinco kilómetros, el mamut acabaría colapsando y desplomándose de cansancio.

El primer embate puso el autobús a dos ruedas a pesar de la destreza de Juana. Cuando volvió a caer, cuatro luces se encendieron en el control. Avisó a Marlene, que abrió la trampilla del motor y se convirtió en un ciclón de herramientas. Las dudas asaltaron a Juana. Era posible que hubiera pecado de orgullo y que en realidad no pudieran manejar a un ejemplar tan enorme, pero era tarde para echarse atrás. Empezó a tirar poco a poco, alejando a la bestia de la estampida.

Fueron los cinco kilómetros más largos de la vida de Juana. Luego, el portentoso animal aguantó otros tres kilómetros más antes de caer agotado. Rápidamente, cuatro mujeres exhaustas dejaron todo lo que estaban haciendo y bajaron un pe-

sado instrumento del maltrecho autobús. El perno cautivo gigante era un cilindro de metro y medio de largo por uno de diámetro, pesaba como los demonios y era condenadamente difícil de manejar. Pero el pobre animal ya había sufrido bastante. Después de aplicarlo Clarisa y Marlene, las más místicas, entonaron una pequeña plegaria de respeto y agradecimiento al mamut.

Acto seguido, se pusieron manos a la obra. Siempre iniciaban las cacerías a primera hora, pero ya caía la noche cuando terminaron de trocear, despellejar y almacenar los restos. Y el trabajo no había hecho más que empezar. Juana tomó la iniciativa.

—Tenemos prisa, así que dormiremos por turnos. Yo empezaré conduciendo, mientras Marlene descansa. Eli y Clarisa podéis empezar con el cocinado.

—Juana, el bus necesita cuatro horas de llave inglesa para ponerlo a punto —Marlene no se equivocaba en estas cosas—. Si emprendemos la vuelta ahora, probablemente el motor reviente antes del amanecer.

—Y la cocina está impracticable. El mamut nos ha dado tal meneo que todo está por los suelos —intervino Clarisa—. Hay que volver a ordenarlo todo antes de pensar siquiera en preparar la carne.

—Por no hablar de ti —Eli puso la puntilla—. Tienes un aspecto horrible. Un poco más demacrada y ni los chacales te comerían. No pienso dejarte conducir en este estado. Tendría gracia que después de tumbar esta mole nos matemos al caer de una duna porque te dormiste conduciendo.

Juana rió. El tiempo apremiaba, pero era cierto que estaba al borde del agotamiento y que tanto el bus como la cocina instalada en su interior parecían haber sido víctimas de un terremoto. Miró a su equipo con afecto, eran las mejores mujeres que podía desear como compañeras.

—De acuerdo, ya que os habéis aliado contra mí, haremos algo intermedio, y pienso aprovecharme —dijo jocosa—. Eli y yo dormiremos hasta que Marlene termine de poner el autobús listo para ponernos en marcha. Clarisa, tú empieza a recomponer la cocina y ayuda a Marlene en lo que necesite. Cuando haya acabado, despertadnos. Eli seguirá con la cocina y yo conduciré mientras vosotras dormís. ¿Estamos de acuerdo?

Las chicas asintieron. Eli preguntó a Clarisa si quería cambiar el turno, pero ella declinó con una sonrisa, la besó, y se encaminó a la parte trasera del autobús. La verdad es que sin importar quién empezase, había trabajo para rato. La cocina que habían montado en la parte trasera del autobús era una obra de ingeniería dedicada a aumentar la eficiencia de movimiento y almacenaje, pero cuando una mole de diez toneladas se empeñaba en desordenarla, no había nada que se pudiera hacer. Juana se encaramó a la litera de arriba. Eli apenas había ocupado la de abajo y cerrado el biombo cuando Juana cayó dormida al son del giro de la llave inglesa de Marlene.

Entre el sol del mediodía y los fogones, la temperatura en el interior debía superar los cuarenta y cinco grados, pero nadie se quejaba. Como siempre, el trabajo de Marlene había sido exquisito y Juana sentía que el autobús estaba como nuevo mientras lo dirigía hacia Rockatansky. Había decidido encaminarse al mayor de los oasis en primer lugar para alimentar a los soldados allí afincados y reponer agua. Bellany estaría contento, la carne del enorme mamut permitiría a la guarnición sobrevivir durante un mes por lo menos, incluso descontando lo que tuvieran que llevarse a otros oasis fronterizos más pequeños. Desde hacía unas semanas, las escaramuzas con los Crabbers habían aumentado de intensidad. Por alguna razón, los costeros estaban volviéndose más atrevidos y atacando los oasis pequeños con más frecuencia.

No hacía tanto, Juana estaba convencida de que la guerra estaba a punto de acabar, que por fin se abrirían paso hasta el océano y que ya no tendría que dedicarse a la caza errante y al reparto a domicilio para los combatientes. Pero el péndulo había oscilado y ahora peleaban a la defensiva por mantener los valiosos oasis de agua dulce. Rockatansky era el más grande y Juana confiaba en encontrar a Bellany allí. Los títulos eran cosa del pasado, pero él era lo más parecido a un comandante.

—¡Lo estás quemando!

—¡Pero si sigue medio crudo!

—Aquí hace cincuenta grados, Clari. Esto prácticamente se va a ir cocinando solo. Y si no, lo repasamos ¡pero no puedes dar a los chicos suela de bota!

Juana sonrió al volante ante la familiar escena. Escudriñó por encima del hombro y la silenciosa Marlene le devolvió una mirada de circunstancias mientras cortaba un trozo de carne de veinte kilos. Le ofreció un relevo que la mecánica aceptó con gratitud. Intercambiaron sus puestos sin que Eli y Clarisa se percataran, inmersas como estaban en su debate culinario. Prefirió ni molestarse en zanjarlo, pronto llegarían a Rockatansky. No había hecho ni una docena de filetes cuando la voz de Marlene la interrumpió.

—Juana, ven a ver esto. Deprisa —Juana sintió el apremio en la voz de su amiga—. Sale humo de Rockatansky.

Dejó caer el cuchillo y voló hasta la luna delantera, con Eli y Clarisa pisándole los talones. Efectivamente, varias columnas de humo negro salían del enclave. El corazón le dio un vuelco, pero la experiencia le decía que no debía precipitarse. Analizó la escena y observó que la forma del humo no se correspondía con la que saldría de un incendio, sino que más bien parecía proceder de múltiples focos pequeños. ¿Una batalla? Trató de escuchar por encima del motor, pero no oyó nada. Como toda buena líder, no tenía ni idea de qué hacer, pero lo disimuló.

—Eli, Clarisa, apagadlo todo, recoged y subid a los arpones. Marlene, pásame

el volante y prepara los kits de asistencia médica por si hubiera que ayudar a alguien. No sé qué vamos a encontrar, así que estad alerta.

El instinto no le había fallado. Varios buggys humeaban mientras las mecánicas trataban de repararlos, aunque algunos probablemente habían rodado por última vez. Un grupo de tiendas grandes había sido erigido para dar cabida a los heridos. Todo apuntaba a una retirada caótica hacia Rockatansky desde… ¿dónde? Juana pidió a su equipo que ayudara atendiendo y alimentando a la gente, y después empezó a recorrer el oasis buscando a Bellany. Alguien la interrumpió desde detrás de un vehículo ligero destartalado.

—Juana, aquí —reconoció la voz de Dieter, el «segundo al mando». Cabello rubio y ojos azules que no parecían encajar en el desierto; y un carácter valiente, pero poco creativo.

—Dieter, ¿qué demonios ha pasado aquí?

—El Ganso ha caído. Bellany ha muerto.

Sintió como si un mamut le hubiera embestido contra el pecho. Bellany era… había sido algo más que un líder para ella. Y El Ganso era probablemente el segundo oasis más importante después de Rockatansky; su pérdida era desastrosa. Oía a Dieter dando explicaciones a lo lejos, como si estuviera dentro de una tormenta de arena.

—Nos atacaron con una camioneta, Juana. Nunca habíamos visto una táctica así. Los vehículos pesados no son efectivos en las batallas por lo mal que maniobran en la arena. Lo habitual es aprovechar la velocidad para dejarlos atrás, esperar a que se traben o, simplemente, llevar el combate lejos e ignorarlos, pero este tipo lo manejaba como si fuese una moto. Iba tan rápido como cualquiera mientras arrollaba nuestros buggys. Pensé que acabaría volcando, pero no lo hizo. Cuando usó un derrape para golpear con su enorme culo el vehículo ligero de Bellany y mandarlo a tomar vientos ordené retirada. Nos aplastaron.

—¿Era Leandro? —es lo único que Juana pudo preguntar.

—No lo sé. Supongo. Era claramente el líder, aunque no le vi la cara.

—Si era el líder, era él. Leandro es su Bellany.

—Pues ellos aún lo tienen, pero nosotros no —silencio ominoso—. Juana, no van a detenerse. Nos tienen entre la espada y la pared. Si son listos no aflojarán y nos atacarán aquí mismo. Hemos perdido un montón de buggys y a Bellany. Tenemos que retirarnos.

—¡No podemos dejar Rockatansky!

La discusión había dejado de ser privada. La gente se congregaba alrededor de Dieter y Juana. Eli, Clarisa y Marlene parecían haberse materializado a su lado.

Ayudar era importante, pero el apoyo a una compañera era prioritario por encima de todo. Dieter, viéndose acorralado, se defendió con agresividad.

—¡Nos han destrozado y si nos quedamos nos masacrarán! Nos superan en número, armamento y hombres. ¿Qué pensáis hacer? ¿Combatir montadas en vuestra cocina?

—¡Puedes apostar a que sí! —la pregunta había sido irónica, pero la respuesta fue visceral. Juana se sentía acelerada, había cogido impulso y no pensaba parar—. Soy consciente del mundo en el que vivimos, y también de que es una gilipollez que esté así montado. Creo que puedo hablar por todo mi equipo cuando digo que estamos hartas de vuestra chulería —tres asentamientos a su espalda—. ¿De verdad piensas que montar en vuestros juguetitos y dispararos es más complicado que apartar un mamut de su manada y abatirlo? Si no fuese por nosotras, sólo comeríais sopa de arena y no podríais ni moveros para luchar en primer lugar. Soy tan buena como cualquiera de vosotros conduciendo, apostaría a que mejor que muchos. Así que sí, pienso sacar mi cocina al campo de batalla y pelear por Rockatansky.

Solo se oía el viento que movía la arena. Todo el campamento había escuchado el discurso. Los hombres dudaban, pero en los ojos de las sanitarias, mecánicas y cazadoras brillaba la determinación. Dieter miró a su alrededor y se dio cuenta de que ya no era el segundo al mando, pero por mucha rabia que le diera, no pudo sino maravillarse también ante el fuego de Juana. Ahora entendía a qué se refería Bellany cuando decía que si hubiesen pasado de las estúpidas tradiciones y aprovechado bien sus recursos ya habrían ganado la guerra.

—Bien, Juana, tienes mi atención, y la de todos, por lo visto. ¿Cuál es tu plan?

🪷 🪷 🪷 🪷 🪷

—¡Esto es incomodísimo!

—Ya lo has dicho, Eli. Varias veces.

—¡Porque es verdad! ¡Si ya me costaba mover la plataforma, ahora me voy a partir la espalda y las piernas! ¡Además, me estoy asando y no veo nada por estas rendijas pequeñas, no le daría a un mamut a tres metros!

—Es la única opción para que no te acribillen a las primeras de cambio.

—Si esto dura mucho, no hará falta. Me moriré asada yo solita.

Marlene ya no contestó. Tenía mucha paciencia, pero no infinita. Llevaba el cansancio pintado en la cara. Todas habían colaborado, pero como mecánica, la labor de supervisar la conversión del autobús en un vehículo de guerra había sido suya. Junto con Juana, era la única que no había dormido, pero estaba satisfecha. Usando metal de buggys rotos, colocaron planchas en los laterales y creado una especie de campanas para cubrir las plataformas de las arponeras. Las quejas de Eli en realidad eran legítimas, pero ¿cómo si no iban a protegerlas de las balas?

Juana tampoco estaba cómoda. Su cocina ahora pesaba varios cientos de kilos más, y todavía se estaba acostumbrando a la nueva inercia. En circunstancias ideales, hubiera practicado un par de días y sugerido posibles modificaciones para mejorar el equilibrio y la aerodinámica. No estaban en circunstancias ideales. A su derecha e izquierda, los buggys que habían logrado poner en funcionamiento, esperaban. No habían tenido tiempo ni material para modificar más cocinas.

Allí estaban. En el horizonte fueron poco a poco apareciendo varias formas pequeñas escoltando a una más grande. Juana sintió el miedo subirle desde el estómago; eran casi el doble. Empezó a preguntarse si no habría cometido un grave error no siguiendo el consejo de Dieter de dejar Rockatansky. Aún estaban a tiempo de darse la vuelta y conducir hasta otro enclave más pequeño. Los hombres de Leandro no les perseguirían, lo que querían era el oasis.

—Chicas…

—Estamos contigo, Juana —Clarisa ni la dejó empezar.

—Siempre —el cansancio había desaparecido de la voz de Marlene.

—O al menos hasta que nos derritamos —incluso bromeando, Eli emanaba convencimiento. Juana estaba conmovida, y sintió que le volvían las fuerzas.

—Muy bien, pues vamos allá.

El bus se puso en movimiento y los buggys le siguieron en formación. En las escaramuzas de vehículos lo más importante era la velocidad. Un objetivo lento era una presa fácil, y, por otro lado, no importaba lo fuerte que fuese tu blindaje y tu armamento si nunca llegabas donde se te necesitaba. Por eso no se usaban vehículos pesados. Hasta ahora. Leandro había roto el manual metiendo la camioneta en la liza, lo cual le había reportado una importante victoria, pero ahora Juana estaba en el juego.

El plan era sencillo: cortar la cabeza a la serpiente. Los costeros tenían la moral por las nubes debido a la confianza en su invencible camioneta destroza-buggys. Juana confiaba en que eliminándola lograrían forzar una retirada. La pega era que tenían que conseguirlo pronto, muy pero que muy pronto. Si no, no conseguiría quebrar la confianza del enemigo demostrando que era mucho mejor conductora que Leandro. Además, tardar demasiado significaría perder casi todos los buggys y obtener una victoria pírrica en el mejor de los casos. Necesitaban ganar rápido; y para ganar rápido hay que ir rápido. Juana pisó a fondo, tanto que los vehículos ligeros tuvieron que esforzarse para no quedarse atrás. Eli giraba la plataforma de tiro para mirar a los conductores.

—Tendríais que ver sus caras, chicas. Están flipando, apuesto a que nunca habían visto una cocina moverse a esta velocidad.

—No te agotes dando vueltas para cotillear y agárrate. Quedan trescientos metros como mucho.

—Ya. Ahora le toca a Marlene brillar. ¿Lo pilláis? ¡Brillar!

Eli rio con su propia broma. Juana no pudo, tensa como estaba, pero una sonrisa le subió a los labios. Una parte de ella tenía miedo, pero también sentía excitación. La adrenalina galopaba por sus venas mientras se preparaba. Tres. Dos. Uno. Gritó «¡Ahora!» con todas sus fuerzas, giró el volante a la izquierda y enseguida balanceó para evitar volcar. Salió a pedir de boca. Las planchas de metal pulido colocadas en un ángulo perfecto por Marlene reflejaron el sol de mediodía directamente hacia los buggys que se lanzaban sobre ellos. Mientras tanto, Clarisa y Eli abrieron fuego con las ametralladoras que habían acoplado sobre los arpones, intentando acosar a los que estaban más cerca de la camioneta.

El efecto pilló por sorpresa a los Crabbers. Algunos frenaron perdiendo su velocidad de ataque, otros giraron rompiendo la formación, los de filas traseras tuvieron que esquivar a sus compañeros e incluso se produjo algún choque. Pero Leandro hizo justicia a su fama y no perdió el control ni siquiera cuando el sol le cegó; ni siquiera cuando tuvo que esquivar a sus aliados; ni siquiera cuando Clarisa y Eli cambiaron de objetivo para dispararle a él. Sin embargo, no pudo evitar desligarse de su escolta y pasar de largo tras la línea de buggys de Rockatansky que, prevenidos de la maniobra, se habían abierto.

Mientras daba la vuelta completa, Juana lanzó un grito de júbilo. Aunque no habían neutralizado a Leandro, eso era algo con lo que nunca había contado en realidad. No obstante, había llevado la batalla al punto que quería con solo una maniobra. En una contienda organizada la ventaja numérica era determinante, pero el derrape de la cocina, esperado por unos y sorpresivo para otros, había sumido la batalla en el caos. Las formaciones se quebraron y, lo más importante, la camioneta de Leandro estaba aislada. Ahora estaba forzada al uno contra uno contra su cocina de combate si quería replegarse. Ahora «sólo» tenían que ganar.

Se pusieron a rebufo de la camioneta y Eli empezó a disparar sin cuartel mientras Clarisa, buscaba un hueco para apoyarla desde atrás. Sin embargo, las balas no tenían efecto sobre las protecciones del vehículo de Leandro, que no sólo se defendió, sino que pasó al ataque. La puerta trasera del remolque se levantó y dos armas pesadas abrieron fuego contra el frontal del autobús, centrándose en Eli. Era la primera vez que las disparaban. Juana hizo zigzag, pero no consiguió evitar una lluvia de impactos sobre la campana protectora. Al cabo de un rato se separó un poco y los disparos cesaron por un instante.

—¿Sabes, Marlene? Retiro todo lo dicho. Eres mi diosa y te adoro.

—No podemos pelear así —Clarisa sonaba preocupada. Al fin y al cabo, era Eli a quien habían disparado—. Seguramente ese remolque va lleno de armamento y munición. Nosotras somos una cocina. Acabaremos perdiendo.

—Tiene razón —confirmó Marlene—. El blindaje que he podido apañar en menos de un día no aguantará tanto como el suyo.

—Mis tiros no les han hecho ni cosquillas, Juana. Necesitamos un nuevo plan.

—Estoy pensando, os lo prometo. Para mí esto también es nuevo, no es como cazar mamuts —la inspiración le golpeó—. ¡O sí!¡ Sí! ¡Es como cazar un mamut!

Les explicó el plan en un puñado de segundos. Los Crabbers no cazaban, no tendrían ni idea de qué estaban haciendo. Marlene se preparó. Tenía el papel más arriesgado con diferencia; había una probabilidad nada desdeñable de que acabase agujereada. Tomó una de las armas pesadas que habían cogido de un buggy y se dirigió a la puerta delantera.

—Marlene, ponte tú a conducir; yo dispararé.

—Ni de broma, Juana. Si queremos que esto salga bien necesitamos a la mejor conductora al volante y esa eres tú. No perdamos más tiempo.

Juana apretó los dientes. Si le pasaba algo a Marlene sería su culpa, pero ella tenía razón. Su mermada fuerza de choque no aguantaría mucho más. Aceleró, y tras unas cuantas maniobras, logró su objetivo de colocar el autobús a la izquierda de la camioneta. A diferencia del autobús, ésta sólo tenía una torreta en el techo. Al haberse colocado a su lado, Juana había logrado anular gran parte de su potencia de fuego, toda la que venía del remolque. Como era lógico, Leandro estaba intentando deshacer esa situación, tratando de volver a ganar la delantera. No tenían mucho tiempo.

Juana dio la señal. Marlene abrió la puerta y empezó a disparar a la torreta enemiga como una energúmena. El artillero se vio sorprendido, no esperaba que el fuego viniese desde allí, pendiente como estaba de las torretas del techo. Su primera reacción fue protegerse, pero no pasaría mucho tiempo hasta que se percatase de lo efectivo de su cobertura metálica. Cosa que Marlene no tenía. «Eli, Clarisa, daos prisa, por favor». La torre enemiga empezó a moverse para devolver el fuego. Juana intentó mirar a su mecánica por el rabillo del ojo, pero apenas pudo dedicarle atención. Mantener el bus paralelo a la camioneta exigía toda su concentración.

De pronto, el tiempo se comprimió y todo pasó a la vez. Marlene empezó a recibir fuego, viéndose forzada a retirarse y cerrar la puerta. Antes de poder cubrirse del todo, una bala le dio en el hombro. Casi en el mismo segundo, los arpones de Eli y Clarisa volaron. El primero atravesó la parte alta de la cabina, el segundo el remolque, prácticamente al final. El caos se desató tomando el grito de dolor de Marlene como pistoletazo de salida.

—¡Marlene! ¡Marlene! ¿¡Estás bien!? ¡Dime algo!

—¡Los arpones están dentro! —chilló Eli.

—¡Me importan un bledo los arpones! ¡Marlene!

—Juana, si no mantienes el control, moriremos todas.

—Haz caso a Clarisa, Juana. Estoy bien, es superficial.

Oír la voz de Marlene fue como quitarse un mamut de encima. El alivio fue palpable, y la angustia fue sustituida por furia. «Os vais a enterar, cabrones». Juana giró a la izquierda tirando de la camioneta, que se resistía con uñas y dientes. La

idea era forzarla a ir hacia una duna escarpada o una roca desértica para estamparla contra ella mientras el autobús rodeaba el obstáculo. Sin embargo, Juana no tardó en darse cuenta de que aquello no iba a funcionar. Leandro era demasiado hábil conduciendo para dejarse arrastrar mansamente y, a diferencia de los mamuts, que acababan cayendo por agotamiento, la camioneta no iba a desplomarse. Cuando cazaban tenían el tiempo a su favor, ahora lo tenían en contra. Fue entonces cuando llegó el segundo arrebato de inspiración. «Nosotras somos el mamut».

—Eli, Clarisa, cuando os dé la señal quiero que soltéis los arpones.

—¿¡Qué!? ¡Si casi nos ha costado la vida colocarlos!

—Confía en mí, Eli.

No había tiempo para explicaciones. Juana giró el volante a la izquierda con todas sus fuerzas. Enfilaba a una roca lejana de manera tan obvia que Leandro tenía que darse cuenta. Lo hizo, y aceptó el pulso. La camioneta empezó a tirar hacia la derecha con toda la potencia de su motor para intentar que fuese el bus el que chocara. Los cables se tensaron hasta rechinar, pero Juana siguió tirando. El motor gemía de esfuerzo, pero Juana siguió tirando. El panel de control se convirtió en un festival de luces de alarma, pero Juana siguió tirando. Y Leandro no aflojaba. «Eso es, nosotras somos el mamut… y esta vez el mamut va a ganar». Tras unos agónicos segundos, gritó con el alma: «¡SOLTAD!».

Eli y Clarisa desengancharon. Privados de la fuerza opuesta que los compensaba, ambos vehículos oscilaron poniéndose a dos ruedas. Pero a diferencia de Leandro, Juana estaba preparada. Aún así, fue casi un milagro que lograse mantener el control del autobús mientras observaba a la camioneta balancearse. Era increíble que no hubiese volcado, el puñetero líder de los Crabbers era bueno. «Ya imaginaba que tendría que echarles una mano». Juana derrapó, enfiló el morro del autobús hacia la camioneta, y aceleró al grito de «¡Agarraos!».

El brutal impacto cumplió su cometido. La ya de por sí desequilibrada camioneta salió dando vueltas de campana por el desierto. Juana todavía se estaba recuperando del golpe, pero fue capaz de observar lo que saltaba del remolque, que se había abierto. Ollas, sartenes, fogones, cubiertos.

—Juana…

—Sí, ya lo veo. La puñetera camioneta también es una cocina.

—¿Qué significa eso?

—¿Qué hacemos?

—Los buggys del enemigo se retiran, deben haberlo visto.

—¿Hemos ganado?

—¡Dadme un segundo! —la confusión era máxima. Juana intentaba serenarse— Coged las armas. Voy a acercarme y bajaremos. Si está con vida, quiero hablar con… no sé. No creo que sea Leandro.

Cuando llegaron a los restos de la destrozada camioneta-cocina, cuatro muje-

res maltrechas se afanaban por salir de ella. La persona que Juana había tomado por Leandro se había quitado el pañuelo y estaba ayudando a las otras tres, pero cuando vio a Juana y su equipo, se levantó y las miró con orgullo.

—Venga, acabad el trabajo.

—No eres Leandro.

—Muy perspicaz.

—Cuidado —Juana sintió un punto de rabia—. No quiero mataros, pero lo haré si es necesario. Soy Juana. ¿Cómo te llamas?

—María —la mujer se había calmado un poco—. Leandro está muerto.

—¿Cuándo pasó?

—Hace unas semanas, en una escaramuza.

—¿Fue entonces cuando decidisteis atacar El Ganso con vuestra cocina?

—¿Qué queríais? ¿Qué nos pusiéramos a vuestros pies solo porque teníamos menos hombres? Por lo que veo, las mujeres Tuskers tampoco tenéis problema en pelear.

Juana estaba perpleja. La historia era tan parecida que rayaba lo absurdo. Si la pelea hubiera ido de otro modo, la situación hubiese sido la misma, pero a la inversa. Sintió cierta empatía con la mujer llamada María y su equipo. Sin embargo, había algo más.

—Mataste a Bellany.

—Es la guerra. Y él mató a Leandro —la voz sonaba apagada y hastiada—. Si sirve de algo, lo siento. Nunca quise matar a nadie. Lo hice porque no tenemos otra opción —miró al horizonte y comprobó lo que el equipo de Juana ya sabía. Los costeros se habían retirado. La batalla había terminado—. ¿Qué vais a hacer con nosotras?

Juana dudó. No había imaginado este momento. Se había visto disparando a Leandro con ira, vengando a Bellany, pero esto era una historia completamente diferente. Se fijó en las mujeres Crabber, golpeadas y exhaustas. Recorrió con la vista los utensilios de cocina desperdigados por la arena. Clavó los ojos en María, situada estratégicamente entre su equipo y ella. Y supo lo que tenía que hacer.

—Es triste que las cocinas sean ahora vehículos de batalla. Por lo visto, las normas de la guerra están cambiando. Tal vez sea el momento de cambiar más cosas. ¿Por qué nos atacáis? ¿Qué necesitáis tanto?

—Agua —la respuesta fue inmediata—. No podemos desalinizar tan rápido como consumimos. Y nos vendrían bien carne de mamut, jugo de cactus y fruta de las palmeras de los oasis. Pero sobre todo agua.

—Bien. Nosotras necesitamos el combustible que hay en las plataformas petroleras de mar adentro. En el desierto no hay gasolina. También nos convendría algo de pescado, marisco y productos marino —Juana hizo una pausa y confió en que María fuese la mujer que creía que era—. Mataste a Bellany porque mató a

Leandro. Yo ahora podría matarte por ello. Y mañana, alguien me matará porque maté a María. Podemos seguir así hasta que no quede nadie. O podemos ponerle fin hoy mismo y empezar a intercambiar cosas en vez de quitárnoslas. Ni tú ni yo empezamos esta guerra, pero podemos ser las que la terminen.

—No puedo tomar esta decisión yo sola.

—Os llevaremos a las cuatro a Rockatansky. Allí te prestaremos un buggy para que vuelvas a la playa y lo hables con tu gente. Nos quedaremos con el resto de tu equipo como garantía. Te prometo que las trataremos bien, serán atendidas y curadas.

—¿Y qué pasará con ellas si decidimos que queremos continuar luchando?

—No lo sé —era la verdad, pero tenía que ganarse la confianza de María—. Escucha, si te soy sincera, yo tampoco he consultado esta oferta. Te la hago a ti, de mujer a mujer, confiando en que podamos convencer a nuestra gente de que este sinsentido tiene que acabarse.

María se dio la vuelta y miró a su equipo. Juana pudo sentir que se estaba produciendo una de esas conversaciones silenciosas como las que ella tenía con Eli, Clarisa y Marlene. Las tres mujeres cuyo nombre aún desconocía asintieron con la cabeza, y María confirmó.

—De acuerdo. Tú ganas. Pero te advierto que como les pase algo no te mataré, sino que te haré desearlo.

—No ocurrirá. Subid al autobús.

Las Crabbers se encaminaron a la maltrecha cocina con Eli, Clarisa y Marlene apuntándolas, por si acaso. Cuando estaban a medio camino, María se detuvo y habló.

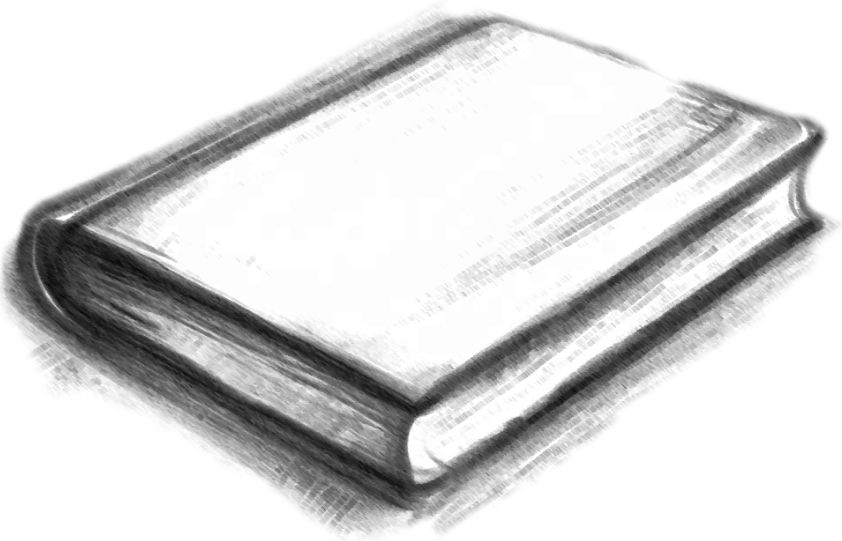
—Juana, conduces como una demente. ¿Te han dicho alguna vez que estás loca?

—Alguna. E imagino que a partir de ahora me lo llamarán siempre.

JUANA

por Manuel Tomás Linares

@llinaresmorales



La verdad es que tuve mucha suerte de encontrar este piso de alquiler a un precio razonable, conforme están ahora por las nubes.

Fue firmar el contrato, abonar el dinero y me instalé.

El piso era de un dormitorio, un salón, un cuarto de baño y una cocina. Todas las estancias eran lo razonablemente pequeñas, pero correctas para una o dos personas.

Sí, tuve suerte de encontrar este piso justo en aquel momento, ya que el propietario me comentó que la anterior inquilina se había marchado de repente y sin avisar. Dejando sus cosas pero con los pagos al día. Y tras esperar unas semanas por si volvía a recogerlas, decidió sacarlas y volvió a poner el piso en alquiler.

Bueno, pues tras instalarme con mis cosas, estando en la cocina, me di cuenta de que un cajón no terminaba de cerrar bien por más que lo intentaba. Al final opté por desmontarlo del armario para averiguar qué le pasaba. Y fue al sacarlo cuando de su parte inferior cayó al suelo una libreta un poco deteriorada, usada. Una libreta que cambiaría mi vida cuando la abrí y comencé a leer su interior.

Era una libreta de tapas rojas, de las que de toda la vida se usan para el colegio.

Leí el primer renglón: «Me llamo Juana. Tengo 30 años». A continuación ojeé el resto de páginas y parecía como un diario repartido en capítulos.

Me picó la curiosidad y me senté en el sillón para leerlo.

Me llamo Juana, tengo 30 años. Y espero que algún día, el próximo inquilino encuentre esta libreta y lea lo que aquí cuento.

Si has comenzado a leerme, te pido que tengas un poco de paciencia con esta lectura. Que le des una segunda oportunidad si en algún momento lo dejas. Porque lo que te voy a contar, de entrada no lo vas a creer. Pensarás que se me ha ido la cabeza o que tengo mucha imaginación, pero te aseguro que todo lo que cuento es cierto. Dame una oportunidad y sigue leyendo porque todos estamos en peligro.

Atento, comienzo.

Llevaba instalada en este piso desde hacía unos meses y mi vida transcurría con normalidad, hasta que una noche… todo cambió.

Estaba durmiendo cuando de madrugada me despertaron unos leves ruidos. Medio dormida, escuché atentamente sin darle importancia al pensar que sería de las cañerías del edificio, ya que tiene unos cuantos años. Así que cerré los ojos y continué durmiendo.

A la noche siguiente sucedió lo mismo y actué de la misma forma. Así continuó durante varios días hasta que una noche. Mosqueada ya, me levanté para localizar de dónde procedían aquellos leves pero molestos ruidos.

Seguí el rastro sonoro y acabé en la cocina. Afinando todo lo que pude el oído, me di cuenta de que estaba equivocada al pensar que eran las cañerías, pues en concreto procedían del frigorífico.

Al instante pensé que se estaba escacharrando y que tendría que avisar al propietario. No entiendo de mecánica pero pensaba que seguramente sería algún problema del motor. Aunque hasta ahora el frigorífico funcionaba bien. No me había dado ningún problema, en especial el congelador. Ni hacía mucho hielo, ni salía agua por el suelo. No sé qué podría ser, así que abrí la puerta para ver qué tal y… pasó lo que nunca me hubiera ni siquiera imaginado.

No había nada en el interior. No porque estuviera vacío, sino porque el interior con la comida, botellas y demás enseres en un frigorífico, habían desaparecido dando paso a un gran agujero, pero no un agujero en el fondo del aparato, sino como… puede que parezca una locura lo que voy a decir pero… como un agujero negro del espacio. Sí, creo que esa es la descripción que más se aproxima a lo que vi. Y la sorpresa continuaba porque en el centro de tal agujero había una especie de remolino en movimiento.

Aquello no era normal, algo raro estaba sucediendo. Cerré la puerta del frigorífico y me mojé la cara en el fregadero para espabilarme por si era una mala jugada de mi imaginación o sugestión de no sé qué cosa.

Volví frente al frigorífico dispuesta a abrirlo y quedarme tranquila de que todo era normal, que todo estaba en su sitio.

Cogí la maneta y abrí. Y sí, todo era normal como la vez anterior. Allí estaba frente a mí aquel agujero negro con su remolino girando.

A pesar de que me picaba la curiosidad por meter la mano, precavida de mí no lo hice por si me tragaba o me quedaba sin mano, o cualquier otra mala cosa. Sin embargo, cogí un cuchillo para lanzarlo a su interior para ver qué pasaba.

Estaba preparada para lanzarlo cuando de repente, el remolino comenzó a girar a más velocidad. Aquello no me gustó y por si acaso, retrocedí un poco observando fijamente el remolino.

De pronto, se iluminó con una luz fosforescente de un tono verde suave. Podría tratarse de un bonito espectáculo en plan aurora boreal, pero tuve un mal presentimiento.
La luz fue aumentando de intensidad poco a poco hasta que se produjo un fogonazo, estilo a la luz de un flash a lo bestia, que me deslumbró. Y en ese mismo momento, algo chocó contra mí haciéndome caer al suelo.

La cocina quedó a oscuras.

Aún en el suelo, mis ojos se fueron recuperando del fogonazo hasta que me puse en pie.

Me acerqué al interruptor y encendí la luz. Las sorpresas continuaban.

En medio del suelo de la cocina apareció un pequeño montón de tierra que humeaba y que comenzó a removerse.

Otro mal presentimiento me hizo coger en una mano el cuchillo más grande que tenía. Y en la otra, el pequeño cuchillo tipo hacha, de cortar la carne y los huesos que suelen usar los carniceros y que siempre me ha gustado tener.

El montón de tierra se agitó más y desenterrándose surgió una extraña criatura, bicho raro, monstruo o lo que fuera, del tamaño de un gato grande. Con cuatro patas, sin cabeza y con cuatro ojos amarillentos en la parte delantera de su tronco.

Tras observarnos mutuamente durante unos segundos, abrió en la parte delantera de su tronco, una especie de gran boca con blancos colmillos y se lanzó sobre mí.

Me protegí con el brazo izquierdo, al cual se agarraron sus patas delanteras y aproveché para darle hachazos con mi otra mano. Intentaba morderme el brazo, pero mis hachazos se lo impedían, hasta que acerté a darle uno en la cabeza que lo hizo soltarse de mi brazo y caer al suelo.

Era mi oportunidad y no la desaproveché. Me lancé sobre él asestándole cuchilladas y hachazos como una loca hasta que dejó de moverse. Permanecí arrodillada en el suelo junto al cadáver y en ese momento me di cuenta de lo que había hecho, de lo que había sido capaz de hacer. Yo, que soy una persona pacífica y tranquila. Es increíble lo que puede hacer el instinto de supervivencia cuando se ve en peligro la vida de una misma.

Ensimismada con mis pensamientos, el cadáver de aquella criatura comenzó a brillar. Se produjo una pequeña llamarada y se convirtió en cenizas que en unos segundos desaparecieron como por arte de magia.

La puerta del frigorífico seguía abierta y aunque el remolino había desaparecido, el fondo oscuro seguía ahí. Me levanté como impulsada por un muelle y cerré la puerta. Volvía abrir y todos los enseres estaban en su sitio. Por fin el agujero negro desapareció. Sin estar en estado de shock, pero perpleja por lo que acababa de suceder, me fui a la cama, caí a plomo y dormí como un tronco.

¡Increíble!

Al día siguiente, antes de irme al trabajo, abrí varias veces el frigorífico por si sucedía lo de la noche anterior, pero no sucedió nada.

A la vuelta del trabajo hice lo mismo nada más llegar, pero tampoco sucedió nada.

Por la noche, me costó coger el sueño vigilando por si oía algún ruido de la cocina, pero nada, todo normal.

Pasaron los días y la normalidad volvió a mi vida, a la casa, a la cocina y al frigorífico.

Demasiado pronto canté victoria porque una noche, de repente, volvieron a oírse aquellos ruidos en la cocina.

Me levanté de la cama, fui a la cocina y con un cuchillo grande en una mano, abrí la puerta del frigorífico. Allí estaba de nuevo el torbellino girando a poca velocidad y sin iluminarse. Cerré rápido y esperé.

Al poco tiempo los ruidos cesaron. Abrí la puerta y el agujero ya no estaba. Todas las cosas estaban en su sitio.

Permanecí allí unos minutos por si se volvían a repetir los ruidos, pero no hubo más. Y me fui a la cama con una decisión tomada.

Al día siguiente, como la historia parecía que se iba a repetir, puse en marcha mi decisión: conseguir algunas armas para defenderme.

Fui a la ferretería y compré un hacha de mano y un martillo grande. Tras recorrer varias tiendas de segunda mano conseguí a un precio razonable un machete, una katana y un arco con algunas flechas, todo en buen estado y listo para usar si lo necesitaba.

Al llegar a casa distribuí mi pequeño arsenal en distintos puntos de la cocina para tener las armas a mano por si aquella noche llegaba algún «visitante».

Casi se me olvida, también cogí un casco integral de motorista con visera para el sol. El casco era para protegerme la cabeza y la cara. La visera, para protegerme del fogonazo de la llegada de la criatura.

Llegó la noche y me acosté. Conseguí pegar una cabezada hasta que de madrugada me despertaron los ruidos del frigorífico. Parecía que iba a tener visita.

Me levanté de la cama. Me calcé unas deportivas y fui a la cocina.

Abrí el frigorífico y allí estaba el agujero negro con su remolino girando, que de repente comenzó a iluminarse y girar a más velocidad, como aquella primera noche.

Estaba claro que iba a tener visita.

Me puse el caso y bajé la visera para el sol. Cogí el arco y las flechas y me coloqué en la puerta de la cocina. A una distancia suficiente para que no me golpeara lo que llegara, como la otra vez.

Con el arco y una flecha preparada, estaba lista para recibir lo que llegara. A ver, el arco no es un arco de tiro deportivo, es un arco normal y yo tampoco soy una experta tiradora, pero no es tan difícil colocar la flecha en la cuerda y tensarla para disparar a una distancia corta.

La intensidad de la luz y la velocidad del torbellino fueron aumentando hasta que se produjo el fogonazo.

Con la visera ahumada del casco y los ojos cerrados, me protegí del deslumbramiento. Al abrirlos, frente a mí tenía un nuevo montón de tierra. Esta vez era más grande y se removía más rápido. Y no tardó en desenterrarse una nueva criatura que estaba a cuatro patas. Sin embargo, no todas sus extremidades eran patas, ya que se alzó sobre dos de ellas terminadas en lo que debían ser unas pezuñas.

Era de la altura de un pívot de baloncesto. Tenía dos cabezas con astas como las de los ciervos y, cuatro brazos terminados en zarpas.

¡¡Madre mía!!

Menos mal que no iba armado, pero su sola presencia ya impresionaba. Parecía confuso o más bien desorientado. Momento que aproveché para dispararle tres flechas rápidas que se clavaron en su pecho. Gritó de dolor y se las arrancó una a una. Me clavó su mirada y no esperé a que viniera a por mí, fui yo la que se lanzó a por él con la katana. No tenía tiempo para sorprenderme de mi valor. Ni para preguntarme de dónde lo sacaba. Supongo que era mi instinto de supervivencia en plena acción cargado de pura adrenalina.

Me acerqué lo suficiente para darle varios tajos rápidos, sin detenerme, en sus brazos superiores. Los que más a mano tenía. Consiguiendo amputárselos a la altura de los codos. Así ya estábamos igualados a brazos.

Su ira aumentaba al igual que sus gritos, que los vecinos pensarían que

tendría la tele a todo volumen viendo una película.

Lo que manaba de sus heridas era un líquido verdoso, de color claro y gelatinoso.

Sorprendido por mi inesperado ataque, agitó enloquecido sus dos brazos restantes, acertando a golpearme. Me tiró al suelo y perdí la katana. Por suerte, no me dio de lleno ni me golpeé contra ningún armario o cajón.

Arrastrándome fui hasta donde tenía preparado el machete y lo cogí. La criatura venía a por mí decidida a acabar conmigo. Era alta y grande, pero lenta. Pude esquivarla cuando estaba a punto de alcanzarme y me coloqué tras ella, él o lo que fuera. Momento que aproveché para darle varios y rápidos machetazos en sus supuestas pantorrillas y en sus supuestos talones de Aquiles. Y debí acertar porque cayó de rodillas y aunque lo intentaba no conseguía ponerse en pie. Dejé el machete y cogí el hacha y el martillo. Le clavé el hacha en mitad de la espalda, lo más profundo que me permitieron mis fuerzas. Mientras intentaba arrancársela, comencé a golpearle como una loca en sus dos cabezas esquivando las astas. Con una mano trataba de protegerse de mis golpes mientras que con la otra seguía intentando arrancarse el hacha. Seguí dándole martillazos hasta que destrocé una de sus cabezas.

Al final consiguió arrancarse el manto del hacha, pero la cuchilla se le quedó clavada en la espalda.

Sin poder ponerse en pie, sin dos brazos, con una cabeza destrozada y la cuchilla del hacha clavada en su espalda, se revolvió quedando frente a mí. Sin darle tiempo de reacción, lo que consiguió fue una lluvia de martillazos en plena cara hasta que se protegió con sus brazos.

Recogí la katana y tras varios tajos le amputé los brazos. Con el rostro a descubierto le atravesé la cara con la espada, y por si no fuera suficiente, le di martillazos hasta que su cuerpo ya sin vida se desplomó al suelo.

A continuación, sucedió lo mismo que la otra vez; llamarada, cenizas, y desapareció.

Cerré la puerta del frigorífico por si acaso intentaba llegar otra criatura. Esperé unos minutos y volvía a abrir. Todas las cosas estaban en su sitio.

Agotada por el combate y con los nervios a flor de piel todavía, me tumbé en el suelo unos minutos hasta calmarme del todo.

Ya más tranquila. Me levanté y me fui a la cama. Hasta que por fin me quedé dormida, estuve reflexionando en lo que acababa de suceder, en lo que fui capaz de hacer, en lo que me estaba convirtiendo. Había sido testigo de mi transformación de Jekyll en Hyde.

Pasaron los días y a intervalos irregulares fueron llegando más criaturas de todos los tamaños y formas, a las cuales vencí tras ir ampliando mi arsenal de armas.

Me estaba convirtiendo en el guardián de aquella «puerta dimensional». Y hubo un momento en que llegué a plantearme si abría más gente vigilando otras puertas en la Tierra.

Como estas llegadas de criaturas no cesaban, tuve que tomar una decisión final. Si mi frigorífico era una puerta de llegada, en algún lugar del otro lado había una de salida. ¿Y por qué no en vez de esperar a recibirlos me dedicaba a evitar que llegaran? Ya no solo por mí, sino por el bien de todos.

Si realmente esta es mi destino, y me está gustando, ¿por qué no seguirlo? Así que esta noche voy a intentar entrar al agujero negro para cruzar al otro lado y evitar que tales criaturas lo vuelvan a cruzar.

Querido lector, si me has leído hasta aquí, no sé si me creerás o no, pero si ves que ya no escribo más, ya sabes por qué será. Y si de repente, alguna noche oyes unos extraños ruidos en el frigorífico, sabrás que me han vencido y que será tu turno de un nuevo guardián. Espero que entonces no huyas como un cobarde y asumas tu responsabilidad con la humanidad.

(Yo de ti me haría ya con un pequeño arsenal por si acaso).

Aquí termina lo escrito por Juana en su libreta, por lo cual, según lo contado

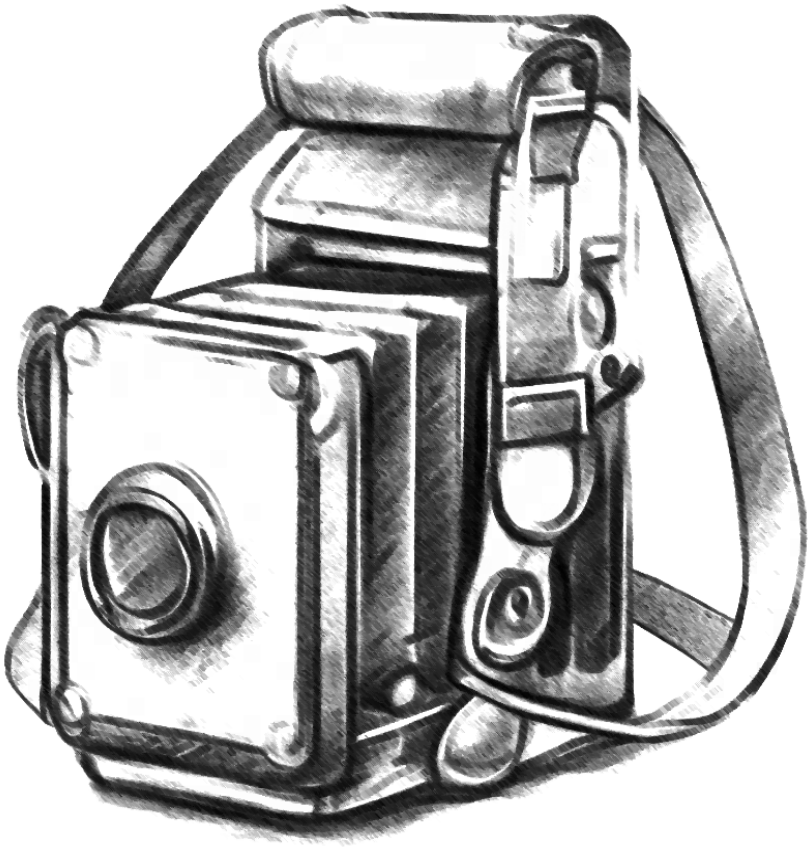
había cruzado la «puerta dimensional».

Bueno, pues… según lo leído, aquella libreta parecía el boceto para una novela de fantasía o ciencia-ficción. Hasta que una noche… oí unos extraños ruidos en la cocina. Me levanté, fui a la cocina, abrí la puerta del frigorífico y…

UNA VOZ PERDIDA

por Samuel Camacho

@samueleamacho14



Huele a limón y mantequilla. El sonido de las olas del mar Cantábrico golpeando el espigón, a lo lejos, inunda el aire de la cocina, filtrándose entre las cortinas de tela de la ventana entreabierta.

La luz del horno parpadea, intensa. La taza de chocolate humea sobre la mesa, caliente, entre las manos de la niña que observa a su madre, allí de pie, colocando sobre el banco la bandeja con una docena de galletas recién hechas, envolviendo con su olor todo el lugar.

—Hija, ¿puedes coger de ese armario unas servilletas? —la jovencita, de apenas doce años de edad, con el cabello dorado y los ojos azules, tuerce el gesto; tiene hambre, y el aroma de las galletas y el chocolate es demasiado tentador.

—Sí, mamá.

La pequeña alacena sobre la pila es de roble antiguo, viejo, y los goznes de la puerta gimen suave cuando la niña la abre para alcanzar el recado de su madre. Las servilletas, prisioneras de un soporte metálico de alambre, están justo a su alcance, pero cuando su mano las extrae de su escondite, una sombra se desvanece ante sus ojos, cayendo al suelo, junto a la zapatilla de su pie derecho.

Es una fotografía. Una estampa en blanco y negro mal recortada de un periódico pasado, en la que un grupo de personas, sucias y con la ropa hecha jirones en brazos y piernas, posa para la cámara ante las ruinas de un edificio demolido. Y en el centro, una joven de pelo largo en la que, a pesar de la difusa e imprecisa imagen que tiene ante sí, la niña puede reconocer su propio rostro en los ojos de aquella mujer que ahora la mira de frente, salvando la distancia que el tiempo y el olvido ha puesto entre ellas.

—Mamá, ¿quién es?

La mujer, con un brillo de nostalgia en el fondo de sus ojos oscuros, recoge la fotografía de entre los dedos de su hija para mirarla un momento de más, ausente. Y entonces suspira.

—Es mi abuela.

—¿Y de cuándo es la foto?

Un silencio. Corto.

—De hace mucho tiempo, hija —la pequeña mira a su madre, que no ha apartado, ni por un instante, la vista de la imagen que tiene delante—, de cuando la guerra destruyó este país.

—¿Qué guerra, mamá?

—La nuestra, la que enfrentó a vecinos, a padres, a amigos. A unos contra otros. La que derribó ciudades enteras y destruyó tantos hogares que ya la gente no volvió a ser la misma. Cambiaron. De algún modo, todo cambió.

—Y tu abuela, ¿qué hizo en la guerra?

Ahora la mujer sonríe. Los recuerdos brotan de repente en su memoria, retazos difusos de una historia antigua, de un siglo pasado, sombras que envuelven una

imagen olvidada, grabada a fuego en lo más profundo de su corazón.

—Ella… ella fue una mujer muy valiente, hija. La más valiente de todas.

—¿Me cuentas su historia? –la niña tiene un brillo especial en la mirada. Intenso, intrépido.

—Claro. Pero ahora cómete las galletas, que tienes que ayudarme a recoger la cocina.

—Vale, mamá.

El primer mordisco sabe a limón. El chocolate en la taza ya se ha enfriado, pero eso a la niña ya no le importa. Hay algo en su cabeza que no va a dejarla dormir aquella noche.

Hacía calor. A pesar de haber recién estrenado septiembre, el sol de la mañana era intenso, casi cruel, abrasando un cielo libre de nubes que a lo lejos, más allá del horizonte bañado por el mar, dibujaba el difuso límite entre este mundo y el siguiente.

El camino no había sido sencillo. Obligados a dejar el coche varios kilómetros más allá, apartado en el arcén de una carretera destruida por las bombas que llegaron desde el mar, Addison y Carter recorrieron a pie el empedrado sendero sucio de maleza y barro hasta alcanzar las afueras de la ciudad.

Irún. Un lugar asolado por una guerra que acababa de comenzar, alzado el ejército contra un gobierno que muy pronto se había dado cuenta que aquello no era ninguna broma. Fue cuando el teniente coronel Beorlegui lanzó a las milicias carlistas contra aquella ciudad que suponía un punto estratégico para aislar las comunicaciones entre Francia y el resto de la España republicana cuando los que hasta aquel momento allí mandaban se dieron cuenta de todo cuánto estaba sucediendo

Y ahora allí estaba ella, de pie, a la sombra de las ruinas de un edificio derruido, recuperando el resuello perdido por la caminata, con el sudor pegando a su frente los cabellos rubios de su melena, la mirada azul perdida entre los adoquines polvorientos de la calzada, preguntándose por enésima vez aquella mañana «*what the fuck are you doing here, Addison*».

Su compañero, algo más entero, en mejor forma, ya hacía rato que, cámara en mano, andaba olisqueando los alrededores, entre los restos de una ciudad con el corazón en llamas, testigo de un combate que duraba demasiado. La resistencia republicana había caído apenas hacía unas horas, cuando los nacionales tomaron San Marcial, dando por terminado un eterno mes de enfrentamientos que las milicias populares habían mantenido vivo hasta aquel instante.

—Debemos movernos —Carter no la miraba. Los sentidos ya puestos en todo cuanto tenía delante. Y no era poco, él lo sabía.

El hombre, ya por encima de la treintena, moreno y de facciones rudas, era un experimentado fotógrafo que había documentado mil y un conflictos —una cicatriz bajo su ojo izquierdo por la metralla de un mortero era prueba más que suficiente—, entendía que aquella joven, inexperta a su juicio, pero con un balance militar digno de envidiar, necesitase un momento de más para recuperar fuerza y ánimos. Pero no había más tiempo. Llegaban tarde a la guerra y tenían mucho trabajo por hacer.

—Sí, vamos.

—¿Oyes eso?

Silencio.

Un silencio duro, de esos provocados que llenan el aire de tensión, de dudas, antesala de cuanto allí iba a suceder.

—¿Hacia dónde?

Aquellos dos reporteros habían desobedecido todas y cada una de las directrices que aconsejaban mantenerse lejos de la línea de fuego, al margen de los combates, fuera de peligro. Pero ambos sabían que si querían que su historia se viese en la portada del The New York Times, debían hacer algo más. Algo más allá.

—Por allí —Carter señalaba una larga avenida que torcía a la derecha, a unos doscientos metros de donde ellos estaban, y de donde el sonido de balas que zumbaban, rasgando el aire, llegaba ahora nítido a sus oídos.

La pareja se puso en marcha. Carter primero, Addison sólo un paso por detrás. Los hombros rozando los muros a su lado, a la sombra de los edificios que todavía seguían en pie, al cobijo de las balas y las bombas que estaban destruyendo la ciudad.

A cada paso, el calor era un enemigo más. Asfixiante, implacable.

—Paremos un instante —la joven, más entera de lo que el sudor de su frente parecía dar a entender, dudaba ahora de la dirección y el objetivo de todo cuanto a su alrededor estaban haciendo—, mira allí.

A Carter no le costó mucho encontrar lo que Addison señalaba. Sus miradas se cruzaron: algo menos de un centenar de metros a su izquierda, a los pies de una pared a medio derribar, iluminada por el sol del medio día que castigaba con justicia, bajo una inmensa nube de moscas que a buen seguro allí llevaba unas horas de más.

—Republicanos fusilados —la mirada del hombre brillaba, no de tristeza, sino de impaciencia.

Los cuerpos, alineados a lo largo del muro picoteado de balas, habían caído unos sobre otros, dibujando una imagen dantesca de muerte y sangre seca.

—¿Fusilados por quién?

Carter miró de forma extraña a su compañera. Demasiada inocencia para quien debe dar testimonio veraz de cuanto allí sucedía.

—¿Por quién va a ser, Addison? Por los nacionales.

—¿Ya han llegado a la ciudad? ¿Aquí?

—Eso parece —los dedos del hombre se aferraron fuertes a la cámara de fotos que tenía colgada al cuello y sin medir demasiado cuánto pasaba por su mente en aquel instante, echó a correr hacia el montón de cadáveres que yacían bajo el cielo de Irún.

La primera foto fue fácil. El miliciano tenía los párpados abiertos, la mirada perdida, la boca llena de moscas y un agujero de bala en la frente. Con el objetivo de la cámara muy cerca del rostro, Carter logró delinear las huellas de cansancio en sus rasgos, surcos oscuros de fatiga bajo sus ojos, como si la muerte le hubiese llegado como descanso. Un premio.

Addison observaba a su compañero, en la distancia, todavía a la sombra del edificio que hasta allí les había acompañado, con un pequeño destello de admiración en el iris de sus ojos azules, y mucho más miedo del que jamás antes había sentido en el fondo de su corazón.

De nuevo el silencio. Ese silencio tenso que no presagia nada bueno.

Y el aire se desgarró. Un zumbido sordo que rompió el cielo y un estallido que lo borró todo. Una nube de polvo y yeso donde, hacía un instante, Carter fotografiaba aquel montón de cuerpos y que ahora ya no estaba. Pam, sin más. Y todo se esfumó como si nunca hubiese existido, consumido por una explosión que devoró el lugar, salpicando de carne, piedras y sangre todo alrededor.

—¡Carter!

La joven gritó. O eso es lo que Addison intentaba, con los ojos de pronto velados por las lágrimas que estaban a punto de inundar sus mejillas. El corazón helado, el instinto perdido, la película de aquel conflicto ante sus ojos. El infierno en el que se había metido.

Pero entonces, un segunda bomba cayó.

🌻🌻🌻🌻🌻

—¿Tanto me parezco a ella?

La niña, con los labios manchados de migas y en la boca una última galleta a medio masticar, mira a su madre mientras lava los platos, intentando que allí, en aquella cocina, le cuente más de la historia que tanto le está gustando.

—Mucho. Tienes sus ojos. Y su pelo.

La mujer, con las manos mojadas y el delantal sucio de harina, ha relatado aquel episodio sin demasiados detalles, omitiendo todo cuanto a una niña de doce años pudiese alterarla más de lo apropiado. Los motivos y la consecuencia de aquella barbarie no eran, en aquel momento, necesarios para que su hija comprendiese la grandeza escondida tras los héroes anónimos enterrados en la historia y el olvido.

—¿Y era guapa?

La mujer suspira, melancólica.

—Era la más guapa de todas.

El agua helada le golpeó el rostro. Un pitido profundo, agudo, silbaba muy cerca de su oído derecho, allí donde el dolor en su cuello era más intenso. El tacto cálido de la sangre besando su mejilla era sedoso, agradable. Sobre su cabeza, el cielo azul de Irún reposaba plácido, tierno. Inocente.

—¡Aquí hay una viva!

El movimiento de gente a su alrededor era sólo un murmullo tímido, lejano. Sombras que danzaban no muy lejos de allí, en un mundo diferente, distante. Sonidos de pies sobre la tierra removida, voces que se llamaban a gritos, con el clanc clanc del metal que golpea piedra y carne de fondo, desde ultratumba.

—¿Estás herida?

De pronto, la silueta borrosa de un rostro se recortó contra el cielo azul, ante sus iris enrojecidos por el polvo y el miedo. Unos ojos oscuros que la miraban desde arriba, profundos y rudos, muy hechos a situaciones como aquella, la que allí ambos estaban viviendo.

—No… no, lo sé —Addison pronunció las palabras pausadas, largas, arrastrando tanto la ese que no estaba segura de haber vocalizado de forma adecuada para hacerse entender sobre el tumulto de voces que a su alrededor comenzaban a agruparse.

—No veo demasiada sangre, creo que está entera —la sombra de ojos profundo había levantado el mentón, permitiendo que la luz del medio día bañase por primera vez un rostro joven, tosco, de líneas bien perfiladas, atractivo—, deberíamos tratar de moverla y ponernos a cubierto.

—¿Qué ha sucedido? —una tercera voz, más grave, marcial.

—Ha tenido que ser la aviación… una bomba cayó allí —el joven ante ella gesticulaba de forma casi exagerada—, otra ahí, mucho más cerca. Debió de golpearla la onda expansiva.

¿Había sido eso? Addison no estaba segura. Prácticamente no recordaba nada más allá del cielo azul de aquella ciudad que, y no por última vez aquel día, había estado a punto de quitarle la vida. Aunque el pitido agudo que estaba perforando sus tímpanos quizás demostrase otra cosa.

—Bien, levantadla. El resto, replegaos, hacía aquel edificio. Hay que defender esta plaza mientras evacúan a los que queden en este barrio.

La joven, todavía tumbada sobre el suelo polvoriento y con el sabor acre de su sangre en la garanta, empezaba a despertar del sopor que la había acompañado desde que el agua helada la sacó del sueño profundo en el que el golpe de aquella

bomba la había sumergido, comenzando a ser realmente consciente de todo cuando allí estaba sucediendo.

El hombre que parecía dar las órdenes era un soldado maduro, de esos acostumbrados a sembrar el miedo en los corazones ajenos sólo con el gesto severo de su rostro. Vestido con pantalón y camisa sucia de barro y sudor, observaba a la sombra del edificio a su espalda, apenas a veinte pasos de donde la segunda bomba había caído, cómo dos reclutas trataban de poner en pie a Addison.

—¿Cómo te llamas?

El joven que la había asistido cuando ella abrió los ojos, ahora tenía los dedos alrededor de su cuello, palpando el contorno de su piel allí donde una herida no demasiado profunda no dejaba de sangrar.

—Yo soy Mikel, ¿y tú?

Addison sintió miedo. Miedo a ser rechazada, abandonada allí a su suerte si aquellos hombres descubrían quién era y, sobre todo, qué era lo que la había llevado hasta aquella ciudad. Recién había escuchado cómo quien estaba al mando daba órdenes para que sus reclutas ayudasen, defendiendo su posición, a que la gente de la ciudad huyese del infierno en el que se habían visto atrapados. ¿Qué derecho tenía ella, ahora, de pedir la ayuda de aquellos soldados?

Ninguno.

—Juana… me llamo Juana.

El joven miliciano, que con el brazo de Addison sobre sus hombros trataba de ayudarla a caminar, torció el gesto mientras de reojo volvía a inspeccionar las líneas de las curvas, sus pantalones ceñidos y el color dorado del pelo de aquella extraña mujer que se había cruzado, de repente y sin avisar, en su camino. Sin duda, pocas hembras así había visto Mikel en aquella ciudad en guerra.

—¿Y de dónde eres?

—De aquí… —de pronto, a pesar de llevar más de media vida como reportera en España, la joven fue consciente de que su acento americano todavía tenía cierta presencia al pronunciar algunas de las consonantes más complejas del idioma. Tendré que ser breve y corta en palabras, pensó ella, si quiero sobrevivir al día de hoy—del norte, cerca del mar.

Aquello, se consolaría días después ella, tampoco era totalmente mentira. Se había criado en un pequeño rancho en New Jersey, desde el que cada mañana, al amanecer, podía ver las primeras luces del día iluminando las olas del Atlántico golpeando con furia las rocas del acantilado a sus pies.

—Las mujeres de por aquí no son… quiero decir, como tú.

Por primera vez en aquel día en el que infierno había asolado su vida, Addison sonrió. El cumplido velado en el brillo de los ojos del soldado la hizo ruborizarse ligeramente. Una sombra de vigor volvió para revivir su espíritu.

—Mi abuelo… fue un pieza… y un perdido.

Y aquello pareció ser suficiente para Mikel que, devolviendo la sonrisa en los labios sucios de polvo y sangre, apoyó el cuerpo de la mujer contra el muro del edificio donde el resto de la unidad —diez o doce hombres más— hacía rato que esperaba. El compañero que los había ayudado a llegar al lugar, cómplice mudo de todo cuanto entre aquella pareja sucedía, se alejó en silencio mientras mojaba el gaznate con un trago largo de la cantimplora que llevaba al cinto.

Ahora, el grupo de milicianos se tomaba un respiro, recostados contra la pared a su espalda, a cubierto del sol de justicia que caía sobre la ciudad aquel día de septiembre, mal vestidos y peor armados, parecía más los retales deshilachados de un ejército que seguramente nunca existió y que había resistido aquel asedio mucho más allá de lo que nadie en su sano juicio hubiese apostado.

El cansancio, el miedo y la tensión de la guerra eran visibles en los rostros de todos cuanto allí quedaban. Sucios, heridos y hambrientos resistían como podían, más por el honor del hombre, del amigo, que a su lado combatía, que por las ideas revolucionarias de un gobierno que los había olvidado demasiado pronto.

—¿Nos hacemos una foto? –uno de los soldados más jóvenes, apenas diecisiete años, calculó ella, sacó de entre los ropajes una vieja cámara de fotos, botín de guerra, a buen seguro, y la manipulaba, inexperto, ante la atenta mirada de quien allí mandaba.

—Claro, ¿por qué no?

El grupo de hombres se alineó a la sombra del muro, colocando a la Addison —Juana a partir de aquel instante—, nueva compañera de aventuras, en el centro, mientras los más decorosos se sacudían el polvo gris de camisa y pantalones. ¡Flash! Y la imagen quedó inmortalizada en la cámara y la memoria de todos cuántos sobreviviesen a aquella puta guerra.

La primera bala, pam, estalló muy cerca de la cabeza de uno de los milicianos que acababa de encender un cigarrillo, salpicando de yeso y polvo su rostro, obligándole a tragar de golpe el humo de la primera y profunda calada.

—¡A cubierto! ¡Nos atacan!

La mujer vivió el momento helada la sangre y encogido el corazón. El soldado que allí mandaba gesticulaba y voceaba bajo una lluvia de plomo que había llegado sin avisar, mientras el resto corría en busca de un resguardo seguro desde el que situarse y rechazar lo que parecía un ataque frontal que ninguno de los allí presentes había esperado.

Ziang, ziang. Ziang.

Las balas silbaban, recortando el aire cálido de aquel mediodía en Irún, septiembre de 1936, en plena Guerra Civil, atrapando al grupo de soldados que había logrado tomar posiciones en el interior de los muros medio derruidos del edificio a su espalda, sin demasiados daños que lamentar y mucho trabajo por hacer.

Armados con escopetas, unas cuantas pistolas, un par de rifles Mouser y cua-

tro carabinas —estos últimos seguramente robados a algún que otro muerto del bando sublevado—, aquel grupo de hombre rudos, con la piel de los rostros cuarteadas por el sol y el viento, iban a batirse hasta la muerte por defender aquel lugar que a buen seguro iba a enterrarlos a todos.

A lo lejos, calle abajo, ya cesada la lluvia de balas que había dejado en el ambiente el aire cargado de cal y polvo, justo donde la calzada giraba suave a la derecha, un puñado de sombras, cubiertas las cabezas con boinas rojas, se movían en formación militar, avanzando al resguardo de portales y coches abandonados a ambos lados de las aceras.

—¡Allí! ¡Capitán, los carlistas!

Uno de los muchachos más jóvenes había sido el primero en darse cuenta de los movimientos del enemigo, y por tanto, de dar la voz de alarma, alta y clara, para que el soldado que allí mandaba tomase consciencia de la situación y pudiese dirigir la defensa del lugar de la mejor manera posible.

—Todos atentos… fuego a mi orden. Ni una bala de más, ni un muerto de menos.

Mientras la columna numerosa de requetés avanzaba firme, inexorable, Juana observaba la tensión en los rostros de aquellos hombres que acababan de convertirse en compañeros, a los que la parca rondaba en aquel instante, implacable. Aunque ninguno de ellos, de eso la joven estaba segura, tenía en mente nada más allá que matar cuantos más enemigos fuese posible antes de acabar con una bala en la frente y la boca llena de moscas.

—¡Mi capitán, los carlistas se detienen!

El soldado que allí mandaba asomó la nariz por una grieta abierta en el muro que daba a la calle por la que, ya apenas cincuenta metros de donde la milicia se había resguardado, el grupo de requetés avanzó hasta encontrar protección a la sombra de un soportal abierto por el que se habían perdido entre las sombras del edificio, cuando una bala le voló la tapa de los sesos, salpicando de sangre y huesos a los milicianos que estaban a su lado, cayendo su cuerpo, inerte, de espaldas contra el suelo, pam, levantando una nube de polvo que arañó la moral de la tropa mucho más que cualquier bomba de la aviación nacional.

—¡Rojos, cabrones! ¡Rendíos ahora o estaréis muertos antes de la noche!

Los gritos de los requetés eran tan claros a los oídos del grupo de milicianos que todavía tenía la vista fija en el charco de sangre bajo la cabeza de su capitán, que el corazón de cuantos allí defendían algo más que sus propias vidas había encogido tanto que más de uno perdió en aquel instante mucho más que el aliento.

—¡Fachistas, hijoeputas! ¡Venid vosotros a buscarnos!

Fue la voz de Mikel, el soldado de ojos profundos que había sacado a Juana de aquel infierno de bombas y escombros, la que devolvió el coraje al alma de los soldados que, como abofeteados por la manos invisible del destino que los envolvía,

recobraron el tono carmesí en sus mejillas, asieron con fuerzas las pocas armas que colgaban de correajes y cinturones, y al fin, alzaron la vista dispuestos a pelear como les habían enseñado, a morir como Dios manda, si era necesario.

—¡Fachistas! ¡Hijoeputas! ¡Aquí estamos!

Y las balas volvieron a rasgar el aire cálido de aquel mediodía en la ciudad de Irún.

🌻🌻🌻🌻🌻

—Pues sí que era valiente la abuela Juana. De mayor quiero ser como ella.

La madre se había sentado en la mesa, justo al lado de donde la niña sorbía los últimos tragos del chocolate que hacía mucho se había enfriado. La cocina ahora huele a limpio, la suave brisa que todavía a aquellas horas se cuela por la ventana mesa suave los cabellos de ambas, transformando la escena en un tierno cuadro de familia en el que las miradas dulces son suficiente para contar la historia que viene a continuación.

—Sí, mi abuela fue una mujer valiente y extraordinaria. Allí donde el mundo parecía que se terminaba, sólo gente como ella logró que el infierno no los devorase a todos.

—¿Infierno?

—Sí, hija, porque aquello fue un infierno.

🌻🌻🌻🌻🌻

A pesar de lo duras que habían sonado aquellas palabras, el grupo carlista se equivocó. La noche cerrada había caído sobre la ciudad, y a pesar de la desventaja de número y armamento con la que el grupo de milicianos locales contaba, el soldado Mikel y compañía se habían repuesto del duro golpe anímico que supuso la muerte de su capitán, y resistieron como jabatos entrenados el resto de la tarde, atrincherados tras los muros derribados de un edificio del que sólo quedaba algo más que la estructura principal. Puertas, ventanas y demás adornos hacía ya muchos días que habían sido pasto de las bombas y las llamas.

—¿Y ahora qué?

Juana estaba sentada en el suelo, la espalda apoyada en la pared que en otro tiempo fue la habitación de alguien, con un pitillo entre los dedos y una nube de humo gris envolviendo su rostro.

—No lo sé.

A su lado, Mikel tenía la vista perdida entre las figuras oscuras que los rodeaban. Compañeros de armas que se revolvían en sus escondrijos, muertos de hambre y miedo. Habían establecido guardias por parejas para controlar que los requetés,

apostados a tan solo medio centenar de metros de allí, no usasen las tinieblas de la noche para acercarse demasiado y ejecutarles mientras trataban de dormir.

Aunque allí dormir, no dormía nadie.

—Las mujeres de por aquí no fuman —Mikel alargó la mano para recoger el pitillo casi consumido de entre los dedos de Juana.

—Yo no soy como las demás.

—Eso ya lo veo —una profunda calada en los labios del soldado avivó la brasa anaranjada del cigarro, iluminando suavemente las marcas de cansancio que la dura batalla había dibujado en su rostro—. Y ahora, ¿qué vas a hacer? ¿Por qué no te has marchado con el resto de la gente de la ciudad? Los nacionales están ya aquí, lo has visto.

Juana no respondió. No tenía cómo hacerlo. La verdad no era una opción —una bala en su nuca aligeraría mucho la carga del grupo de soldados—, y otra mentira… bueno, una mentira más, qué importaba, lo más probable es que ninguno de ellos saliese de aquel escondite con vida, por qué iba ella a facilitar el trabajo de los fascistas.

—Quería ayudar… ya sabes, hacer lo que pueda. Luchar. No quiero que mis futuros hijos, algún día, tengan que vivir en un país gobernado por esos monstruos. Me niego.

Ella no podía verlo, pero estaba segura que su pequeño discurso había calado hondo en el corazón del soldado. Lo notaba en el suave temblor de su cuerpo, en la pequeña sonrisa que las sombras de la noche velaban en su rostro.

—Toma —el joven había alargado la mano para poner sobre el regazo de Juana una pistola—, tarde o temprano la necesitarás.

Lo había logrado. Ya era uno de ellos.

Casi sin avisar, el amanecer había sorprendido a Juana dormida, allí sentada, con la cabeza recostada en el hombro de Mikel y un fuerte dolor en el cuello, justo donde la bomba del día anterior la había golpeado con furia.

Y de pronto, un sonido de pasos. Fuera, en la calle.

—Todos atentos, los carlistas se mueven.

Uno de los dos soldados más expertos que hacían guardia a aquella hora había puesto voz a lo que el resto ya había oído. Escopetas, carabinas, rifles y pistolas listas, el grupo de milicianos tomó posiciones entre las aberturas del muro que los separaba de la calle, a la espera de que la columna enemiga se hiciese visible para comenzar a disparar.

Pero no fue eso lo que ocurrió.

Un fuerte estallido a sus espaldas, bum, en el interior del edificio, rasgó cruelmente la tensión que allí se vivía, levantando una nube de polvo y yeso que lo inundó todo a su alrededor.

Una primera ráfaga de balas mató a tres de los milicianos sin tiempo a reac-

cionar, con el humo de la explosión todavía mojándoles los ojos e inundándoles los pulmones, cayeron al suelo casi sin enterarse de lo que allí había pasado.

La siguiente acometida, conscientes los requetés de que la disipada sorpresa y la nube de polvo que lo envolvía todo era ya misma ventaja para unos que para otros, la lanzaron los sublevados cuerpo a cuerpo, sin desperdiciar una bala de más, con las bayonetas por delante, contra los pocos milicianos que allí en pie quedaban.

La batalla en el interior de aquel edificio fue breve pero feroz. La sangre que las cuchillas de los rifles nacionales arrancaba de los cuerpos de sus enemigos pronto tiñó de rojo las paredes a su alrededor. Los republicanos se defendían en aquel cuerpo a cuerpo desperdiciando balas algunos, cuchillo en manos otros, hiriendo y matando tanto como podían antes que el acero nacional les alcanzase, dándoles muerte a los pies de aquel lugar en ruinas.

Juana había disparado. Por supuesto. No era ella una mujer que en momentos difíciles se escondiese. Pero aquel no era un momento difícil, aquel era el momento de pelear por su vida. Y así lo hizo.

Pam, pam.

Dos veces apretó el gatillo. Pam. Tres veces. Estaba segura que había visto salpicar de sesos y sangre el aire bañado de polvo cuando una de sus balas arrancó la boina roja de un joven requeté que tenía delante, ya muy cerca, acuchillando a uno de los soldados que había compartido con ella la noche.

—¡Vámonos, Juana, salgamos de aquí, ya!

La mano de Mikel se aferró de pronto a su muñeca, tirando de ella por una enorme grieta en el muro que daba a la calle.

—Afuera no, nos matarán.

—No hay otra. O corremos ahí fuera, o nos acribillan aquí dentro.

De pronto, el aire fresco del amanecer les golpeó el rostro. La brisa húmeda del Cantábrico olía a humedad y salitre. Un instante de paz, efímero, de libertad y esperanza. Hasta que las balas volvieron a silbar.

Ziang, ziang, sobre sus cabezas, y la pareja echó a correr calle arriba, hacia el norte, con la esperanza de que la prohibición de no disparar en dirección a Francia acobardase a los requetés y facilitase su huída.

Pero, por supuesto, no fue así.

Las balas siguieron impactando contra los muros y los coches muy cerca de donde ellos pasaban, a la carrera, tan resguardados como la huída les permitía, con la columna de requetés que les perseguía ya muy cerca, a punto de darles caza. Mikel corría desarmado, pero Juana —sorprendida ella misma por el peso del arma en su mano— todavía sostenía la pistola con la que había matado a aquel joven carlista tan solo unos instantes antes.

—¡Por ahí! —Mikel volvió a empujar a Juana, cogiéndola de la mano, tratando de apretar el paso un poco más cuando torcieron a la derecha para meterse en un

callejón angosto, todavía oculto a las primeras luces del alba, inundado de sombras que iban a ofrecerles una última oportunidad de escapar—, los fachistas no se atreverán a meterse aquí a oscuras por miedo a una emboscada.

Y así fue. La columna de requetés se detuvo un momento en la abertura de la calle, allí justo donde las tinieblas del amanecer eran más oscuras, pusieron rodilla a tierra, y comenzaron de nuevo a disparar contra todo lo que allí dentro pareciese estar vivo.

—El puente está ya muy cerca —la pareja se había resguardado por unos momentos tras la carrocería de un coche abandonado, con los cristales rotos y el capó abollado, conscientes de que si no salían de allí antes de que las luces del día iluminasen el lugar, nada de todo aquello habría servido para nada—, si lo alcanzamos, saldremos de esta.

Juana sonrió por un momento breve. La esperanza de vivir un poco más acababa de recargar de fuerza su corazón.

—Pero hay que moverse ya.

Y sin más, ambos se levantaron para echar a correr, cuando una última bala disparada desde el inicio del callejón abrió la carne justo por encima de la rodilla del soldado que Juana tenía al lado. Un grito de dolor ahogado cuando la pierna de Mikel se dobló rasgó el alma de ella. La esperanza pasajera que para ambos era más real que nunca acababa de desvanecerse como arena entre los dedos.

—Vete, Juana, ¡Ya!

Las primeras luces del día estaban ya comenzando a dibujar siluetas claras a su alrededor. La joven podía ver, a lo lejos, como los soldados nacionales comenzaban a avanzar, lentos, por el interior del callejón todavía en penumbra, alerta a emboscadas y trampas que pudiesen aparecer entre la oscuridad de los edificios a sus lados.

Y Juana no se lo pensó. No era el momento. Le debía una a aquel hombre, y no estaba dispuesta a que la deuda se perdiese entre las tinieblas de aquel angosto callejón. Así que se agachó, colocó su brazo bajo el hombro de su compañero, y haciendo un esfuerzo que para ella parecía sobre humano, ambos se pusieron en pie, rumbo norte, en busca del puente que les diese la libertad.

Pero aquella ilusión duró poco. Mikel apretaba los dientes a cada paso apagando un gemido de dolor que rasgaba su alma, mientras Juana trataba de empujar a su compañero fuera de aquel callejón oscuro por el que la columna de requetés les ganaba terreno poco a poco, cuando una segunda bala impactó sobre las costillas del soldado, salpicando de sangre a la mujer que tenía al lado.

El cuerpo de Mikel cayó al suelo, gorjeando mientras su boca se llenaba de sangre, los ojos muy abiertos, el miedo dibujado en la profundidad de su mirada.

—Vete…

La mano del soldado caído se posó sobre el arma que Juana todavía sostenía, con los ojos velados ya por las lágrimas que estaban a punto de inundar sus mejillas.

Y entonces ella lo entendió. Colocó la pistola sobre su regazo —igual que él había hecho con ella tan sólo unas horas antes—, asiendo los dedos del soldado alrededor de la culata y el guardamonte, y arrastró su cuerpo hasta apoyarlo contra una pared todavía en sombras. Allí, él vería a los requetés antes de que éstos supiesen de donde les llegaban las balas.

—Lo siento.

Besó la frente del que hasta aquel momento había sido su compañero de guerra, y echó a correr. Sin mirar atrás.

Un momento después, a lo lejos, Juana oyó disparos, y su corazón se rompió.

Al amanecer del cuatro de septiembre, Juana cruzaba el puente internacional con destino Francia, donde trataría de olvidar el infierno que acababa de vivir en aquella devastada ciudad de Irún.

🌻🌻🌻🌻🌻

—Mamá, ¿entonces tu abuela es francesa?

La niña todavía tiene la boca manchada de chocolate y galletas, la mirada fija en su madre y el corazón latiendo fuerte por la historia que acaba de escuchar.

—No, hija. Ella nació en América, pero después de aquello, y una vez terminada la guerra, volvió aquí, a Irún, dónde conoció a mi abuelo, se enamoraron y se casaron.

La mujer se levanta. Los ojos todavía le brillan por la emoción contenida en un relato que tantas veces antes ha escuchado y que siempre logra emocionarla, sea cual sea el contexto, sea cual sea el lugar. Pero era la primera vez que contaba a nadie todo aquello, con sus propias palabras, con su propia voz, y notaba ahora en la mirada de su hija todo lo que su corazón había vivido tantas veces antes. Y, por fin, se siente orgullosa.

—Fue muy valiente tu abuela ¿verdad?

—Fue la más valiente de todas.

Un golpe de viento cierra de repente la ventana abierta de la cocina. Un relámpago lejano. Una tormenta que se acerca.

LLÉVAME CONTIGO

por Elena Picó

@elenapico_writer

Como todas las mañanas, Juana se encuentra en la vieja cocina de su casa. Desayunar en la mesa de esa estancia tan polivalente, frente a la ventana, es la costumbre que más tiempo lleva instaurada en su día a día desde que, recién casada, contempló su primer amanecer bajo ese techo; de eso ya hace setenta años, por lo menos. La cocina poco ha cambiado desde entonces, bueno sí, con el tiempo se sustituyó el hornillo de leña por un sistema de gas butano, con sus cuatro fogones y todo, pero el tiro de la chimenea sigue estando ahí igual de grande, las baldosas blancas conservan adheridas las pegatinas infantiles amarillentas que en su día pegaron sus hijos y las estanterías para la loza, hechas por Paco, todavía sostienen los platos de diferentes vajillas entremezcladas.

Durante el último año su amado Paco se ha adherido a la rutina de Juana y también la acompaña en esta íntima y apacible práctica, algo a lo que ella se ha tenido que acostumbrar, después de más de veinte años levantándose y viendo el amanecer sola, mientras se tomaba su leche caliente y sus cuatro galletas María. Así había estado ella, desde que el último de sus tres hijos se casó y abandonó aquel piso situado en un pequeño y sencillo bloque familiar, dejando el último dormitorio ocupado por prole de Juana vacío, una cafetera inservible, una lavadora que tardaba en llenarse y una mujer que sufría el síndrome del nido vacío en silencio y con dignidad, hasta que dejó de sentirlo así.

Y es que una termina acomodándose a la soledad y, cuando se desmorona de golpe, cuando el ruido vuelve a irrumpir y los pensamientos se convierten en algo compartido, cuesta volver a estar cómoda con compañía. Aunque se trate de la compañía más deseada del mundo. Pero a veces el destino, la vida y la muerte vuelven a reunir a las personas.

—Ay Paco, todos los días igual, haciendo lo mismo. ¿Tú no te cansas de verme así? ¿Alguna vez pensaste que me haría falta alguien para limpiarme el culo y prepararme la comida?

Juana se desahoga con su Paco como nunca antes lo ha hecho y eso que se conocieron cuando ella solamente contaba con diecisiete años; ahora tiene noventa. Al final le ha venido bien volver a tenerlo a su lado.

—Juana, no te cabrees, que se te calienta la boca rápido, te sube la tensión y ya sabes que luego pasas mala tarde. Que aún no te has tomado ni las pastillas de la mañana.

—Esa es otra, Paco, las pastillas. Parezco una caja de Juanolas de todas las que llevo en el cuerpo.

Su marido no puede evitar soltar una sonora carcajada ante la ocurrencia de su mujer: ella siempre ha sido así, graciosa por naturaleza, sin intención de serlo. E incluso ahora que requiere de un puñado de píldoras de diferentes colores y tamaños para mantenerse viva químicamente, ella le encuentra la comicidad a la situación. Qué remedio.

Juana, al igual que lo hacía en sus días de soltera, cuando convivía con sus padres y sus hermanos, adquirió el rol de líder natural de la familia en el momento en el que ella y Paco decidieron comenzar aquella aventura de estar siempre juntos, «hasta que la muerte les separe»; fue el constante motor de la familia, el alma de la casa; educó a sus tres hijos con mano de hierro, alternando con grandes dosis de ternura: ella lanzaba la zapatilla, pero apuntando a otro lado para asegurarse de no llegar a darle de pleno al tarambana de su hijo el mediano y no había noche que no arropara a sus pequeños, en sus camas para asegurarse de que dormían bien, también para percatarse de que el mediano, el más diablillo de los tres, no se metía al gato a dormir con él.

Juana podía con todo: lo mismo se encargaba de los palomos y de la conejera en la terraza, que de las tareas de la casa y las compras, mientras Paco trabajaba en el huerto del palmeral y los niños estaban en la escuela. Y siempre dejando una olla de algún guisado o un puchero cocinándose toda la mañana a fuego lento, en esa misma cocina en la que ahora se encuentra, impregnando la casa con ese aroma a hogar. Qué tiempos aquellos.

Aunque Juana también se calzaba las alpargatas y la herramienta de podar y, cuando había mucha faena en el huerto, se ponía mano a mano con su marido para sembrar, recolectar o lo que hiciera falta y los días de mercado montaba el puesto junto a las otras mujeres de la cuadrilla con todo el género, toda la variedad de dátiles confitera que habían sacado durante la jornada anterior, y se ganaba a la clientela con su arrojo y simpatía. Qué mujer.

Pero ella también tenía el convencimiento de que si entre semana se trabajaba, los domingo y días de fiesta se disfrutaba. Ya fuera pasar el día en la playa, hacer una paella para toda la familia, disfrazarse y comer coca de fritanga con los vecinos, acudir al teatro de calle o al baile del ateneo, Juana convencía a Paco, que era más de sentarse en la butaca y mirar un periódico que no sabía leer, arreglaba a los niños como podía o como le dejaban y se iban todos juntos a pasar ese día en familia. Porque además Juana siempre reservaba algunas pesetillas para esas cosas, por si abrían el cine o venían los titiriteros al barrio.

Juana ya no maneja ni un euro, todo se lo administra su hija mayor: su dependencia económica fue paulatina, pero dio inicio el día en que su hija comenzó acompañándola todos los martes a la caja de ahorros, para que sacara dinero para la semana y pusiera al día la cartilla. Poco a poco notó que le iba costando más hacer el camino y delegó todo su modesto patrimonio en ella.

Pero eso no quita la realidad: Juana se ha estado encargando de llevar la economía doméstica desde que se casó con Paco y entró el primer sueldo a casa. Ella era la que había ido a escuela hasta los catorce años, antes de ponerse a bordar en un taller, Paco la llamaba la "la ministra". Juana ya no sabe ni lo que tiene en el banco, ni lo que le pagan a Sarita, la interna, por estar veinticuatro horas con ella y,

sin embargo, gestionó los ahorros de sus tres hijos hasta que estos volaron del nido: recuerda que la mayor siempre le discutía con que no le daba casi nada del sueldo que le pagaban en la fábrica en la que trabajaba porque «había que contribuir a los gastos de la casa», pero cuando ésta se casó, Juana le regaló la libreta de la caja de ahorros a su nombre, con todo el dinero que había estado ganando durante años y que su madre le había estado custodiando hasta que lo necesitara para la vida adulta. Su hija se quedó de piedra.

Así ha sido siempre Juana: justa, práctica, previsora y siempre mirando por el bien de los suyos.

También procuró ser siempre ecuánime y considerada con las personas ajenas. Quizás, gracias a eso, no le han faltado las visitas a su casa cuando ella ya se ha visto más impedida y las escaleras se han convertido en la peor de las murallas que la separan de la vida en la calle, hasta su peluquera de siempre se lo deja todo para acudir a casa de Juana para peinarla, echarle el tinte y cardarle el pelo una vez por semana (la coquetería es uno de los pocos vicios que todavía se intenta permitir), ya que Juana no puede acudir desde hace tiempo a la peluquería del club de mayores del barrio.

Ay, el club, cuántas partidas de chinchón ha jugado allí con sus amigas, de ellas ya no queda ni una viva, pero Juana conserva los trofeos de aquellos días de timbas entre comadres porque era muy buena con la baraja. Al principio era reacia a entrar allí, con apenas cincuenta años cumplidos ella no se sentía formar parte de eso que llamaban «la tercera edad», pero gracias a esa asociación ella superó su soledad inicial y viajó junto a los amigos del barrio a muchos sitios, los viajes del inserso que llamaban, en los que les intentaban vender tápers.

—Paco, ayer llegué tarde del hospital. La pobre Sarita estuvo todo el día sin comer mientras me hacían los dichosos análisis.

—Esa mujer vale oro.

—Sí… —a Juana le cuesta darle la razón a Paco porque sabe que la tiene.

—Y eso que al principio no la podías ni ver.

Juana rebufa:

—Es que si llegas a ver la prendas que vino antes que ella… Menuda jeta. A tu hija casi le cuesta un disgusto y a mí se me llevaban los demonios, de ver que no podía sacarla de aquí de una patada en el culo. Que me traten mal en mi propia casa…

Juana recuerda con amargura a la primera intrusa que le metieron en su casa para cuidar de ella veinticuatro horas. Tras esa experiencia todos aprendieron una lección: la primera impresión es la que cuenta, siempre.

—Ya pasó, ahora te cuidan bien.

—Sí, pero no hay día que no me ocurra algo. Mira ayer, diez horas en urgencias, por el amor de Dios.

—¿Saben por qué te dan esos mareos?

—No, dicen que todo está bien. Pero yo sí lo sé: el cuerpo ya me ha dicho que hasta aquí. Lo tengo claro.

Juana se pone muy seria, sabe que a Paco le incomoda un poco hablar del tema, tiene gracia la cosa.

—¿Estás segura? Mira que luego te arrepientes de estos pensamientos de no seguir en este mundo y te pasas la noche regañándote y rezando el rosario.

—A mí los rosarios ya hace años que no me ayudan en nada. Paco, hace dos años que no bajo a la calle si no es con los mozos de la ambulancia; he pasado de ir caminando a todas partes a que me lleven en silla de ruedas, del comedor a la cocina, por si me caigo. A los chiquitos los tengo siempre preocupados, tu hija va todos los días al centro de salud a llevar mis botes de pis, a hacerme la compra, a todo. Todos pendientes de mí y yo sin poder saber cómo están ellos.

—Eso es lo que más te jode, no poder controlar a los chiquillos.

—No, lo que me jode es no poder serles de ayuda. Al menos, me conformaría con no molestar. Porque todos tienen sus obligaciones y una se da cuenta de que va sobrando… Hace tiempo que sobro.

—No digas eso, lo que son te lo deben a ti.

—Nuestros nietos, Paco, ya tienen hijos. Pero qué bonitos son… creo que son lo único que me dan fuerzas para levantarme de la cama un día más, perdón, que me levanten quería decir —Paco se ríe—. Paco no te rías.

—Eres afortunada, Juana: tú los has visto crecer a todos… Yo os dejé muy pronto.

—Demasiado pronto, Paco. Te has perdido tantas cosas. Pero yo disfruté todo por los dos, para poder compartirlo contigo cuando llegara la hora. Yo sabía que serías compasivo conmigo, que no me dejarías consumirme y me llevarías contigo.

—No es compasión, es amor infinito. Pero entonces, ¿Estás segura? Sabes que ya no habrá vuelta atrás…

Juana hace un recorrido rápido por su existencia: siempre ha tenido poder de decisión sobre su vida, a pesar de la época que le ha tocado vivir: posguerra, dictadura, transición…; ha sido afortunada al dar con su Paco, tan amable, generoso y comprensivo siempre; juntos han trabajado siguiendo los mismos pasos, discutiendo lo justo y sin dejar pasar un solo día sin arreglar alguna de sus diferencias, amándose. Ha educado a tres hijos maravillosos; Paco solamente pudo conocer a su nieto mayor, pero Juana ha ayudado a criar a los seis, ¡qué coño! SE LOS HA CRIADO ELLA, ha sido su segunda madre. Los bisnietos ya le han cogido en horas bajas, pero aún así no ha dejado de tejerles a cada uno de ellos peucos, jerséis, bufandas, gorritos con borla… Ahora sus delicados, engarrotados y temblorosos dedos no pueden ni enhebrar una aguja; apenas ve, no oye bien, no camina, no hace nada por sí sola.

Salvo pensar.

El tiempo improductivo le da para pensar tanto. No es justo que ella, tan echà

pa'lante que ha sido siempre, que nunca ha requerido ayuda, ahora se vea así, incapaz de decidir qué bragas ponerse por la mañana.

Se oye a Sarita llegar.

—Anda Paco, vete ya. Sólo faltaba que Sarita crea que tengo alucinaciones y que hablo sola. Por favor, ven esta noche, no lo pospongamos más. Llévame contigo.

Paco se despide de su mujer, dándole un beso cariñoso en su arrugadita y manchada frente de nonagenaria:

—Tú esta noche cierra los ojos, Juana, duérmete. Estate tranquila que vendré a por tí. Me lo has pedido y no voy a dejar que alargues más tu agonía si así lo quieres.

—Gracias, Paco. Te esperaré.

Paco se desvanece y Juana se queda en silencio, contemplando ese cielo azul que hay tras la ventana de su preciada y acogedora cocina, un habitáculo cuyas paredes guardan tantas historias.

—Señora Juana, ¿Desea que le caliente ya la lechita, mija? —Sarita, una oronda y simpática negrita con acento colombiano entra en la cocina como un ciclón, dejando tras de sí un vendaval de esencia latina y simpatía que azota y a la vez hace sonreír a la anciana.

—Sí, pero sin pasarte, que tengo pocos dientes, si encima me quitas el gusto de la lengua, a ver para qué hago el esfuerzo de comer.

Sarita pone los ojos en blanco, levantando la cabeza al techo.

A Juana le cae bien Sarita, es una especie de compañera de piso forzada, pero le trata con cariño y respeto, algo casi difícil de conseguir a su edad y con sus necesidades. Al principio le parecía rara, con ese pelo hecho de minúsculas trenzas, las uñas pintadas con colores tan llamativos y la ruidosa música de salsa y bachata que se ponía en su móvil mientras fregaba el suelo.

Juana observa con atención cómo la colombiana se desenvuelve con soltura en su rudimentaria cocina con añadidos modernos: además de calentar la leche para el desayuno de la anciana, echa una mirada al interior de la olla, en la que se está cocinando la comida para más tarde y que Sarita ya había dejado preparada cuando se levantó bien temprano: un sancocho colombiano, «un caldico de mi tierra» dice ella, adaptado a lo que tiene por aquí, en un país del otro hemisferio. A Juana no le entra en la cabeza eso de echarle plátanos al cocido, por mucho que Sarita le insiste en que eso no es cocido, «Muy bien, pero los plátanos aguados te los comes tú», determina Juana. Y así están siempre: a la gresca, disimulando que en realidad se aprecian bastante.

—Tenga usted, señora Juana, la lechita con las María.

—Gracias.

—¿La temperatura está a su gusto? —pregunta la cuidadora con un cómico retintín.

—Sí, no está mal —Sarita vuelve a poner los ojos en blanco, intentando tragar-

se las palabras para no soltar una impertinencia por su boca. Tan temprano no toca discutir—. Por cierto, Sarita, tráeme el teléfono. Me apetece hablar con mis hijos y con mis nietos a lo largo del día.

—Está usted enganchadita al aparato, parece una adolescente. Ya déjelos, además, su hija estará al caer.

—Si, tranquila que yo los dejaré, pero tú dame el teléfono. Por cierto, y digo yo… ¿Te he contado alguna vez cómo conocí a mi difunto marido?

FIN

Gracias por llegar hasta aquí. Ahora tú también formas parte de ello.
Si te ha gustado esta antología, ¡no tengas miedo de compartila!

«Juana» es la I Antología de Autor Autopublicado, plataforma de difusión de obras autopublicadas. Dicha antología consta de 10 relatos protagonizados por diferentes Juanas, quienes narran su historia en torno a una cocina que rompe con el típico estereotipo asociado a ella.

Aura Damae - Alicia Arias - Sandra León
Jordi Escoin - Juan Miguel - Rafael Rodríguez
Álvaro Caballero - Manuel Tomás Linares
Samuel Camacho - Elena Picó

Au
Au

autor.autautopublicado